

**FÉLIX VARELA HOY**



**Rafael Almanza**

**FÉLIX VARELA HOY**



EDICIONES MEMORIA

Almanza Alonso, Rafael

Félix Varela Hoy / Rafael Almanza Alonso. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Cultura Democrática, 2024.

140 p. ; 20 x 13.5 cm. - (Ediciones Memoria / Mario Ramírez)

ISBN 978-631-90398-0-1

1. Ensayo Filosófico. I. Título.

CDD 199

**Edición:** Mario Ramírez

**Diseño de cubierta:** José Luis de Cárdenas

**En cubierta:** Frase de Varela colocada por el activista cubano Juannier Rodríguez Matos en la puerta principal de la Iglesia de la Transfiguración, en Nueva York, como protesta a la visita del dictador Miguel Díaz-Canel, el 23 de septiembre de 2023 (fotografía de Rodríguez Matos, cortesía).

**En contracubierta:** *Retrato de Félix Varela*, de Juan Bautista Leclerc, óleo sobre tela, 73 x 60,3 cm, en Museo Nacional de Bellas Artes, La Habana, Cuba (fotografía de Axel Li, cortesía).

© 2024, de esta edición Asociación Civil Cultura Democrática  
Esta edición es posible gracias a:



CULTURA  
DEMOCRÁTICA

[www.cultdemocratica.org](http://www.cultdemocratica.org)

[info@cultdemocratica.org](mailto:info@cultdemocratica.org)

## INDEX

Félix Varela, para los siglos	7
El humanismo cristiano en Cuba: de Varela a Martí	11
Venerable Varela: cristianismo y democracia	41
Félix Varela: geopolítico americano	71
Varela, el católico expositor	117
Del autor	139



## FÉLIX VARELA, PARA LOS SIGLOS

Este sacerdote es uno de los iconos nacionales cubanos. Con extraña unanimidad, ningún movimiento o figura política lo ha excluido de su propio pedigrí, antes bien se le reconoce como el fundador de la nación. Por la época en que estallan las guerras independentistas en la América hispana, otros cubanos, Joaquín Infante, Román de la Luz y Carlos Aponte, se manifestaron contra el colonialismo español como pudieron, incluso al costo de la ruina, el destierro y la muerte, pero el país no les siguió ni en los hechos ni en la escucha. Varela tampoco encuentra seguidores inmediatos en su afán de ver a Cuba tan isla en lo político como en lo geográfico: quiere un cambio lo menos dramático posible —como de hecho ocurrió cerca, en Centroamérica— a partir de la ilustración responsable y activa de la aristocracia criolla. Exiliado en los Estados Unidos, después de defender como diputado a Cortes la incipiente y fallida democracia española de entonces, publica *El Habanero*, un periódico donde se defiende por primera vez la idea, los propósitos y las posibles vías de la independencia. Los discípulos de Varela optaron por el reformismo, pero la generación ulterior se atuvo a la idea de Varela, la adaptó a la realidad del momento y lideró treinta años de lucha violenta que culminaron en la separación de España y la creación, en el papel constitucional al menos, de la república liberal que él había deseado. Varela es pues nuestro Padre Fundador por la palabra profética, pero también por su conducta como profeta: pudo regresar a Cuba y no lo hizo, pudo hacerse ciudadano estadounidense y no lo hizo: vivió y murió

como un cubano libre e irreductible. Y es este ejemplo de integridad el que fue decisivo en nuestra historia, y el que se impone sobre la variedad de las ideologías, los personajes, los acontecimientos, las catástrofes.

Desde luego, pudiéramos pensar que este mérito innegable no va más allá del de otros sacerdotes de la época que participaron del proceso independentista latinoamericano, incluso como líderes de la revolución. Pero Varela presenta dos rasgos escandalosos: una brillante obra intelectual y una fama de santidad. Este exceso ha resultado ser demasiado para sus compatriotas. Ni siquiera existen unas Obras Completas suyas. El intelectual cubano promedio no tiene otra idea de Varela de la que le dieron en la escuela primaria. Porque en la secundaria ni se menciona. Se repite sin cesar una foto suya de viejo, escuálido y angustiado. Para el pueblo es uno de esos personajes históricos que se usan para justificar la miseria que padece. Y la mayoría de los intelectuales varelianos, para nada abundantes, siguen cometiendo, a mi juicio, dos errores: el de celebrar su obra como la de un personaje ilustre pero superado—incluso, como un personaje ahora enemigo—, y el de separar su defendible actividad intelectual, de su condición de sacerdote. Varela sería una especie de cura más o menos equivocado, un tonto útil. Por otro lado, la Iglesia católica—de la república, porque la colonial lo persiguió sin tregua—, después de marginar durante décadas a nadie menos que a un hombre con fama de santo, lleva otras décadas más intentando que avance su proceso de canonización. La Iglesia está interesada en poner una imagen de Varela en los altares, pero carece de iniciativas para divulgar su vida y para estudiar su obra, al menos para recogerla, protegerla, editarla, divulgarla.

Mientras esta incapacidad se mantiene incólume con una serenidad típicamente vaticana, los hijos de Varela huyen en masa, por cientos de miles, desesperados hasta el suicidio, del país que él fundó a una altura que no tiene igual en el mundo contemporáneo.

Este libro recoge algunos ensayos que han sido publicados en la prensa independiente cubana, en un esfuerzo por rescatar, para la angustia de la vida cubana y latinoamericana actual, la palabra viva del santo cubano. El lector podrá comprobar que este hombre es un autor de hoy, especialmente para Cuba, pero también para toda América y el mundo. Haber mirado el mundo desde Dios le permitió ser fiel a su tierra, y proyectarse más allá de ella y de esa misma historia en la que fue protagonista, hasta hoy y para mañana.

Dios permita que, mientras yo viva, siga escuchando a Félix.

Que no me olvide de él.

Rafael Almanza  
Camagüey, MMXXIII.



## EL HUMANISMO CRISTIANO EN CUBA: DE VARELA A MARTÍ

Humanismo es vocablo que convoca a la persona decente y responsable. A medida que nuestra realidad se nos va tornando cada vez más, y cada vez más descaradamente, inhumana, hasta el punto de que las noticias del odio y el horror continuos van pareciendo síntomas normales de la desaparición de la especie en aras de un mundo de máquinas, una reacción inevitable se impone: esto es falso, somos humanos, queremos ser humanos, veamos estas desgracias desde un punto de vista humano, vamos a pelear como humanos alegres y felices contra este salvajismo intolerable. ¿No teníamos un humanismo? ¿Acaso hemos olvidado que después de las cámaras de gas incluso los enemigos enconados decidieron apostar por unos valores que podían ser comunes, a fin de que evitáramos en el futuro un gratuito apocalipsis de imbéciles? La invasión de Ucrania por Rusia ha roto ese mediocre consenso de los poderosos al poner los intereses de una gran potencia por encima de los del vecino débil, y los que dicen defender a los niños rusos masacran niños ucranianos que, para colmo, según la ideología de esos militares, serían rusos también. Por todas partes encontramos la misma turbiedad de pensamiento, cuyo centro es la pretensión de superioridad que condujo hace un siglo a las cámaras de gas. El peligro de un retorno del fascismo es cada vez mayor y asoma por doquier. Los locos años veinte del XX están de vuelta, con la misma dosis de irresponsabilidad, sexo ridículo y una vulgaridad que entonces ni se soñó. Ahora hay, además, los recursos del fin del mundo a dis-

posición de cualquier político sin control. Y comienza a aparecer la indiferencia por lo que ocurra, la convicción de que somos así, que el humano es demasiado defectuoso, que todo intento de mejorarlo es utopía cancelada, que nuestro mejor resultado sería crear una Inteligencia Artificial que, inteligentemente, nos suprima.

Pero, ¿no teníamos un Humanismo?

Lo teníamos y forma parte del problema.

Como mi interés está lejos de abordar con profundidad el asunto de la doctrina humanista, voy a recomendar un texto de hace un siglo, cuando comenzaba aquel digamos ingenuo fascismo inicial. Contra lo que se cree popularmente ahora, Mussolini y Hitler eran demagogos que contaban con el apoyo de teóricos y científicos que iban más acá de las elucubraciones de la superioridad racial. El fracaso, según ellos, del modelo liberal del mundo exigía la renuncia al Individuo y el regreso al Estado, presidido por un Hombre que interpretara cabalmente a Dios y organizara a la sociedad sobre un Principio Divino. Ya mucho antes de las camisas pardas, estaba en marcha la transformación ideológica que permitió el avance y la instauración del fascismo, como puede comprobarse en la novela de Thomas Mann *La montaña mágica*: las discusiones entre Septembrini, liberal ingenuo, y Nafta, profascista implacable. Mann, siendo liberal, hace que Nafta se suicide. Pero la novela termina con el protagonista descendiendo de esas alturas esotéricas a las alegres brutalidades de la Primera Guerra. Y es en esa atmósfera de lucha de ideas anterior a la Segunda, cuando Jacques Maritain publica en 1936 su libro *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Las citas siguientes proceden de la “Advertencia”, prólogo del autor, en edición en español de Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1966.

Se trata de la reunión de seis conferencias que el joven católico francés —con el tiempo tildado de ser el filósofo del Papa—, proponía un enfoque de la doctrina humanista como un tema de la filosofía práctica, término que hace descender de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. Era la época de la llamada filosofía de la praxis: el marxismo. Pero desde luego Maritain está en sus antípodas, precisamente porque establece una distinción, y un vínculo, entre pensamiento y acción:

La filosofía de la práctica sigue siendo filosofía, conocimiento de modo especulativo: pero, a diferencia de la metafísica y de la filosofía de la naturaleza, se ordena desde el principio a un objeto que es la acción; y por grande que en ella sea la parte de comprobación, aunque haya de tener en cuenta las condiciones y las fatalidades históricas, es ante todo una ciencia de la libertad.

Maritain es un filósofo empeñado en el esclarecimiento de la verdad, tanto en el plano del conocimiento puro —sigue siendo el mayor intérprete de Santo Tomás—, como también en el de esas fatalidades de la historia:

El mundo procedente del Renacimiento y de la Reforma está desde aquella época minado por energías potentes y ciertamente monstruosas, en que el error y la verdad se mezclan íntimamente y se nutren recíprocamente: hay verdades que mienten y “mentiras que dicen la verdad”. A quien ame el saber corresponde el intento de purificar esas producciones anormales y mortíferas y salvar las verdades que ellas hacen delirar.

Que es justamente lo que él intenta descifrar en la historia del Humanismo, auxiliado por una estupenda eru-

dición. Es imposible seguir aquí esas reflexiones, aunque debo aseverar que todo cristiano interesado en los temas sociales, y en especial en las doctrinas humanistas, debe consultar este libro enjundioso. Para los fines de este trabajo conviene que nos ocupemos de la preciosa distinción que hace Maritain entre *humanismo teocéntrico* y *humanismo antropocéntrico*. Pues desde luego que no hay un contenido único que podamos adjudicar a la idea humanista, y mucho menos pensar en ella como la obligación o al menos la recomendación de dejar de ser bestia con el prójimo. Desde la antigua Grecia hasta hoy encontramos una variedad de humanismos que es necesario aislar y evaluar, y comprender su posible sucesión y su relación con la práctica social y política concretas. Esa distinción del filósofo nos coloca en el centro del problema. Como actualmente vivimos, al menos en Occidente, dentro de algún avatar del humanismo antropocéntrico, no nos damos cuenta fácilmente de lo asombroso que es que una especie tenga que tener una doctrina sobre sí misma, pues no hay un felinismo para gatos o tigres, por ejemplo. El hombre necesita pensarse a sí mismo como especie y como individuo, y siempre en el contexto universal o transuniversal. Maritain refiere la posición de Aristóteles, que establece que el hombre está llamado a algo mejor que una vida puramente humana. Salir de sí, negarse como objeto, ir más allá, fue durante siglos lo esencialmente humano —y sigue siéndolo. El culmen de esta posición estuvo en Occidente durante la Edad Media, cuando la vida humana, personal y social, refería directamente, esto es, estatalmente, a Dios en Cristo. Como Maritain estudia las doctrinas y no la dialéctica de su surgimiento, me atrevo a sugerir que la Cristiandad surgió

y creció con dos déficits de humanismo: un nivel bajo de ciencia y tecnología —inferior a la etapa griega y romana—, y un sistema social de jerarquías y exclusiones que determinaban una enajenación del individuo. Ni la miseria ni los señores feudales eran cristianos. El Cristo escuálido de los iconos medievales qué tiene que ver con el personaje heroico de la Sábana Santa. El Renacimiento regresa pues, en medio de un despertar mínimo de posibilidades humanas en la investigación, las artes y el comercio, a un jubiloso humanismo que preserva a Dios en su centro: he ahí el David de Miguel Ángel. El hombre lo tiene todo en sí mismo —por eso el David está desnudo— para alcanzar el Bien, porque ha sido creado, como vemos, con excelencia por Dios. A partir de ese momento, la Reforma y la Ilustración desarrollarán una visión compleja de la naturaleza humana y su relación con la divinidad: la Reforma se centra en la culpa, la Ilustración empieza a deshacerse del Creador. A partir del XIX va triunfando el humanismo antropocéntrico: no hay Dios, el hombre es un fin en sí mismo y la medida de todas las cosas según habían declarado ya los griegos que estaban al margen de la línea de Platón y Aristóteles, y está llamado a crear un paraíso puramente terrenal, según los liberales, los fascistas y los comunistas, escandalosamente de acuerdo en este despropósito. Maritain rechaza esas ilusiones demoníacas. Quiere una nueva cristiandad, un ordenamiento humano establecido en el humanismo teocéntrico cristiano. Sabe que es una tarea heroica, pero es que opina que heroísmo y humanismo riman: “Nada hay que el hombre desee tanto como una vida heroica; y nada es en el hombre menos corriente que el heroísmo”. Esta contradicción no le arredra. De hecho, toda su obra

como filósofo se mueve precisamente en esa dirección. Sus resonancias llegarán hasta el Concilio Vaticano II, que tanta gente quiere hoy mandar al basurero; y a mi juicio debieran ser seriamente consideradas en el contexto de las Iglesias de Cristo, y también en la lucha por la democracia universal. Porque el humanismo teocéntrico cristiano no se agota desde luego en el ordenamiento social, sea el que sea, pero pasa necesariamente por él.

Qué pena que Jacques Maritain ignorara la historia del pensamiento humanista cubano. La mayoría de los cubanos la desconocen aún. Si el francés hubiera conocido las vidas y las obras de Félix Varela y José Martí hubiera exultado de asombro. Los dos fundadores de la nación cubana están poderosamente ubicados en la corriente del humanismo occidental y de hecho constituyen puntos nodales de su evolución, como intentaremos demostrar de inmediato.

Nacido en La Habana en 1788 en una familia de militares del Imperio Español, Félix Varela fue ordenado sacerdote muy joven con la orientación y la protección del obispo Espada, que integraba la línea de la Ilustración dentro de la Iglesia y de la política españolas en la época de Carlos III. Había comenzado el proceso de eliminación de la basura medieval en España, que solo culminará después de la muerte de Franco en la segunda mitad del siglo XX: larga, espantosa agonía. Pero en el momento en que el joven Varela se convierte en profesor del Seminario San Carlos hay un ambiente de optimismo entre los habaneros. Se confía en las Luces, el rey las defiende. Varela es incluido en la Sociedad Económica de Amigos del País; trabaja por su progreso. Cuando se impone en España un primer régimen constitucional en

1812, el joven sacerdote pronuncia una homilía llamando a participar en las elecciones. En cuanto comienza el segundo período en 1820, Espada nombra a Varela para explicar los fundamentos de la Constitución liberal, y de esa manera el destino del joven resulta alterado radicalmente: del magisterio de filosofía y teología, de la divulgación de la ciencia, la técnica y el progreso, el sacerdote pasa a la política. Varela siempre se consideró a sí mismo un alma americana, un amante de la libertad. Pero es la obediencia a la orden de Espada lo que decide su vida. La juventud distinguida habanera se entusiasma con la Constitución; y su brillante defensor de las ideas políticas liberales básicas —que incluían la monarquía constitucional— se hace popular. Espada lo promueve como diputado y es electo a Cortes, donde apoyará a los liberales moderados, impulsará el reconocimiento de la independencia de las colonias insurrectas de América, e intentará promover la autonomía de Cuba y la extinción de la esclavitud. Cuando el período constitucional fracasa en 1823, es condenado a muerte y tiene que huir a los Estados Unidos, donde se convertirá en un pilar de la incipiente iglesia católica norteamericana y en un modelo de santidad católica, al servicio siempre del que sufre. El fracaso español lo ha radicalizado: Varela se proclama partidario de la independencia absoluta de Cuba. Muere en extrema pobreza, confesando a petición propia la Presencia de Cristo en la Eucaristía, en San Agustín de la Florida en febrero de 1853.

Unos días antes, como en una carrera de revelos trascendental, ha nacido en La Habana José Martí. Él va a lograr, incluso después de su muerte heroica en combate, la tarea que había dejado Varela: la independencia

de Cuba del dominio español. Pero no es una sucesión directa, sino algo mucho mejor: los discípulos reformistas de Varela crearon, mediante el magisterio, la moral y la cívica de los independentistas de la generación de 1868, de los que Martí es el continuador y realizador. Si Varela creó el periodismo cubano con *El Habanero*, la primera publicación independentista, Martí convertirá su periodismo en un instrumento esencial de la lucha por la independencia. Ambos fueron periodistas creativos e incansables, aunque el mayor periodismo de Varela está en inglés y espera todavía ser leído y evaluado como se debe. Varela tenía un enorme interés por la literatura, y es de hecho el primer divulgador de nuestros primeros poetas Manuel de Zequeira y José María Heredia; Martí es un escritor de rango universal, que no se cansó de promover a autores nacionales y extranjeros. Como Varela, Martí vivió siempre en la pobreza, amenazado de muerte y entregado al prójimo; y como él fue maestro, divulgó la ciencia y la tecnología, y lo mejor del pensamiento contemporáneo con sentido personal y crítico. Ambos eran personas de una capacidad de trabajo descomunal y un vigor personal como inacabable, a pesar de ser físicamente ligeros y marcados por la enfermedad: Varela por el asma y Martí por la sarcoidosis, padecimientos empeorados por el clima norteamericano. Ambos fueron pensadores geopolíticos, capaces de situar la problemática cubana en la del mundo, y la del mundo en la de los valores trascendentes. Martí se enfrentó a las proyecciones agresivas del gobierno y sectores de la sociedad estadounidense, pero ningún cubano ha entendido y celebrado mejor a los yanquis que Martí, de cuyos valores fue un ejemplar portador. Varela no dejó de apartarse de

lo peor de la sociedad norteamericana, combatió los disparates y abusos de los protestantes en una época de violencia religiosa en Nueva York, y hoy es considerado uno de los fundadores de la Iglesia católica norteamericana. Era, como dijo, *en el afecto un natural* de ese país.

Lo que aparentemente separa a Martí de Varela es la confesión religiosa. Bautizado de niño, como todos entonces, Martí no fue un católico practicante nunca, en su juventud pasó por una logia masónica española, y se distanció de una Iglesia que era un bastión del colonialismo. Si el segundo período constitucional español hubiera podido mantenerse, Cuba hubiera obtenido la autonomía y Varela hubiese podido encabezar el magisterio de la Iglesia de Cristo en Cuba. Si la Revolución de Septiembre de 1868 en Madrid hubiera seguido al general Prim, incluso la independencia mediante referéndum hubiera sido posible, o con mayor probabilidad una autonomía que guiara al país a un proceso de independencia pacífico ulterior. Pero los españoles asesinaron a Prim y volvieron a los Borbones. Martí, hijo de peninsulares, un enamorado de España y él mismo un escritor que, como se ha dicho y probado, más que un discípulo parece un miembro distinguido de su Siglo de Oro, pudo ser el hombre de paz y de creación que siempre fue, y no el organizador de una guerra en la que moriría sin haber disparado contra nadie; pero esa estupidez que le costó a los españoles unos doscientos años de agonía nos privó de una iglesia vareliana y tal vez de un Martí menos enfrentado a ella. Aunque ese distanciamiento era el de un joven que le escribía un solemne poema a la Virgen, un admirador de Santa Teresa de Ávila, alguien que podía cantar: “Amo las naves calladas / y los conventos vacíos”. Para

una revista venezolana escribió alguna crónica vaticana: “¡Oh! ¡qué misterio, un alma de Pontífice!”<sup>2</sup>. Viviendo en medio del protestantismo norteamericano, y admirando a sus predicadores, nunca se acercó a sus congregaciones. Después de su juventud no tenemos evidencia de que haya participado de una logia masónica, como otros independentistas. Martí creía que “es hermoso y casi divino el hombre”<sup>3</sup>, muy en la línea de Emerson, y con más razón que él. Para él el templo era la naturaleza, en la que el hombre libre podía obtener, sin intermediarios, la sumabeldad de lo divino en él. Fue, en fin, un librepensador de matriz cristiana, lo que le dará una lucidez especial en el tema del humanismo. Y en cuanto a la Iglesia devota del abuso, es solo a la muerte de Martí que el Papa lanza *De rerum novarum*, la encíclica en la que al fin la Iglesia de Roma, que ha perdido ya su poder temporal, comienza a ocuparse de los problemas sociales. Después del Concilio Vaticano II las doctrinas políticas y sociales de la Iglesia católica son perfectamente afines al pensamiento de Martí.

Ahora bien: ¿por qué vincular a estas dos personalidades extraordinarias con la doctrina humanista, especialmente con la variante teocéntrica descrita por Maritain? Si el francés deseaba, siguiendo a los antiguos, una filosofía práctica, es porque la práctica de la historia se

---

<sup>2</sup> José Martí, *Obras Completas*, Ciencias Sociales, La Habana 1975, tomo 14, p. 288.

<sup>3</sup> *Ibid.*, tomo 12, P. 300. Nótese el *casi*. Frente al Cristo de Munkacsy, interpreta que: “estudió en su propia alma el misterio de la divinidad de nuestra naturaleza, y con el pincel y el espíritu libre, escribió que ¡lo divino está en lo humano!”. Pero enseguida añade: “tan segura está el alma de un tipo más bello fuera de esta vida, que el Cristo nuevo no parece enteramente hermoso”. Tomo 15, pp. 349 y 350.

hace con ideas, incluyendo la filosofía. Insisto en que en este libro que usamos como referencia, Maritain elude la cuestión de cómo, dónde y por qué surgen y se imponen esas ideas. Pero es un hecho que, desde el Renacimiento, y pasando por esos puntos nodales de la Reforma y la Ilustración que señala, la práctica histórica occidental ha abordado la idea del hombre como uno de sus caballos de batalla, para mal o para bien. Y esto ha ocurrido no solo en los países rectores de Occidente, sino también necesariamente en sus territorios subordinados. Ni Varela ni Martí centraron su desempeño en una doctrina del hombre, pero eso no quiere decir que la práctica histórica a la que obedecieron y en la que fueron líderes careciera de una idea del hombre y su relación con la divinidad. Veremos qué distingue el pensamiento de ambos en relación con el Humanismo y cuáles serían sus méritos en el día de hoy.

Félix Varela va a estar vinculado a esos dos puntos nodales que señala Maritain: la Ilustración y la Reforma — en ese orden, opuesto al histórico, se manifestarán en su vida. Estudiar en el Seminario San Carlos con el obispo Espada como tutor significaba ser educado en la variante española del Iluminismo, presente en los ministros de Carlos III. Tanto en España como en Cuba, esta variante conocida como Despotismo Ilustrado debía luchar, desde un centro de poder que se proclamaba absoluto, contra la parálisis social y los saboteadores. Cuando el marqués de Esquilache mandó a recortar las capas de los nobles, hubo una sublevación que derrocó al gobierno, pues cómo un hombre podía pasar por hombre sin arrastrar capa, aunque fuese por el fango de las calles desprovistas de pavimento de Madrid. Era la España *de espíritu burlón y de alma*

*quieta*, que luego denunciaría Antonio Machado. En Cuba el Seminario debía luchar contra el sopor de la Universidad de San Gerónimo, pero aquí estábamos menos preocupados por una capa intolerable en el trópico, que por pavimentar las calles de La Habana. Espada construyó el primer cementerio, poniendo fin a la peligrosa y ya imposible tarea de sepultar en las catacumbas de los templos. Y mientras España se hundía en el atraso y la miseria, la colonia cubana, a fuerza de negros esclavos y de comercio ilegal, florecía. Es así como el espíritu de las Luces crea, en el San Carlos, un iluminismo criollo, hijo del español pero consciente de su diferencia, donde la fe católica y los valores liberales resultan compatibles, sobre la base de un conocimiento erudito del pensamiento occidental. Es así como surge desde el San Carlos el padre José Agustín Caballero (1762-1835), que se atreve a pensar lo impensable entonces: más que una prolongación del iluminismo español, una filosofía *desde acá*, desde la colonia, que tenga en cuenta el tesoro europeo pero con criterio autóctono: la Filosofía Electiva, también llamada ecléctica, que regirá a Varela y a todo el gran pensamiento cubano hasta hoy. Un movimiento intelectual similar se manifiesta en otras universidades del Imperio Español en América: urgía eliminar el escolasticismo y abrir paso a las ciencias. Lo que distingue a Cuba en ese movimiento latinoamericano es, hasta donde conozco, la adopción del criterio de autotonía filosófica y la aparición de una figura intelectual de la talla de Varela.

Varela, un latinista tan completo que escribió siendo joven, por motivos pedagógicos y siguiendo el mecanismo de los silogismos escolásticos, el que es hasta ahora

el único tratado de teología cubano<sup>4</sup>, introdujo la enseñanza en castellano y se dedicó a crear laboratorios de física y a promover la epistemología que preconizaba la experiencia como fuente del conocimiento. Pero su interés iba más allá de la formación de sacerdotes y ciudadanos instruidos. Ya distante, en los Estados Unidos, publica *El Habanero. Papel político, científico y literario*. La intención literaria quedó solo en el poema italiano que encabezó siempre la publicación, pero en cuanto a la ciencia, hay cuatro artículos en los que Varela se refiere a la creación científica y tecnológica de entonces<sup>5</sup>. Quiere una Habana, una Cuba al día; se dedica a crear ciudadanos cultos capaces de construir una sociedad conectada con el progreso occidental. La curiosidad de Varela por las ciencias fue muy conocida por sus cercanos en la isla —publicó un artículo en la primera revista médica cubana<sup>6</sup>— y en los Estados Unidos, aunque todavía ahora apenas se sabe que fue el creador de dos inventos que fueron patentados a su nombre en Nueva York: una rueda de goma para los carruajes y un sistema para refrescar el

---

<sup>4</sup> *Metafísica. Instituciones de Filosofía Ecléctica editadas para el uso de la juventud estudiosa*. Publicado en 1812, cuando Varela aún no cumple 24 años, permaneció extraviado hasta 2006, cuando fue editado en latín y español por Ediciones Vitral, en Pinar del Río, Cuba.

<sup>5</sup> “Ciencias Naturales. Temperatura del agua de mar a considerables profundidades”; “Acción del magnetismo sobre el titanio”; “Fenómeno observado por el profesor Silliman en el Chryoforo de Wollanston” y “Noticia de una máquina inventada para medir con la corredera lo que anda un buque”. Ver: *El Habanero. Papel político, científico y literario*. Ediciones Universal, Miami, Florida, 1997.

<sup>6</sup> “Indicaciones sobre la mejora de los hospitales en climas cálidos”. En *Revista Repertorio Médico Habanero*. 1841 Mar; 1 (5): 68-71.

aire en los hospitales<sup>7</sup>. Varela es el primer divulgador de la ciencia y la tecnología en Cuba. Pero además su propio pensamiento filosófico, que iba desde la teología hasta la psicología, sostenía esa apertura de la mente humana a todas las nuevas posibilidades del conocimiento del ser. El hombre crecía en saber y en poder, y Varela se sumaba al esfuerzo. Su amado Santo Tomás de Aquino sonreía desde el cielo.

Ese misma nueva y rotunda aventura del conocimiento abarcaba también a la sociedad, que despertaba del fracaso del absolutismo: el reconocimiento de la libertad del individuo, de los derechos de los pueblos, de la naturaleza del poder político. Este sacerdote dijo más de una vez que desde siempre se sintió *un alma americana*, esto es, un amante de la libertad. Iba así más lejos que su maestro Caballero, pues remitía al propio origen geográfico e histórico una fuente de carácter y de verdad. Por supuesto, nunca tuvo simpatías por los horrores de la Revolución Francesa ni por el ateísmo o el deísmo de sus líderes. Pero como Maritain, sabía que el bien y el mal se confunden con gran facilidad en la historia, y que hay que saber distinguir. Varela entendió con claridad que el despotismo, tanto el de un gobernante sobre su pueblo como el de una nación sobre otra, carecía de justificación y ofendía a Dios. Santo Tomás le apoyaba también en esta evidencia. Y si Tomás partía del principio de que no puede haber contradicción entre la fe y la razón, Varela considera que no hay contradicción entre la libertad y la fe: la fe es libertad, y la libertad fue dada por Dios. De ahí que su defensa de los

---

<sup>7</sup> Ya el biógrafo Antonio Hernández Travieso en 1949 menciona el primero de esos inventos (*El padre Varela*, Ediciones Universal, Miami, 1984, p. 373). Están por publicarse las patentes de ambos.

valores políticos creados y defendidos por la Ilustración desconoce el individualismo roussoniano: la fantasía de los padres de familias que se unen para lograr el contrato social, renunciando a la curiosa libertad de sobrevivir aislados por las selvas y las cuevas. No hay un Hombre, un Ego que, congregado con otros Hombres Egos, crean una Sociedad. Varela sigue a Aristóteles y a la enseñanza secular de la Iglesia: el hombre es social por origen y por naturaleza. El contrato social es social, no personal ni familiar. Y una vez repudiado, como debe hacer el cristiano, cualquier despotismo, nos queda la obligación de ordenar la sociedad, para lo que los tiempos han concebido unos valores y unos institutos: la soberanía popular, la división de poderes, los derechos individuales. Es lo que defiende Varela como catedrático de la Constitución liberal española, y lo que practica como diputado a sus Cortes. Es lo que le obliga a votar, junto a la mayoría de los diputados, la incapacidad temporal de Fernando VII, que desoía y traicionaba la Constitución y se aliaba con los invasores franceses. Y esa coherencia, ya no ideológica sino práctica y personal, le gana la condena a muerte por el victorioso Fernando, déspota repugnante.

Maritain hubiese gozado la vida de este sacerdote y filósofo católico que convierte la fe en acción. Y ni hablar de su formidable batalla contra la Reforma, esto es, con el mundo protestante norteamericano. En las *Cartas a Elpidio* encontramos un resumen de esos debates en los que el cubano se enfrentaba a una discusión pública en inglés con unos avezados teólogos del bando reformista. Una capacidad dialéctica demoledora, una erudición brillantemente usada, y sobre todo, un humor que brotaba de la caridad, le garantizaba una defensa exitosa de la fe

católica frente a sus adversarios. Hoy sabemos que esa contienda valeriana de los debates era solo un fragmento de una batalla colosal: más de trescientos artículos en inglés, en las más de diez publicaciones que él y sus colegas creaban en los Estados Unidos, y en los que sometía a un análisis puntual las tesis protestantes, comparándolas con las Escrituras. El fraude textual o hermenéutico era imposible con este sacerdote que, además de las lenguas bíblicas y el inglés que hablaba casi sin acento, manejaba el francés, el italiano, el portugués y el alemán; que leía y estudiaba la prensa de cualquier parte del mundo, y poseía una biblioteca teológica imponente. Varela fue un campeón de la fe católica frente a los errores de la Reforma. Muchas de sus observaciones siguen siendo útiles hoy. Esa lucha por la verdad se desplegaba además en un medio para nada académico, el Nueva York de las peleas callejeras de protestantes alemanes contra irlandeses católicos, en los Estados Unidos de los monasterios incendiados con monjas y niñas dentro. Aún estamos por conocer los reveladores detalles de esta cruzada suya por la integridad de la fe. Cualquier protestante agredía al sacerdote católico que iba al hospital a consolar a un enfermo; pero este agonista cristiano gozaba de los privilegios que le daba la insistencia en la caridad: era el único sacerdote católico neoyorkino admitido en los hospitales protestantes. Le habían visto, en la epidemia del cólera, con los enfermos. Y antes y después, no había día que no visitara un hospital.

Era *el santo cubano*, como lo calificó, siguiendo la voz popular, José Martí. En una transmisión de maestro a discípulo que hubiera envidiado un hinduista o un budista —de Varela al filósofo José de la Luz, sobrino

de Caballero, de Luz al poeta Rafael María de Mendive, mentor del adolescente Martí—, la búsqueda cubana de la libertad y los derechos del hombre se transforma en acción política elaborada, encarnada en el pueblo, y finalmente vencedora. Martí crea un partido político que declara un nuevo período de guerra independentista. Lo que Varela previó y deseó, la independencia de Cuba del dominio español, lo realiza Martí. Varela quería evitar la violencia, como se había logrado en la independencia de la América Central, pero los vicios peninsulares se impusieron para desgracia de ambos países: treinta años de conflicto y cientos de miles de muertos, la ruina del Imperio español a manos de los norteamericanos, y la creación de una república formalmente liberal bajo protectorado yanqui. Y el significativo daño mayor: la pérdida de Martí. Aunque ahí está también el Enlace. ¿Qué hubiera opinado Varela de un hombre de acción que ha logrado organizar y dirigir la indeseable, necesaria, inevitable guerra de independencia, y que escribe entonces en una carta: “En la cruz murió el hombre en un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días”?<sup>8</sup> ¿Frase? ¿Retórica escandalosa de un político? Se trata de un escritor genial cuyo sitio normal en la época sería París. Un hombre de paz que detesta la violencia. ¿Qué hace muriendo violentamente entre guerreros, campesinos, negros, en una isla esclavizada y miserable? O es un caso de demencia, o más bien el individuo ha aprendido muy pronto, y ha practicado siempre, eso de morir diariamente en la cruz. Martí es una *kenosis*, un vaciamiento de sí mismo como solo se encuentra entre los

---

<sup>8</sup> José Martí, *Obras Completas*, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, tomo 20, p. 478.

místicos. Basta recorrer sus *Cuadernos de apuntes* para sospechar que la obra literaria de mérito universal que nos legó hubiera podido ser muy más, sin considerar el hecho de que murió en ese momento de plenitud intelectual y creativa que se manifiesta en sus *Diarios de Campaña*: José Lezama Lima los comparó con las *Soledades* de Góngora, pero en el otro extremo de las posibilidades de la lengua. El prodigioso escritor, el pensador atrevido se anula a sí mismo, ¿por vanidad? “Cristiano, pura y simplemente cristiano.— / Observancia rígida de la moral, —mejoramiento mío, ansia por el mejoramiento de todos, vida por el bien, mi sangre por la sangre de los demás”<sup>9</sup>. Martí fue el Habanero que quería Varela, y más. Nunca reconoció explícitamente a Cristo como Hijo de Dios y Dios mismo, rechazó cualquier adoración suya de Dios, aunque respetó la ajena, pero hizo lo que muy pocos intentan: se cristificó día a día. Su vida fue una Imitación de Cristo, incluso sin el auxilio de una comunidad, unos sacerdotes, unos rituales. A mi juicio, él podía prescindir de esos apoyos, porque gozaba del apoyo de un destino crucial. Insisto: la muerte en combate de Martí es solo el culmen de una actitud sacrificial que atraviesa toda su

---

<sup>9</sup> *Ibíd.*, tomo 21, p. 18. Y continúa: “he aquí la única religión, igual en todos los climas, igual en todas las sociedades, igual e innata en todos los corazones. // Cuando yo era niño, muy niño, la idea no adquirida de Dios se unía en mí a la idea adquirida de adoración. —Hoy, que se ha obrado en mí, por mí mismo, esta revolución que acato porque es natural, y me regocija porque deslinda y precisa, la idea de Dios ha sobrevivido a mis antiguas ideas, —la idea de adoración ha pasado para no volver jamás”. No se conoce la fecha del apunte. Acerca de la compleja religiosidad de Martí y especialmente sus vínculos con el cristianismo, puede verse mi conferencia *Los hechos del Apóstol*, Ediciones Homagno, 2020, *passim*.

historia desde que, a los nueve años, decide luchar contra la injusticia. Otro elemento notable, que intensifica la calidad de su *kenosis*, es que no se trataba de un ánima ascética, de un apartado o negador del mundo: era un hombre sensual, un artista, un enamorado de las mujeres, una figura pública aclamada, un político exitoso, un ejecutivo que hubiera podido dirigir un banco en Nueva York. Amaba el mundo, pero jamás estuvo esclavizado ni siquiera a la vida: “Gocé una vez de tal suerte / que gocé cual nunca, cuando / la sentencia de mi muerte / leyó el alcaide llorando”<sup>10</sup>. El adolescente ya conoce lo que vale el mundo y se alegra de ser condenado a esa muerte que cree merecer por haber sido íntegro. Obsérvese que el alcaide llora, porque hay un extremo de injusticia que ni los abusadores pueden tolerar: el mundo y la vida tienen un valor, una bendición implícita. Sin embargo este hombre ama la Muerte Amiga, para morir al final y para morir todos los días, y eso lo coloca en una situación de invencibilidad frente al mundo y frente a la vida, como cualquier persona escogida para la santidad. Parecen pocos, pero son muchísimos más de los que podemos recordar, o reconocer.

Maritain reclama un humanismo heroico para una nueva cristiandad. Martí escribe, y lo que escribe lo vive: “¡No se vierta / Más sangre que la propia! ¡No se bata / Sino al que odie al amor! ¡Únjanse presto / soldados del amor los hombres todos! / ¡La tierra entera marcha a la conquista / de este rey y señor, que guarda el cielo!”<sup>11</sup>. El francés atiende a las ideas que deben guiar a los hombres: el cubano guía, con unas evidencias interiores asombrosas y úni-

---

<sup>10</sup> Esta y las siguientes citas de *Versos Sencillos*, tomo 16, p. 63 y ss.

<sup>11</sup> “Canto de otoño”, de *Versos Libres*. *Ibíd.*, tomo 16, p. 146.

cas, a su pueblo en una dirección de amor. ¿Qué amor es este, que es rey y señor y es guardián del cielo? Obsérvese que Martí elude las mayúsculas para Amor, Rey, Señor, Cielo. Rechaza unas declaraciones de misticismo al uso, porque esa dimensión de amor de la que habla es amor real, práctico e incluso político. En él es el pan de cada día lo que otros necesitan como confesión de fe. ¿Gritar la fe o vivirla? Los versos que cito se publicaron sólo después de su muerte. Este genio de la palabra detesta ser hombre de palabras. Prefiere los actos. Él es el Homagno, el hombre grande en amor. Y aquí sí usa la mayúscula, pues se trata de un nombre propio, y porque el título, lejos de ser un caso de narcisismo, se erige como desafío. Maritain se salta el humanismo de la Era Romántica, tal vez porque fue el punto de despegue de la variante antropocéntrica: el liberalismo y el marxismo. Y del fascismo, con la doctrina del Superhombre. El Homagno —nótese que Martí acude al latín, la lengua católica, para crear este neologismo— es ante todo el *Homagno generoso*<sup>12</sup>. Martí, como Varela, fue un divulgador de la ciencia y la técnica<sup>13</sup>, y celebró los avances del poder del hombre en su época, especialmente en el orden social. La miseria de la Edad Media ha quedado atrás, el hombre ha adquirido poder sobre la naturaleza y sobre sí mismo: se siente libre y capaz. Este proceso es legal e irresistible. El Homagno es *suma y reflejo* de la Creación, y asciende en la sombra mediante una conducta dolorosa, heroica y libertaria. Pero ante todo es generoso. Por eso es un libertador. El Homagno generoso es el opuesto del Superhombre nietzscheano, el prototipo de

---

<sup>12</sup> “Yugo y estrella”, tomo 16, p. 161.

<sup>13</sup> Véase mi libro *Hombre y tecnología en José Martí*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2001, *passim*.

los fascistas de cualquier siglo. La generosidad de Martí no se limita a su *kenosis*, que ya es muchísimo. Ni tampoco a la lucha por el orden democrático, como veremos enseguida. Basta leer esas páginas en las que estudia y casi siempre celebra a tantas personalidades de su época, desde los yanquis o europeos famosos hasta los cubanos más humildes; o su epistolario, donde cada persona, cada combatiente político es asumido con penetrante amor. Incluso cuando tiene reservas sobre la persona, su comentario es siempre lúcido, justo. Cuando se encuentra con las extravagancias de un Oscar Wilde, atiende a sus méritos. Cuando confronta al general Gómez, lo hace con dolor y con respeto. Como a Varela, a Martí le interesan las personas concretas, las descifra, las defiende, intenta orientarlas; nunca son instrumentos de un proceso, el proceso es un instrumento para el crecimiento de la persona. El caso de haber perdonado y convertido en partidario suyo a un individuo que intentó envenenarlo, es la prueba de que el Homagño generoso estaba orientado por amor. “Soy pecador; pero no en mi manera de amar a los hombres”<sup>14</sup>. ¿Pecado contra sí mismo? ¿Contra Dios, por olvido o negligencia? El Superhombre anula la noción del pecado, y también los comunistas, para los que el bien y el mal dependen del *interés de clase*; para los liberales es un dato respetable y lejano. En el penúltimo poema de *Versos Sencillos* el poeta se denuncia abofeteado por los héroes de la primera guerra de independencia. Y otro dato importante: para Martí el sufrimiento es una calidad. “Oculto en mi pecho bravo / La pena que me lo hiere / El hijo de un pueblo esclavo / Vive por él, calla y muere”. Por pudor lo esconde, pero nunca lo esquiva. El

---

<sup>14</sup> “Carta a Rafael Serra”, *ibíd.*, tomo 20, p. 373.

Homagno es un dechado de valores cristianos. Original, poderoso. Maritain lo hubiese celebrado como un ejemplo del humanismo heroico que preconizara.

Ya haber creado el personaje literario Homagno constituye un punto importante del pensamiento humanista mundial, opuesto al Superhombre, al Superestado y a cualquier superioridad fuera del amor. Personaje literario que aparece en algunos poemas que nunca fueron publicados en vida del autor, ni siquiera revisados o terminados, algunos sólo bocetados, y que aun hoy pocos conocen. Este personaje es el autor mismo como lo confirma el conocimiento de su conducta personal y pública: “O nos condenan juntos / O nos salvamos los dos!”. Pero hay más. Como líder político Martí tenía como tarea primera la organización de una guerra para la independencia. Y la mayoría de sus compañeros, comenzando por los inevitables jefes militares de la guerra anterior, entendían esa tarea como puramente práctica, una gestión de recursos que se obtenía mediante organización, agitación y propaganda, algo para lo que el extraordinario orador estaría muy bien empleado. Así, los generales Gómez y Maceo lo emplearon, o eso creyeron, en su proyecto libertador de 1883, hasta que el supuesto empleado descubrió que se planeaba una aventura militar para implantar una dictadura: “Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento”<sup>15</sup>. Los generales denunciaron a Martí (“No me pongan en lo oscuro / a morir como un traidor”), pero pronto se encontraron con dos dificultades: que la mayoría de los independentistas pensaban como él, y que ellos dos carecían de apoyo, además de dotes de convocatoria y organización

---

<sup>15</sup> *Ibíd.*, tomo 1, p. 177.

(y cómicamente, cada uno acabó denunciando al otro como dictador). En 1892 Martí organiza a esa mayoría en un Partido y los generales aparentemente se suman. Incluso en ese momento, Martí hubiera podido limitarse a la dirección política, obtenida por el voto secreto de los independentistas, con las ideas corrientes del mundo liberal de la época: independencia y libertades civiles. Pero el Homagno se manifiesta. La dictadura queda eliminada como meta pero también como procedimiento. El Partido es un modelo de democracia: clubes libres que votan en forma secreta, y anual, por sus dirigentes. Los militares escogen su jefatura entre ellos, por votación de los jefes, y estarán libres para su trabajo. Téngase en cuenta, para evaluar la pasión democrática del Homagno, que se está organizando una conspiración en territorio ajeno y que el espionaje de españoles y norteamericanos acecha a los independentistas. Excepto para el asunto de las armas y el desembarco, el Partido es un modelo de libertad y transparencia democrática. Ya en la guerra Martí se negará a la deriva militarista de los dos generales e impondrá la convocatoria a la Asamblea de Representantes, el órgano político ante la cual debe deponer la autoridad del Partido. Muere antes, pero la asamblea se reúne y crea un orden constitucional cuyo defecto es que el Homagno ni lo ha diseñado ni lo preside. El glorioso pensador y escritor se ha privado de escribir siquiera un proyecto de Constitución. ¿Alguien hubiera podido objetar una sola línea? Pero él desea que salga del pensamiento colectivo, para que sea real y eficaz. Era pecador, pero no en la manera de respetar a sus conciudadanos.

El Homagno sí debió de morir en el primer combate, sin haber disparado contra nadie. Porque su mayor sacri-

ficio no fue la muerte violenta sino haber asumido, por la responsabilidad que da el amor, la violencia de los otros, absolutamente. Quiso que la guerra inevitable fuera rápida, para ahorrar sufrimientos a los otros, a los cubanos y también a los españoles —a costa de su propia vida. Pero para nosotros es inevitable querer que su muerte heroica se hubiese retrasado unas semanas, hasta el momento en que hubiera entrado en la Asamblea de Jimaguayú en las sabanas del Camagüey, aclamado por los líderes de la patria, de la ley y de la paz. Como el héroe y mártir de Jimaguayú, el Mayor General Ignacio Agramonte —discípulo de Luz, a su vez discípulo de Varela—, Martí está distante de la teoría de Rousseau sobre el Contrato Social. El hombre romántico cubano, Varela, Agramonte, Martí, reflexiona electivamente, como quería Caballero, y escoge del mundo liberal lo que le interesa, y lo reelabora con la propia frente en alto. No debe extrañarnos entonces que el Homagno proclame una *fórmula del amor triunfante*<sup>16</sup>. Qué extraño, ¿verdad? ¿Cuándo un líder político se atrevió, y para colmo al final de un importante discurso, a una declaración tan desmesurada, o tan ridícula? Si el contenido de esta fórmula se nos repite a los cubanos desde la escuela, y se puede leer en el papel constitucional de los comunistas, lo cierto es que estos términos de la declaración sospechosamente se ocultan. El contenido, dicho en lenguaje de suprema síntesis filosófica y popular,

---

<sup>16</sup> Es el más importante discurso de Martí, conocido como “Con todos y para el bien de todos”, pronunciado en Tampa el 26 de noviembre de 1891, preámbulo de la creación del Partido Revolucionario Cubano. Había sido invitado por el club Ignacio Agramonte de esa ciudad. *Ibid.*, tomo 4, pp. 267-279. Sobre este discurso puede verse mi trabajo “Para un acuerdo de los cubanos”, en *Palabra Pública*, Ediciones Homagno, 2022.

es este: *con todos y para el bien de todos*. El *con todos* resume y sobrepasa la consigna de las libertades civiles y la democracia liberal; la apelación al bien apunta, y sobrepasa igualmente, las consignas de la justicia social que empezaban a dominar en la época. La fusión de ambas proyecciones dista de ser un intento centrista, aunque no deja de serlo: el bien del amor destruye los antagonismos, propone una construcción social donde libertad y justicia coinciden para el momento y para el futuro sin ninguna restricción ideológica, ningún esquema político. Y véase que a la fórmula del amor se le añade un adjetivo: *triumfante*. ¿De qué batalla? De la de ellos, de los independentistas que escuchaban, y aclamaron, su discurso. Pues lo asombroso de estas declaraciones es que no se trata del sueño de un iluminado en su jardín: Martí recoge y eleva los sueños de unos cubanos dispuestos a dar la vida por lo que sueñan. Le oyen los que fueron soldados de Agramonte, que le han invitado. Le escucha, pues, la tradición cubana iniciada por Varela. Que asume las conquistas del pensamiento liberal pero está por encima de él, porque está por detrás y por delante de él. Para el pensamiento liberal una fórmula de amor qué puede ser sino cháchara. La cháchara es útil a veces para la demagogia y para nada más. El liberal corriente ama a su familia; cualquier otro amor afuera es para él por lo menos imposible, si no sospechosamente falso. Para desgracia de los demagogos, Martí era el Homagno que movía con su amor el amor de todos, porque él mismo salía del amor de ellos. Una lección de liderazgo que debiéramos estudiar y defender.

Por supuesto, liberales y comunistas coincidirán en la objeción de que esta fórmula, por sincera y política que fuese, carece de realidad. ¿Qué amor es ese y cómo pue-

de ser algo más que oportuna consigna de época, para bautizados católicos? Martí propone una *ley suprema de la república*: nada menos que *el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre*. Otra vez: los cubanos estamos aburridos de oír esas frases, y de leerlas en el documento dizque constitucional comunista. Interesante que esté ahí, porque demuestra que los comunistas no tienen idea de la frase que manipulan, y a la que se arriesgan. Como jurista, Martí, y los abogados que abundaban en su equipo político, sabían que la Ley Suprema es la Constitución de la República. El Partido se había fundado un 10 de abril, fecha de la Constitución de Guáimaro, creando una sucesión legal democrática. Pero de la misma manera que, a la hora de la realidad, se abstiene de escribir un proyecto de Constitución, Martí entiende que hay algo que debe estar por encima de toda ley y de toda especulación sobre la ley. Nunca la letra, sino el espíritu. El *espíritu público* del que hablara Varela. No el derecho escrito, sino el consuetudinario. Todo jurista sabe que es imposible y absurdo pretender legislarlo todo, y que la ley es impotente si los ciudadanos se excusan de cumplirla. Más: la ley siempre supone castigo por la violación de la ley; y el castigo difiere del amor. El Homagno habla entonces de una ley suprema no escrita, y que dicta cualquier ley sustantiva o adjetiva: *el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre*. ¿Podemos, por favor, leer la frase y dejar de repetirla como un mantra inútil? El orador habla de un culto. De los cubanos. A una dignidad plena. Del hombre. Por partes: es un culto. Algo que debe ser vivido con una devoción: distinto, y por encima, de una militancia religiosa, filosófica o política. Ese culto no pretende erigirse como una religión universal. Es solo el

culto *de los cubanos*, de esos cubanos, en primer término, que llenan la sala del orador. Los cubanos tendrían que creer y practicar ese culto y probarlo en la práctica de la historia. ¿Un culto a qué? A la dignidad plena del hombre. Obsérvese que no es sólo a la dignidad. Es a la dignidad *plena*, una dimensión que comienza por el ejercicio de los derechos civiles, pero que se deja abierta. Hoy, para evitar confusiones con el asunto del género, diríamos, sin error, que se trata de la dignidad plena del ser humano. ¿Es imposible ese culto, esa fe? ¿Habrá alguien que la defienda, como Martí, encarnándola, y a cualquier precio? ¿Es la elucubración de un poeta que quiso ser político y debiera haber sido sacerdote? Yo recomendaría a los cubanos que permanecen indiferentes a los cultos demoníacos actuales, creyendo la fantasía de que no hay ya culto alguno ni posible ni deseable; a los que admiten el precioso escenario y el inevitable poder de los devotos de la inteligencia artificial y de los suicidas en aras de las máquinas; a los que rechazan una república con todos porque desean un Reich para ultramillonarios vacacionando en Plutón, que se aparten de esas elucubraciones peligrosas y ridículas, y atiendan a esa cantidad de realidad que contiene la fórmula martiana: porque sin apego a la dignidad de la humana persona, no sobreviviremos.

La república es con todos porque todos somos igualmente dignos como humanos. Es para el bien de todos porque se trata de la dignidad plena, en marcha, discutible, siempre abierta. Cualquier intento de encerrarla en una solución definitiva atentaría contra su plenitud y también contra el todos. Por eso mismo el culto laico a la dignidad plena del hombre no es una religión. Es un estado de consenso popular que debe ser defendido por

el *todos* a través de la educación, de la cívica y de la política, y erigido pues en costumbre, en derecho inculturado, consuetudinario. Y al mismo tiempo, consueña con lo mejor de todas las religiones. La Fórmula del Amor Triunfante es en efecto un triunfo del pensamiento político, armónica en sí misma, y de tal presencia en la realidad histórica, que aun sin haber sido cabalmente intentada y ni siquiera entendida, permanece en el pensamiento de los mejores cubanos de cualquier orientación política, religiosa o filosófica, y en el decisivo aprecio instintivo de los humildes, sin que ni siquiera su negación hipócrita durante la monarquía comunista haya logrado borrarla o negarla. No hemos podido con la Fórmula. Todos los días dudo de que podamos algún día. Pero permítanme subrayarles el dato: sus enemigos han fracasado aquí en línea durante ya más de cien años.

Maritain hubiera exultado con esta Fórmula. Él quería defendernos del humanismo antropocéntrico de comunistas, fascistas y liberales burgueses. Que no es humanismo, porque el hombre jamás será una autotelía. El humanismo contemporáneo es un producto cultural occidental nacido en el cristianismo y marcado por él. Con todos los méritos, pues el cristianismo es una religión donde un Hombre es Dios, desde la humildad de sufrir y morir como no más que un hombre, por todos los hombres. El cristianismo es en sí mismo un humanismo. ¿Existe un humanismo hinduista, hebreo, budista o islámico? Maritain diseñó unas vías, previó unos recursos, dictó conferencias para dejar atrás las miserias y errores de la cristiandad medieval y luchar por una nueva. Era su deber como filósofo. Pero la Realidad había engendrado ya un Homagno, donde el humanismo cristiano ni siquiera tiene que ser definido

como teocéntrico. Si Varela defiende un humanismo teocéntrico iluminista, su descendencia va más allá. En Martí la referencia no es a Dios directamente, porque la relación con Dios tiene que estar libre, como ya vio Varela, y además trasciende el orden político y social, sino a la dignidad plena del ser humano, individual y colectivo, en la que el amor de Cristo puede y debe encarnar, puesto que Cristo es nuestra dignidad, ya no plena, sino absoluta y trascendente. Yo hablaría de un humanismo cristocéntrico, donde el valor del amor oriente y gobierne sin ninguna pretensión ni alarde, creando desde abajo y desde adentro, por la educación, la cívica y la cultura, la dinámica de la paz social y sus instituciones.

Veremos, en los próximos siglos, si los cubanos nos apeamos de esta gloria, o si la defendemos como hijos.

Camagüey, 11 de mayo de 2023.

150 aniversario de la caída del Mayor General Ignacio Agramonte. (Escrito para la compilación *Valores humanistas para Cuba democrática. Pensamiento de políticos, artistas e intelectuales cubanos del siglo XIX y XX*, Cultura Democrática, Buenos Aires, 2024.)



## VENERABLE VARELA: CRISTIANISMO Y DEMOCRACIA

*Para el padre Castor Álvarez Devesa*

Decenas de cubanos intentan entrar en la Plaza de San Pedro en Roma para hacer visible la dramática ausencia de democracia en Cuba y solicitar la ayuda del Papa, que debe estar celebrando el Ángelus, la oración dedicada a la Virgen, como cada domingo. Los manifestantes son impedidos de entrar al territorio del Estado Vaticano por una fuerza policial. El escándalo se extiende en la prensa y las redes: el papa comunista rechaza recibir a los demócratas católicos y se solidariza con la dictadura. El Vaticano responde con sus razones. La manifestación política ha sido exitosa.

Mi interés está lejos de estudiar este acontecimiento. Carece de importancia y pronto será más o menos olvidado. Cualquiera comprende que el papa no es comunista, aunque tampoco es trumpista como el jefe de los manifestantes, aunque solo sea porque el *former president* no es católico; y que si el Ángelus fuera a ser interrumpido por cada manifestación justiciera que ingresara en San Pedro, entonces habría que suspender los ritos definitivamente. Yo optaría, siendo católico, por suspender los ritos un año entero a fin de combatir la injusticia, pero probablemente sería un año perdido para la oración, y para la justicia también. Me extraña que, impedidos de entrar a San Pedro, los manifestantes no se arrodillaran en la calle a rezar el Ángelus, que es una oración muy breve. Al

revés de lo que piensa el ateo, la oración es una necesidad para el creyente, nunca un entretenimiento, una pérdida de tiempo o un castigo: se vive de ella, sobre todo si se está intentado vivir en paz y con justicia. Por otro lado, la inconsecuencia de la Iglesia de Roma con la justicia de los pueblos es un hecho permanente en su historia, y sigue reproduciéndose en forma implacable hoy en día a nivel de los obispos, encargados de hacer sobrevivir a la Iglesia en un mundo hostil, no tanto de los sacerdotes y religiosos. Hay una tradición de falso indiferentismo político en la Iglesia, que oculta la colaboración con la política peor. Se supone que la Iglesia tiene que estar por encima de la política, o por lo menos a un lado, a fin de evitar contaminarse de impureza, y por ser divinamente superior. Ocurre que Dios se abajó en Cristo, y que Cristo estuvo siempre enfrentado al poder político y eclesial que lo persiguió y crucificó. Cuando la Iglesia pretende estar por encima de todos, o por encima de alguien, está por debajo del piso, muerta y enterrada, sepulcro blanqueado. A veces la Iglesia está por encima de la Iglesia, lo que ya parece humorismo. Recuerdo aquella homilía del cardenal Ortega en que nos recordaba, con su autoridad, que el Vaticano ha rechazado firmar la Declaración de los Derechos del Hombre, por lo que la problemática de los derechos humanos carece de importancia. En esa época el papa Benedicto, hablando al Reichstag, defendía esos derechos. El cardenal Juan declaró, y enseguida se arrepintió, su simpatía por un socialismo próspero y sustentable, con lo que se ponía por encima de la Doctrina Social de la Iglesia que reconoce a la democracia y la propiedad privada como el mejor régimen laico. Pero amplios sectores ultraconservadores católicos afirman

que Benedicto, y con él los herederos del Concilio Vaticano II, han sucumbido al pensamiento liberal, que se habría infiltrado en la doctrina católica más pura, renunciado a las potencialidades transformadoras de Cristo. Francisco sería pues la culminación de ese proceso de confusiones y extravíos. El próximo Cónclave enfrentará estas polémicas inevitablemente.

Existe pues una zona de fricción inocultable entre democracia y cristianismo, que resalta hoy en día cuando la idea de la democracia se encuentra en otra de sus crisis fundamentales en cualquier parte del mundo. Una característica de la democracia representativa consiste en generar esas crisis y resolverlas, mediante una ampliación de los derechos democráticos. Ocurrió, por ejemplo, cuando se estableció el sufragio universal masculino en los Estados Unidos, sustituyendo al sufragio censatario original, en la que solo votaban los ricos —porque el país rechazaba esos privilegios. Y cuando siglo y medio después se acordaron de que los negros eran ciudadanos, lo que le costó la vida al profeta Martín Lutero Rey Hijo. Pero la crisis actual de la idea de la democracia —que es la del autogobierno popular— trasciende las fronteras y los sistemas sociales y políticos. Imposible encontrar una solución común para estas angustias: pensemos en los países islámicos, cuyos presupuestos religiosos excluyen la libertad y la igualdad de las personas, que es la clave del autogobierno y una evidencia absoluta para los que descendemos de judíos, griegos, romanos y cristianos. En Occidente, a cuya periferia pertenecemos los cubanos, campea la idea democrática contemporánea, iniciada por los ingleses en 1215 y 1648 (la Carta Magna, la decapitación de un rey), y por las revoluciones francesa y norteamericana. Occi-

dente, hasta ahora, y a pesar de la nave Vostok (Oriente) que colocó a Gagarin en órbita cuando yo cumplía cuatro años, y del himno chino *El Oriente es Rojo*, que no rige en Taiwán que está en el Este, sigue liderando al mundo, mediante la superioridad tecnológica, económica y militar, y una ofensiva ideológica irresistible, supuestamente sostenida solo por esa superioridad, y en realidad de fácil victoria frente al fascismo, las dictaduras de cualquier variante, el autoritarismo, la religión a la fuerza, el oscurantismo y la miseria. Ahora bien, algunas de estas superioridades están siendo ya conquistadas por los dictadores chinos. La India es ambigua e impredecible, pues a pesar de ser la cuna de Occidente sigue encerrada en tradiciones para nada occidentales: genera la impresión de que su alianza con Occidente viene determinada por sus conflictos con Paquistán y China. En Japón se sigue venerando a los militares fascistas como si fueran héroes nacionales. África, tan variada, donde compiten islamismo y cristianismo, pasado y futuro igualmente difíciles, es un enigma. Rusia no quiere ser lo que es, un glorioso país occidental, y el resentimiento de su atraso, que debe a su propia miseria y para nada a factores externos, la condena a la vergüenza de seguir siendo una nación tercermundista con armas nucleares, sometida por un cínico dictador. El hecho de que este dictador se proclame cristianísimo —como su amigo Daniel Ortega, cuyas vallas publicitarias lo definen gobernando, literalmente, *por la gracia de Dios*, como Francisco Franco—, indica que la fricción entre cristianismo y democracia va más allá de una cuestión teórica: hay gente perseguida, hay gente presa, hay gente asesinada, hay naciones enteras condenadas por la confusión y el fraude.

La fricción entre cristianismo y democracia ha sido cómodamente resuelta hace rato por la teoría de la izquierda y de la derecha occidentales. Según la izquierda, la democracia es una ruptura total con el orden medieval y cristiano, a pesar de que algunos curas pobres e ingenuos se prestaran, incluso ofrendando la vida, para la revolución liberadora. El cristianismo sería, en la palabra y en la práctica, la negación de cualquier realidad democrática, y solo puede esperarse de él, atraso perpetuo y conducta imperial. Les conviene permitir la Teología de la Liberación, que se ha visto que es útil para la liberación; y tranquilos, pues cuando se alcanza la liberación se extingue la teología. Se engaña al papa, si es nefelibata, para lograr el éxito de nuevas revoluciones, porque las otras fracasaron hace siglos; pero sin ninguna concesión a la mentira, la represión sexual, el oscurantismo y el disparate anti-científico de los cristianos. Y ahí está la derecha cristiana para confirmarlo. Para la derecha, actualmente en alza, la democracia no sirve, porque el gobierno de la mayoría supone la entronización de la natural e insuperable estupidez de la plebe, que se la merece y con la cual carecemos de responsabilidad. Así lo sostiene públicamente Rand Paul, y cita a los Padres Fundadores estadounidenses. Es lo que decían los pensadores esotéricos de la época de Mussolini. La sección religiosa de esta derecha clama por un orden cristiano autoritario, en donde los homosexuales se curan voluntariamente de su perversión, las mujeres dejarán de abortar si se prohíbe el aborto, los negros siguen en su papel de no ciudadanos lo que permite que la policía se mantenga entrenada para enfrentar a la izquierda blanca, los ricos son los que producen la riqueza y es inmoral pedir que les den algo de lo suyo a los perezosos pobres,

el que no trabaja sin cesar no llega a rico y el que se mata trabajando tampoco, porque la franquicia ya está cerrada por los que están produciendo tanta opulencia disfrutable, —y el mundo tiene que pertenecer a esos cristianos por la fuerza, porque los otros métodos demorarían mucho o le darían la victoria al bárbaro enemigo. Todo clarísimo, de uno y otro bando. Como un reflector sobre la cara. Cuando hay un exceso de claridad que no sea la del mediodía de Dios, ahí está el fraude. Karl Popper demostró que una teoría es científica si es falseable, es decir, si puede ser disprobada. La búsqueda de la verdad reside lejos de los Constructos definitivos, armas para encerrar la mente y con esa esclavitud moverla hacia la violencia y el terror sobre los infieles de cualquier causa.

Sin embargo, los hechos históricos se imponen, aun cuando los Constructos quieran ignorarlos. Después de veinte años de guerra se ha hundido en unos días el intento de crear una democracia en Afganistán. La izquierda habla de liberación contra los imperialistas yanquis (las feministas esta vez se callan). La derecha, que había que dejar las tropas ahí en forma indefinida, costara los muertos que costase. Cualquiera que ha visto alguna de las geniales películas del iraní Kiarostami piensa de otra manera. En *El sabor de las cerezas*, un sujeto busca desesperadamente ayuda para que cubran con tierra su cadáver después que se suicide (la salvación depende para él de esa costumbre funeraria). Nadie acepta, ni siquiera un monje. Lo escuchan, no más. Asombrosamente para un cristiano, nadie discute la voluntad del suicida, ni el monje. Nadie se siente llamado a defender su vida o su alma. En otro filme, una niña se pierde en la ciudad. Ni siquiera la policía se ocupa de ella: está destinada por Dios,

o no, a encontrar el regreso a casa. En Occidente unas realidades de este tipo están ausentes del cine, porque serían inverosímiles. Kiarostami, sometido a censura, hablaba lo que podía, por demás. Los valores religiosos inculcados en los países islámicos, sean ortodoxos o no en relación con el Corán —y no es mi intención discutir esos valores aquí, porque ya hay cubanos musulmanes que son mis hermanos y a quienes debo defender como cubano y como cristiano—, al remitir toda la conducta humana exclusivamente a Dios, excluyen la libertad y la responsabilidad al menos en la forma en que son presupuestos indispensables de y para la democracia. La izquierda continuará en su afán de definiciones rupturistas y eras doradas a punto de nacer. Pero el desplome del Mundo Nuevo del comunismo constituye, para la persona instruida, solo un nuevo fracaso del milenarismo cristiano de los primeros siglos, luego rescatado en la Edad Media por la idea de la Tercera Iglesia de Joaquín de Fiore. Como ya vio Thomas Merton, el marxismo es un hijo directo del liberalismo. Marxistas y liberales creen, sin querer saberlo, lo mismo: que seremos felices cuando lo tengamos *todo*. ¿Estaríamos al fin tan satisfechos, con ese todo, en este mundo? Según el Apocalipsis, solo en el Milenio de los Santos, pero con algunas condiciones: ese Milenio lo hace Dios mismo, no el hombre, después de haber reconstruido el universo: y además se acaba también, después de una batalla de los Santos contra el Demonio sin la ayuda de Dios. Yo no quitaré una línea del Apocalipsis; y la pretensión de hacerle la competencia por parte de tantos falsos profetas se me antojaría divertida, por el homenaje que contiene a la doctrina que se quiere rechazar, si no fuera porque sigue siendo fuente de

sufrimiento y horror en cualquier parte de este inhabitable mundo. La izquierda y la derecha occidentales se parecen muchísimo en la tarea de manipular y pervertir las esencias y previsiones del cristianismo. Porque vienen de él, pero no pueden con él. Nacieron en el orbe cristiano, criticaron y superaron muchas de sus miserias a costa de generar otras iguales o peores, ampliaron muchos de sus ofrecimientos en relación con la libertad, la igualdad, la solidaridad y la riqueza social, pero se quedan por debajo de Cristo todo el tiempo, necesariamente. Siempre estaremos por debajo de Cristo, porque Él se lanza a lavarnos los pies. Pero si queremos democracia, esto es, un autogobierno humano un poco menos salvaje que el que ahora padecemos en todas partes, habría que aceptar esas evidencias: la democracia surgió del orbe cristiano, es una consecuencia del cristianismo, y no va a sobrevivir sin él. Y si no sobrevive, la alternativa no es regresar a la Cristiandad, que tampoco era un régimen de tinieblas como imaginó la Ilustración, sino sumergirnos en la anarquía, el terror, las guerras mundiales y los totalitarismos.

¿Y cómo nos va a los cubanos, en esta orilla de Occidente empeñada en construir el Milenio de los Pecadores, con esta mezcladora de disparates mentales y circunstancias de pánico?

¿Seguiremos fieles a las momias rusas, aunque con versiones más ligeras que las de un mausoleo?

¿Cultivaremos el socialismo con sabor de mercado, después de habernos reído toda una vida de los pobres nativos del imperio de la acupuntura y la pólvora?

¿O qué les parece una peluca de los ateos de Virginia, con espadón y carroza, ya que el bombín de Martí resulta incómodo para bailar el reguetón?

## II

VOCES AFUERA: ¡Mueran los godos! ¡Vivan los mulatos!

CURA PIÑERES: ¿Lo escucha, Excelencia? ¡Nos vienen a matar!

CAPITÁN GENERAL KINDELÁN: Son unos muchachos exaltados, reverendo.

CURA PIÑERES: Más bien unos negros que cantan música de negros y que nos van a acabar porque son la mayoría, y con mucho. Excelencia, métales las tropas. O saque a la gente nuestra con los palos en la mano, antes que sea demasiado tarde.

RAFAEL GATICA: Que hace un rato estaban gritando: ¡Vivan los godos, mueran los mulatos!

CAPITÁN GENERAL: Con todo respeto, reverendo, pero yo me debo a la Constitución de Su Majestad y a las prerrogativas de la ley. Mi deber es garantizar las elecciones a Cortes, de la que usted mismo es candidato.

CURA PIÑERES: ¡Su Majestad está preso y la Constitución es un engendro de herejes, infidentes y admiradores de los yanquis!

RAFAEL GATICA: La Constitución rige como el rey.

CURA PIÑERES: Sí, rige en lugar del rey, de la persona ungida por Dios, que está por encima de todos. Y usted ha estado oyendo las prédicas del curita traidor del Seminario. Tanta gente asomándose por las ventanas, a ver si escucha una abominación más. Pervirtiendo a la gente tranquila del pueblo con ideas extranjeras, francesas, norteamericanas, hijos todos del demonio.

CAPITÁN GENERAL: Reverendo, el curita hace lo que le manda el obispo de usted.

CURA PIÑERES: Todo el mundo sabe que monseñor Espada está al servicio de la francmasonería mundial. Ya le llegará su turno.

RAFAEL GATICA: Usted detesta al padre Varela porque es su rival en las urnas y sabemos que le va a ganar.

CURA PIÑERES: ¡A mí no me gana nadie!

RAFAEL GATICA: Excelencia, este ciudadano está llamando a la subversión.

CURA PIÑERES: ¡Cállate, perro! O mejor: ¡gatica!

(Gatica y Piñeres se van a las manos. Kindelán intenta detenerlos).

### III

No, no se trata de una escena de *El desafío*, el drama de Félix Varela que se representó durante años por sus discípulos del Seminario San Carlos y que se ha perdido —si es que se ha buscado. He querido recrear el suceso del año 1822 referido en la *Historia de Cuba* de Carlos Márquez Sterling, porque cuando se leen los textos de Varela anteriores a su diputación a Cortes, admiramos la majestuosa serenidad de sus conceptos, y llegamos a imaginar que aquellas elecciones fueron un trámite tranquilo, perfecto, tal vez aburrido, como propio de una época lenta, ordenada y católica. En su homilía para convocar al pueblo a las elecciones, Varela insiste, con el Antiguo Testamento en la mano, en la necesidad de la paz y la verdad. Pero la paz del patio del Seminario, donde el joven sacerdote hablaba en latín con sus discípulos, estaba ausente de las convulsionadas calles habaneras. Y para la reacción española y criolla, desconcertada por

ser la Metrópoli misma quien organizaba una democracia infame —una monarquía constitucional mediocre, que duró lo que el merengue—, la verdad era un asunto de segundo orden. Había que exterminar con la violencia y la mentira a los traidores, que estaban en mayoría incluso entre los privilegiados con derecho al voto, como lo demostró la elección de Varela. El mismo Kindelán terminó herido en la reyerta entre Gatica y Piñeres. Varela acudió a las Cortes y presentó unos proyectos audaces y razonables basados en la paz y la verdad. Lo escucharon apenas, inaugurando la sordera parlamentaria que a la larga le va a costar a España el imperio. Los legisladores se dedicaron tenazmente a la desunión y a última hora depusieron al rey, con el voto de Varela por cierto, aunque él ya había entendido que los parlamentarios eran tan brutos como el monarca. La reacción francesa entró con sus tropas y restauró la monarquía absoluta. La Constitución fue derogada y los legisladores condenados a muerte. Varela escapó a los Estados Unidos. Supongo que Piñeres dijo entonces: ¿lo ven? ahí es donde tenía que estar.

La entera vida de Varela fue un *desafío*. Varón de una familia de militares de rango, decidió ser Soldado de Cristo para salvar almas. Magistral en las gracias de la escolástica, combatió el escolasticismo en ruinas y difundió la manera científica de pensar, las ciencias y la tecnología. Miembro juvenil de la aristocracia local pensante, promovió el gobierno popular con la bendición del obispo Espada, llamó al pueblo a las elecciones de 1812 en una importante homilía, y fue electo diputado en 1822. En las Cortes desafió a los liberales haciéndoles ver que no lo eran para el caso cubano, como luego harían Saco y Martí. Desafió al rey y a los Cien Mil Hijos de San Luis —

Dios mío— votando la destitución del incapaz, hipócrita y crudelísimo monarca. Desafió al imperio español como defensor de la independencia de Cuba, y a los sacarócratas por su plan para la abolición de la esclavitud. Promovió la ciencia y la técnica, para escándalo de falsos contemplativos. En Nueva York enfrentó a los protestantes que acuchillaban a los católicos; y a los insensibles, cuidando de las prostitutas y los pobres. Desafió a sus discípulos presentándoles la intolerancia yanqui patente en el incendio de un monasterio con monjas y niñas que resultaron achicharradas, solo por ser papistas, es decir, católicas. Los discípulos rechazaron este desafío a sus cómodas convicciones ideológicas y Varela, entristecido, renunció a escribir el tercer tomo de las *Cartas a Elpidio*, que debía dedicar al fanatismo: ese terrible silencio sigue desafiándonos al denunciar para siempre nuestra desgracia fundamental. Desafió, y defendió, a su propia Iglesia conversando y debatiendo con los protestantes, que le decían muy risueños: Varela, te van a botar. Renunció a la gloria literaria publicando en forma anónima su novela *Jicoténcatl*, la primera en Cuba, la primera de tema histórico en Iberoamérica, la primera de tema indigenista, hoy en día de moda en los medios académicos. Desafió a Spinoza y a Hegel, destruyendo sus tesis fundamentales de un solo plumazo. Ignoró a la triste seriedad decimonónica con sus carcajadas y chistes, porque, como buen sacerdote, era Félix: feliz. Enfrentó a la policía colonial difundiendo en la Isla su revista subversiva *El Habanero*, y venció la amenaza de un asesino a sueldo, detenido a tiempo por sus fieles. Desafió la riqueza norteamericana trabajando y muriendo en la pobreza. Desafió a sus pulmones asmáticos viviendo en clima de nevera, hasta que empezó a se-

mejor suicidio. Desafió la nevada de Nueva York quitándose su único abrigo para amparar a la vieja desconocida que pasaba por la calle temblando frente a él.

¿Qué iba a hacer? Era un Soldado de Cristo.

No se entenderá a Varela sin aceptar lo evidente: que se trata de un sacerdote, no de un filósofo, un ideólogo o un político. Varela hace filosofía, teología y política, pero como funciones de su oficio de sacerdote. Nunca al margen de esa condición, ni contra el oficio. Abundan en la historia de la Iglesia esas proyecciones y semejante integridad, pero no por eso deja de ser extraordinario, y más en una pequeña y despoblada colonia española repleta de negros esclavos y blancos analfabetos. Por esta calidad de genio debiera ser evaluado Varela, si es que se le estima de veras. Desde luego, si usted opina que ser sacerdote es lo último, una profesión tan equivocada y miserable que a lo sumo se puede tolerar por lástima, entonces hay que empezar a buscarle al famoso cura unos méritos fuera de su vocación, o mejor: en contra. Y como la propia Iglesia que peregrina en Cuba marginó y luego ignoró a Varela en esa integridad creadora, de manera que su actitud política y su dimensión intelectual fueron reconocidas solo por la admiración ciudadana, a menudo fracturando y desvirtuando su personalidad, entonces cómo asombrarnos de que se le conciba habitualmente como una suerte de cura honesto, es decir, como un cura imposible, disidente o no cura, capaz de defender la independencia personal y de pensamiento, la filosofía, la ciencia, la tecnología, la democracia, y cuantas bondades modernas estarían fuera y en contra del cristianismo. En el proceso de canonización los textos de Varela han sido sometidos a escrutinio a fin de encontrar la pifia, el gazapo, la masonería subrepticia,

el disparate teológico, pero qué va, este hombre murió proclamando su fe en Cristo Jesús frente a la hostia consagrada. Por otro lado, los cubanos vemos a Varela casi exclusivamente en su dimensión intelectual y política. Para los norteamericanos es el sacerdote que en Nueva York cuidó, defendió, instruyó y salvó a los pobres, a los marginados, a las prostitutas; el que visitó un hospital día a día, sin faltar, para auxiliar a los enfermos, único sacerdote católico al que se le permitía ahí ese deber cristiano. Varela quedó cada día más absorto en esas funciones de la caridad sacerdotal, y de las que le tocaban como Vicario, segundo hombre formal de la por entonces pequeña Iglesia Católica norteamericana; cada vez más lejos de la actividad intelectual y de la política. Varela sacrificó su genio en aras de la caridad. Pero este sacrificio nos da la clave de su obra: cuanto hizo, pensó, escribió y defendió era lealtad a Dios y por lo tanto caridad en llamas.

Con estos fundamentos el genio de Varela va a efectuar unas operaciones intelectuales de altísimo nivel, especialmente en relación con las circunstancias del mundo moderno. Criado en el atraso español de Cuba y la Florida, y devoto de una iglesia cuyos jefes se oponían a cualquier modernidad, hubiera prosperado como ideólogo de un catolicismo tranquilo y sabio, en el aire como griego del Seminario San Carlos. Hoy estaríamos leyendo sus tomos de teología contundente escritos en soberano latín. Lo que pasa es que para entrar al Seminario había que caminar por una Habana repleta de seres humanos convertidos en mercancías, y de unos mercaderes insolentes sin la menor relación con Cristo. El joven cristiano dice: no. Ya sabe que hay otro mundo donde aquellas abominaciones, al menos, se excluyen. Y allí mismo, en esa clase

de privilegiados a la que pertenece de alguna manera, hay muchos que quieren excluirlas. En algún momento relatará que por entonces, a principios del XIX, el cubano culto decía en su casa lo que le daba la gana. Se estaba aún en el período del Despotismo Ilustrado, que se convertiría, ante sus ojos, en el más indocto de los despotismos, pero todavía cada propietario opina y conversa en su finca o casona con sinceridad. Ese ambiente fue el que propició la primera conspiración independentista, la del hacendado habanero Román de la Luz en 1810, que nos dará nuestro primer proyecto constitucional, el de Joaquín Infante. Varela, obediente a los reclamos de la realidad como cristiano leal, rechaza la injusticia inveterada y se suma a la civilización hispanocubana naciente. Él dirá luego que desde el principio lo hizo como americano: como amigo de la libertad. Por eso, cuando el obispo Espada lo designa como profesor de Derecho Constitucional, empieza a defender públicamente lo que ama. La Constitución de Infante fue publicada en Venezuela en 1811 y pasó inadvertida para los cubanos durante décadas: hoy sigue siendo poco conocida, excepto entre historiadores y juristas. Varela, que con seguridad tampoco la conocía, recibe la tarea de explicar la Constitución que la metrópoli había creado para sí misma y dizque para las colonias en 1812, y que vuelve a regir después de un período de seis años de reacción política. La juventud culta habanera está ilusionada. Hay una posibilidad de pasar a un régimen mucho mejor sin violencia, por medios civilizados. Incluso respetando la figura del rey. España ha optado por ser Gran Bretaña, lo que queríamos. De esta manera pacifista y decente, y enfrenado a la indecencia y la violencia del adversario, Varela

se convierte en el primer teórico y defensor público de la democracia en Cuba.

Varela pudo explicar el texto constitucional según su contenido jurídico, artículo por artículo, y nada más. Pero decide exponer sus fundamentos. No es cualquier maniobra. Desde el punto de vista teórico, así debía hacerse. También por la intención política práctica, pues el adversario criticaría este u otro elemento como inválido según algún principio conocido, respetable y conservable; y había que preparar el cumplimiento de la Constitución mediante su conocimiento detallado y la comprensión de su espíritu. Varela se lanza a exponer los fundamentos teóricos de la Constitución, la doctrina de la soberanía popular, y de esa manera pone su pensamiento y su prédica por encima del día: la Constitución de 1812, muy avanzada para la España y aun para la Europa de entonces, no le limita: sabe que “si no es la obra más perfecta del entendimiento humano, al menos es la mejor que conocemos en su clase, y el fruto más sazonado que podía prometerse la España” en aquellas circunstancias históricas, y su labor es “la cátedra de la libertad, de los derechos del hombre, de las garantías nacionales”, como expone en el discurso de inauguración ante sus 193 alumnos (más los que escuchaban y miraban por las ventanas). He aquí el programa del profesor de treinta y un años de edad, en un aula del Seminario San Carlos en la increíble fecha de 1820:

Expondremos con exactitud lo que se entiende por Constitución política, y su diferencia del Código civil y de la Política general, sus fundamentos, lo que propiamente le pertenece, y lo que es extraño

a su naturaleza, el origen y constitutivo de la soberanía, sus diversas formas en el pacto social, la división y el equilibrio de los poderes, la naturaleza del gobierno representativo, y los diversos sistemas de elecciones, la iniciativa y sanción de las leyes, la diferencia entre el veto absoluto y temporal, y los efectos de ambos, la verdadera naturaleza de la libertad nacional e individual, y cuáles son los límites de cada una de ellas, la distinción entre derechos y garantías, así como entre derechos políticos y civiles, la armonía entre la fuerza física protectora de la ley, y la fuerza moral.

Ideas semejantes habían engendrado la Constitución independentista de Joaquín Infante diez años atrás. Que no pasó de ser un documento editado en el extranjero. De las ideas de Aponte sabemos poco y en todo caso se quedaron en el martirio de los conspiradores. Por primera vez en Cuba, con el presbítero Varela, un hombre público defiende y propagandiza las ideas de la soberanía popular. Iniciador de tanto y tanto en nuestro país y en América, Félix Varela, fundador de la nación cubana, es el primer demócrata cubano. En la práctica, como propagandista y político electo. En la teoría, por la riqueza y la precisión de sus argumentaciones.

De esa riqueza vamos a ocuparnos enseguida, pero advertamos estas otras cualidades: como propagandista, Varela comenzó a formar ciudadanos que lucharon por la soberanía popular, reformistas e independentistas; los reformistas lo orillaron y luego fracasaron; los independentistas como él crearon la nación democrática en Guáimaro. Como político electo, luchó por las libertades

cubanas y españolas, y el fracaso de ese noble esfuerzo le permitió deshacerse de la idea de la autonomía y convertirse en independentista irreductible. Pero al definirse como independentista, Varela daba un paso adelante por encima de los artículos de la Constitución de 1812, que establecía una monarquía constitucional: Varela es ahora, implícitamente, republicano. De hecho, vivirá sin quejas en la república norteamericana. Al dar ese paso Varela está siendo perfectamente coherente con lo que había anunciado en San Carlos de La Habana: la suya era la cátedra de la libertad, de los derechos del hombre, de las garantías nacionales, más acá de un texto constitucional concreto. Los liberales españoles habían optado, con moderación y sentido práctico, por conservar el Poder Regio, que Varela explicó en su cátedra. Pero el patriota cubano acaba deshaciéndose de esa antigualla sin ninguna función en una república antillana. Esta decisión ulterior hay que tenerla siempre presente cuando se estudian los textos de 1820, pues Varela no volverá a ocuparse con detenimiento de la teoría de la soberanía popular por el resto de su vida. Y eso también es importante: Varela no es un catedrático ni un teórico. Tampoco es un político empeñado en una ideología, ni siquiera en sus deseos o previsiones más certeras y queridas. Luchó por la autonomía porque le parecía buena y útil en ese momento. Y lo era, aunque imposible por culpa de la estupidez española. Trabajó por la abolición gradual de la esclavitud, aunque quería la libertad total para todos. No era un dómine, porque tenía un Señor. Era un sacerdote sirviendo a su gente en la historia real e inmediata. Cuando para servir a su gente tiene que defender con toda su maravillosa inteligencia una teoría política que sabe buena y útil, la defiende. Cuando

Dios le manda, a través de su obispo y de la votación ciudadana, a practicar esa teoría política, la practica sin miedo. Luego tendrá que ocuparse de pobres, prostitutas y marginados. Y él mismo termina en la miseria y marginado por los suyos. Es el ejercicio de su condición de cristiano, en el exigente nivel del sacerdocio, lo que convierte a Varela en un líder de la democracia iberoamericana. El cristianismo es el culpable de la democracia de Varela, gracias a Dios.

Sospecharíamos pues que el cura, a fin de servir a su gente en su tiempo, se limitaba a la difusión del pensamiento liberal en una colonia despoblada —y a practicarlo. Siendo así y no más, el mérito ya es grande. En ese discurso Varela celebra ese texto, que “por primera vez ha conciliado entre nosotros las leyes con la Filosofía, que es decir, las ha hecho leyes”: una definición importante para este catedrático de filosofía y teología: las leyes son leyes no porque se promulguen, sino cuando están sustentadas filosóficamente. Nada de cháchara ideológica, de criterios por la libre porque nos conviene. La cátedra de la Constitución “contiene al fanático y déspota, estableciendo y conservando la Religión Santa y el sabio Gobierno”. La Constitución de 1812 en efecto establecía el carácter católico del estado, pero cuatro años después Varela se instalará en la república yanqui, un estado laico aunque de mayoría protestante hostil al catolicismo, sin que haya manifestado un rechazo al carácter no confesional del estado. Estos conceptos nos describen en verdad la amplitud, integridad y destino del pensamiento vareliano: teología, filosofía y doctrina política quedan relacionadas: la fe de la verdad y la verdad de la libertad constituyen la base del buen gobierno tanto como de la religión verdadera.

Lejos de encontrar una contradicción intraspasable entre la fe y la libertad, Varela las hace coincidir. Confiaba en que el orden constitucional asimilaba la realidad contemporánea, “el progreso de los conocimientos humanos y el distinto aspecto que el tiempo ha dado a la política como a todas las cosas”, como afirma en el discurso, y también que “los españoles del siglo XIX”, sus oyentes, “por un instinto, fruto de los tiempos, saben distinguir estos bienes” de la libertad y los derechos del hombre. Estos elogios a las inspiraciones de su tiempo histórico parecieran situarnos nuevamente en un Varela al día, actualizador en la colonia cubana del pensamiento liberal corriente entonces. El vínculo entre filosofía y teoría política era uno de los caballos de batalla de la Ilustración. Varela, a no dudar, es un discípulo de la Ilustración en muchísimos buenos aspectos, y su personalidad intelectual descende en línea recta del siglo de las Luces, que ya había creado interesantes autores en España, México y Sudamérica y que siguen siendo poco conocidos entre nosotros. Yo diría que, como resultado de la pobreza y el atraso de la colonia cubana, Varela va detrás, históricamente, de esos autores, impulsando aquí unas batallas —la lucha contra el escolasticismo y la difusión de las ciencias, por ejemplo— que ya habían empezado en el Imperio. Varios de aquellos autores —José Rafael Campoy, Francisco Javier Clavijero, Andrés de Guevara, los tres de Nueva España— eran sacerdotes jesuitas: en ellos las ideas ilustradas y las cristianas resultaban compatibles. Llegar después, sin embargo, puede ser una ventaja, sobre todo si hay genio y santidad ayudando. Ninguno de esos autores fundó una nación en la historia, ni han dejado una impronta tan profunda en la religiosidad, la cultura y la política de un

país, como es el caso del Venerable Varela. Para muchos intelectuales la confluencia de cristianismo y liberalismo en unos sacerdotes latinos queda determinada, y agotada, en el atraso social de sus pagos. Al alcanzarse el orden liberal, el cristianismo sobra. Y para los conservadores católicos de hoy en día, incluso Benedicto XVI, por no hablar de Francisco, resulta un infiltrado por ideas ajenas a la Tradición y a la Biblia.

Veamos, con la peligrosa brevedad que exige este medio, un aspecto medular en esta discutida confluencia: la doctrina del Contrato Social. Enseguida nos viene a la mente el libro de Rousseau, pero basta recordar a John Locke para darnos cuenta que hay más de una formulación anterior de la doctrina, de inevitable insurgencia ya en el siglo XVII, cuando la monarquía absoluta europea, nunca demasiado útil, ha acabado por asfixiar y humillar a los súbditos todos y ha arruinado a medio mundo. Esas monarquías se apoyaban en la consigna medieval del rey por mandato divino, encargado de gobernar como vicario de Dios. Ya nadie creía eso, habida cuenta de los irresponsables, ladrones, asesinos, locos y payasos que habían pasado por los tronos europeos durante siglos. Locke, muy en armonía con la decapitación del monarca inglés, ve al rey solo como el poder ejecutivo necesitado de un parlamento, la monarquía constitucional que saldría del acuerdo libre de los gobernados. Con él aparece claramente la idea del poder político como un pacto entre los individuos, para lo que se erige la concepción de que en algún momento histórico los humanos renunciaron a sus libertades individuales y absolutas para disfrutar de las ventajas de la socialidad, que exigía unos deberes y unos límites. Rousseau hace la versión continental de esa doctrina, magnificada

por el escándalo de la Revolución Francesa que la toma como bandera. Hoy resulta edificante, y hasta divertido, comprobar cómo unas inteligencias tan poderosas — Locke, muy por encima de Rousseau— nunca explicaran dónde y cuándo habían existido esos indígenas aislados y libérrimos en las selvas originales. Marx lo llamaba *la robinsonada*. Pero el poder de la ideología consiste en creer lo que a uno le conviene creer, sea comprobable o no. La gente culta posterior al Barroco pensaba siempre en términos de individuo, no de sociedad. Sin embargo, la tarea de derrocar la monarquía absoluta era de carácter social, como también la creación de un nuevo orden. De manera que la doctrina del pacto o contrato social se expande por Occidente, con plena justicia histórica. Lo que está surgiendo, intereses y disparates aparte, es nada menos que la posibilidad del gobierno popular, cuya herencia gloriosa, y a menudo extraviada o trágica, seguimos viviendo hoy.

La defensa de la Constitución obligaba a Varela a entrar en el asunto del pacto social. No usa el término contrato sino para sus contenidos jurídicos habituales —contrato de matrimonio o comercial, por ejemplo—; y para el asunto de la soberanía emplea repetidamente el de *pacto*. Ya hemos visto en la cita anterior que debió abordar “el origen y constitutivo de la soberanía, sus diversas formas en el pacto social”. En sus *Observaciones sobre la constitución política de la monarquía española*, de 1821, que es el texto que escribe para la cátedra de Constitución, rechaza explícitamente la robinsonada, la pretensión de “un tiempo quimérico en que existían los hombres en las selvas a manera de las bestias, y que después se hayan reunido por medio de la palabra. Sabemos bien cuál es

el origen del género humano, y que desde los primeros tiempos las sociedades, aunque cortas, fueron perfectas, y que en ellas el padre de familias ejercía una autoridad, fundada en los vínculos de la misma naturaleza”. Aunque hoy tengamos más información sobre las sociedades primitivas, lo cierto es que Varela defiende la socialidad del hombre sobre el individualismo imaginario de unos cuantos pensadores ilustrados. Ya en los *Elencos* de 1816 el joven catedrático había establecido que: “El hombre por su naturaleza es sociable, y deben tenerse por unos delirios los pensamientos de algunos filósofos que han creído que el estado verdadero del hombre, es estar fuera de la sociedad”. Y por eso: “Toda sociedad perfecta es el resultado de un pacto que ningún privado puede disolverlo”. Interesante: Varela pone una nota al pie de esas reflexiones: “De ningún modo entraremos en cuestiones políticas de gobiernos, ni de cosa alguna que tenga relación estrecha con nuestras leyes fundamentales y derechos del soberano, y así suplico a todas las personas que quieran hacerme el favor de contribuir al examen de mis discípulos, que omitan semejantes preguntas, no extrañando en todo caso que yo les mande no contestar cosa alguna en estos puntos”. —F. V. Aún no rige de nuevo la Constitución de 1812, y hay que decir las verdades con cuidado, sin dejarse provocar por el adversario. Años después, habiendo fracasado el Trienio Liberal, en Tranquilidad de la isla de Cuba, artículo de El Habanero, escribirá desenfadadamente: “Todo pacto social no es más que la renuncia de una parte de la libertad individual para sacar mayores ventajas de la protección del cuerpo social, y el gobierno es un medio de conseguirlas. Ningún gobierno tiene derechos. Los tiene sí el pueblo, para va-

riarlo cuando él se convierta en medio de ruina, en vez de serlo de prosperidad”. Ahora bien, erraríamos si pretendiéramos asociar el pensamiento de Varela sobre la soberanía popular solo a una variante razonable de las doctrinas políticas emergentes en su tiempo. Las lecciones de su tiempo histórico le convencen y convocan, pero no procede de ellas ni se dirige a los mismos fines. Otra vez: es un sacerdote católico, y un sacerdote especialmente comprometido no solo con su fe, sino con la cultura de su fe, con la creación intelectual de los creyentes que le han precedido, y de la que se considera, con justicia, parte y prolongación apasionada. En las Cartas a Elpidio hará esta declaración fuerte:

Todas las máximas de los pueblos libres, todas las doctrinas de civilización han sido enseñadas por los Padres y se hallan en esos mamotretos que condenan sin haber leído. Temblarían los déspotas, mi amado Elpidio, si pudieran ponerse en la mano de los pueblos las páginas en que sin consideración ni rebozo se les acusa y condena por hombres a quienes la Iglesia ha declarado santos, y a quienes la más astuta malicia no ha podido negar el mérito de la virtud más acendrada; por hombres que fueron la admiración de su siglo y son ahora el desprecio de los necios que se han abrogado el título de filósofos.

Sigue entonces, en las Cartas, unas citas de Santo Tomás. Combatiente contra los vicios de la escolástica, Varela admiraba, críticamente, a su representante mayor. Y de él escoge estas definiciones prodigiosas:

(...) la mejor institución de los príncipes en una ciudad o reino, es cuando uno manda según la virtud y bajo él mandan otros, también según la virtud; y, sin embargo, este principado pertenece a todos, porque todos pueden elegir y ser electos. Tal es todo cuerpo político mixto de reino en cuanto a que uno manda, de aristocracia en cuanto a que muchos mandan según la virtud, y de democracia, esto es, de la potestad del pueblo, en cuanto a que de los individuos del pueblo se pueden elegir los príncipes, y porque al pueblo pertenece elegirlos. Esto fue establecido por la ley divina.

La potestad del pueblo, la soberanía popular, la democracia, está pues prevista y recomendada por uno de los mayores teólogos cristianos, que había sido ya proclamado Doctor de la Iglesia en 1567. Cuando la oficial Doctrina Social de la Iglesia establece la democracia como la mejor manera de gobierno, está empezando a regresar, aunque solo eso, a Santo Tomás. Varela recoge los conceptos del Ángel de las Escuelas contra el despotismo y la tiranía: “Oye la respuesta, Elpidio, y te admirarás de la solidez, claridad, y firmeza con que el Ángel de las Escuelas sostiene la angélica doctrina de la libertad de los pueblos”. Remito al lector a las Cartas y a Tomás, a ver si salimos para siempre de la idea de que el pensamiento medieval es la fuente o el sustento de las barbaries medievales. Se pensaba desde Cristo y se pensaba todo y mucho y muy bien, bastante mejor que en la barbarie contemporánea de la que ni siquiera nos damos cuenta. Aunque lo iremos viendo.

He aquí que el Venerable Varela es el fundador de la idea y la práctica de la democracia en Cuba, atendido a los

signos de los tiempos y a los impulsos y previsiones de la tradición cristiana. Esta verdad sigue siendo ignorada o escamoteada por el pueblo, los intelectuales y los políticos nacionales, que ven a Varela como un personaje anacrónico, respetable por estar en los orígenes del Estado y como tal útil para propaganda mentirosa y homenajes oficiales, nunca para la inspiración del día que corre en Cuba. Incluso su propia Iglesia ni siquiera demuestra interés en investigar, reunir y publicar sus incompletas Obras, ni divulga su vida y su pensamiento entre los fieles. Para nosotros sigue siendo el viejito asmático de la foto de los últimos años, distante del joven resplandeciente de coraje y de gracia que inauguró la dimensión genial del cubano. En el mejor de los casos, los inteligentes suponen que la idea democrática de Varela, con su síntesis de Cristianismo e Ilustración, ha quedado superada por la historia. Que las libertades civiles han conducido al ateísmo y la depravación colectivas. Que la pretensión de Tomás y Félix de que se gobierne desde la virtud clasifica como tontería, porque es imposible que nos pongamos de acuerdo en qué es virtud, o que no disparemos una carcajada maligna cuando alguien nos proponga ese ridículo término. Pero estas objeciones que se pretenden incontestables se desploman ante el análisis de las noticias del día.

Hoy la idea de la democracia, del gobierno popular efectivo, está en crisis en todo Occidente, en una u otra variante, precisamente por carecer de un fundamento, creído y vivido en común, en la piedad. Precisamente porque hace rato que salimos de la monarquía absoluta y del gobierno por supuesto derecho o inspiración divinos, las sociedades tienen que reconocerse como tal, es decir, como comunidades, nunca como la agregación interesada

o indiferente de individuos y funciones. *La sociedad no es una sumatoria de individuos*, dijo Obama en su discurso de inauguración. Tampoco definió qué es la sociedad; tal vez carece de interés en ese asunto *teórico*. Porque el proceso político en Occidente continúa extraviado entre esa evidencia práctica y la pretensión irreal del individuo de pertenecerse a sí mismo sin ninguna preocupación por lo que ocurre *allá afuera*. El resultado es el Caos. Anarquía sin control o totalitarismos de cualquier nueva especie, son la consecuencia inmediata de ponerse por encima de los otros, en una atmósfera de violenta negación de la Realidad. La burla contra la virtud de los otros también es irreal. En nuestro tiempo, como en cualquier otro, abunda más de lo que se cree, la gente que vive con excepcional nobleza, aun sin ser santos ni justos; que se entrega a las mejores causas indudables y que da la vida por ellas: es el Mal, no la Realidad, la que se burla de la virtud. Año tras años unos misioneros cristianos son asesinados en cualquier parte del mundo. Y he ahí a la abuelita sacrificada por sus hijos y nietos, o al hombre honesto que sufre cárcel por haberse atrevido a ser. *No hay patria sin virtud*, dijo en su lapidario estilo el Venerable. Como para que lo recuerden los que tienen que enfrentar el fanatismo de los gritadores del odio, los príncipes de la mentira en las redes, los dictadores en su propia casa, los teóricos de la soberbia como autoridad. La creciente socialización del poder, inevitable y maravilloso bien de Occidente, exige el carácter virtuoso de la sociedad, en los individuos, los grupos y las instituciones. Nunca hubo y no habrá ningún monarca divino. Divinos tenemos que ser, hasta donde podamos, pero con sensatez, inteligencia y ganas, y poniéndonos de acuerdo casi divinamente, cada uno de nosotros.

Los cubanos, sumergidos por décadas en uno de los mayores fracasos de Occidente, el socialismo, pareciera que estamos muy lejos de poder siquiera entender esta fantasmagoría. Cuba ha sido por siglos un país sin confesión religiosa. Pero cuidado, porque la profecía tiene que aparecer ahí donde más se la necesita... Si la gente no cree en Dios sino en unos ídolos, por ejemplo en el poder, la riqueza o la Revolución sangrienta, o peor todavía, si cree *mal* en el Dios real, como nos avisó Varela, ¿habrá, Elpidio, esperanza? La libertad significa también la opción de no creer en Dios ni mal ni bien, o por lo menos de creer en dimensiones aparentemente más terrenales. ¿Qué hacer si la fe en que todos somos hermanos, clave cristiana de la democracia, no puede ser abrazada por los que no son cristianos? Yo me atrevo a creer que el Señor de la Historia ha bendecido nuestra falta de fe. Martí ofrece un culto a la dignidad plena del hombre. Es culto, pero no es iglesia ni religión. Ese culto debe sostener las costumbres, y de ahí todo el posible orden democrático. En el centro está el hombre, lo divino en el hombre. Es una idea cristiana ecuménica. Puede atraer y convocar a todos, puesto que todos somos humanos. Por eso puede abrazar todas las religiones, y también al ateo. Martí no parece haber conocido de Varela sino su independentismo y su leyenda de santidad: suficiente. Desciende de él, en línea recta, a través de la sucesión de discípulos: Luz, Mendive. El vínculo entre Varela y Martí es perfecto y fecundo, y sigue actuando. Al revés de los pesimistas de viejo cuño que declaran que Cuba es un fracaso y que aquí nunca hubo nada, yo afirmo que aquí ha habido demasiado. Hemos estado desbordados de gracia. Tal vez ahora, con el pueblo y los intelectuales en

la calle invocando a Martí, empezamos a reconocernos y a desbordarnos.

Cuando el Romano Pontífice diga tres veces sí en la plaza de San Pedro a la pregunta sobre la santidad de Varela, Cuba quedará incluida en Roma: será la nación muy escogida en la que el reverenciado y genial fundador es un discípulo ideal de Cristo, y el principal discípulo del santo de Dios, su actualizador local y mundial.

*(Amanece en el Archipiélago. Se difunde en las Redes la noticia de que el Bien ha descendido al infernal Círculo de los Falsarios, y después de espantar a los chivatones congelados ahí a cero grados Kelvin, ha desatado al Malo.*

*Los Santos se preparan para la Batalla Final.*

*El Milenio ha terminado).*

SAN IGNACIO: ¡A las armas, Soldados de Cristo!

SANTO TOMÁS: ¡A las armas, hermanos!

SAN AGUSTÍN: ¡Por todas las calles y todos los océanos, de Sur a Norte y de Occidente al Oriente!

SANTA BÁRBARA: Un momento, falta Félix.

SAN ANTONIO: ¿Félix? Imposible, nunca llega tarde.

SANTA CLARA DE ASÍS: ¿No estará confundido en esta multitud? Es muy entretenido.

SANTA BÁRBARA: Me dijo que estaba diseñando una ametralladora.

SAN AGUSTÍN: Ese muchacho, siempre fascinado con la tecnología. ¡Félix!

SANTA BÁRBARA: Cuidado. Construye una ametralladora de Paz.

SAN IGNACIO: Pero cómo no se me ocurrió a mí... ¡Félix!

SANTA CLARA: Si le lanza un chiste habanero al Malo, lo desaparece.

SAN ISIDRO: ¡Prepárense, hermanos! ¡Ahí viene el Rojo con la porra de marabú!

SAN FÉLIX: (*apareciendo*) ¡Fuego!

Noviembre, AD MMXXI.

(Publicado por la revista digital *Árbol Invertido* el 20 de noviembre de 2021, aniversario de Varela)

## FÉLIX VARELA, GEOPOLÍTICO AMERICANO

Para un camagüeyano hay una extrañeza en salir del antiguo Seminario San Carlos de La Habana hacia la Avenida del Puerto. En el seminario se está, como en una casona cualquiera de Camagüey, en un patio interior, ahí pleno de cultura, de historia y de sentido. A la salida hay una intemperie, el vasto y un poco inhumano espacio de la Avenida, diseñada por el arquitecto paisajista francés Forrester durante la dictadura de Machado. Hay pocos árboles en ese paseo, que quiere ser majestuoso y se queda pobre o vacío, como para que mires sólo el canal de entrada a la bahía y el mar. En época del padre Varela había además fango y rocas. El sacerdote salía del *aire como griego* del Seminario —palabras de Martí— al espectáculo de la enésima nave de impolutas velas que sacaba del país las cajas de azúcar producidas por esclavos, para la sobremesa de paladares europeos.

El fundador de la nación cubana resulta ser un hombre internacional. Nacido en La Habana, creció en San Agustín de la Florida, entonces una posesión española para nada parecida al vergel insular. Uno de los asombros de la vida de Varela es que cuando lo regresan a su ciudad, este hijo de la aristocracia militar española, que con todas las ventajas de su clase y de su talento podía aspirar a establecerse como un próspero español acérrimo, se convierte a la postre en un primer cubano irreducible, y lo que es más notable todavía, en *un americano*. ¿De la Florida? No ha querido ser militar sino sacerdote, pero como creyente se comportará como un general. Por eso es ordenado antes de tiempo, designado profesor del

Seminario, electo para la Sociedad Económica de Amigos del País, y finalmente diputado a Cortes. La caída del régimen constitucional español, que ha defendido como diputado, le merece una condena a muerte, de manera que huye a Gibraltar y luego a los Estados Unidos, de donde ya no volverá a viajar. En San Agustín morirá, como cerrando el círculo.

El fundador cubano es un hombre de la historia de tres países. La actual democracia española descende del orden liberal de aquel régimen de las Cortes de Cádiz. El proceso de canonización de Varela ha sido abierto en los Estados Unidos, en su condición de santo católico clásico, puesto que murió ahí; fue uno de los fundadores y líderes del catolicismo estadounidense, y un sello de correos ha llevado su efigie. Para los que suponen ahora, de un lado y otro del enfrentamiento político, que el nacionalismo cubano procede del encerramiento aldeano y del desconocimiento o la negación de las realidades del mundo, estos datos del Padre Fundador son refutaciones. No es que Varela quisiera ser un hombre del mundo, ni que padeciera esa pasión y esa presión hoy tan extendida y defendida de viajar y de ver novedades ajenas y de ponerse al día con los que sí saben y sí han tenido éxito en la construcción de perfecciones terrenales tan imitables: es que obedecía a la circunstancia histórica que lo instalaba en un mundo que debía enfrentar con su dimensión interior, con la acción de su genio y sobre todo con su fe. La Economía del Deber rige al sacerdote Varela. Tiene que hacerse habanero, y luego cubano; tiene que viajar a España como diputado, y defender a España de sí misma; tiene que exiliarse en los Estados Unidos, y ganar ahí fama de santo ayudando a erigir el catolicismo nacional y

cuidando de irlandeses analfabetos y miserables, prostitutas y niños desamparados. Es un hombre de tres países porque tiene que serlo, y dos siglos después le encontramos batallando en Cuba y en los Estados Unidos con el mismo destino, y con una lucidez que seguimos fallando en asimilar. Varela, iniciador de tantas bendiciones cubanas, es nuestro primer pensador geopolítico: con él comienza la aventura nacional de entender el mundo y nuestra posición y función en él, que tendrá una cumbre en Martí, y luego, ya en el extraviado siglo XX, en la actividad diplomática del malogrado joven Guy Pérez Cisneros.

La clave del pensamiento geopolítico vareliano será la condición de americano como *hijo de la libertad*. El adolescente que llega de la Florida española a la culta Habana probablemente ya siente, piensa, se considera así. En Varela se ha insistido en la evolución política que va de un elogio juvenil a Fernando VII en La Habana, a la votación en las Cortes de Cádiz a favor de una regencia temporal por supuesta demencia —en realidad traición— del rey, que le gana la condena a muerte; de una propuesta autonomista a un independentismo sin concesiones. En ciertas personalidades, los cambios son anagnórisis, auto-reconocimiento, indicios de una afirmación en lo que se es y en lo que se debe ser. En 1825 Varela escribe desde Nueva York, contestando a un enemigo:

Cuando yo ocupaba la Cátedra de Filosofía del Colegio de S. Carlos de La Habana pensaba como americano; cuando mi patria se sirvió hacerme el honroso encargo de representarla en Cortes, pensé como americano; en los momentos difíciles en que

acaso estaban en lucha mis intereses particulares con los de mi patria pensé como americano; cuando el desenlace político de los negocios de España me obligó a buscar un asilo en un país extranjero por no ser víctima en una patria, cuyos mandatos había procurado cumplir hasta el último momento, pensé como americano, y yo espero descender al sepulcro pensando como americano.

Y lo había dicho con lapidaria claridad antes, en 1821, al despedirse de los habaneros para ir a las Cortes de Cádiz: un hijo de la libertad, un alma americana, desconoce el miedo.

No era, ya sabemos, retórica: terminará condenado y exiliado. Luego los colonialistas enviaron un asesino a sueldo a Nueva York para acabar con él, que no se atrevió a cumplir la encomienda. Y lo de veras importante es esa trilogía: una ubicación geográfica y en el fondo histórica destinando nada menos que a un alma universal; una condición de libertad que resulta intrínseca al alma americana; y un impulso a favor de la realización de la libertad que trasciende el miedo. Espíritu, destino y acción a la que el autor de la frase fue efectivamente fiel durante su entera vida.

Ahora bien, ¿qué entendía Varela por un alma *americana*?

Ya se sabe: decimos gobierno americano, modo de vida americano, productos americanos, cuando el término correcto debiera ser estadounidense, porque lo de norteamericano excluye al Canadá. Esta indebida y ahora común apropiación proviene desde luego de la hegemonía estadounidense en el mundo entero. Pero en 1812, cuando

Varela pronuncia su primer discurso, los Estados Unidos eran todavía una potencia apenas naciente: se habían expandido hacia el Oeste, comprando, colonizando y matando, pero aún no llegaban al Pacífico. Y al mismo tiempo ha comenzado la lucha por la independencia de las colonias españolas: un área gigantesca, frente a la cual el territorio yanqui distaba entonces de ser imponente. Los virreinos españoles poseían costas en los dos Océanos, islas en ambos, el istmo de Panamá, el mar interior del Caribe, todos los climas, todas las constelaciones, todas las riquezas naturales imaginables, y semejante extensión, variedad y civilización estaba siendo estremecida por un ansia de libertad igual o tal vez más compleja y profunda que la estadounidense. América y Libertad son sinónimos cuando Varela inicia su desempeño intelectual y público. Es verdad que los Estados Unidos ya han logrado la victoria. Para el hombre proactivo que es Varela, ese por entonces pequeño retraso es solo una oportunidad para pensar y actuar. Y en 1824, cuando se establece en Nueva York, la América hispana es de hecho independiente. Sí, con mucho conflicto interno, como también lo tenían los nortños, divididos por el asunto de la esclavitud y por una crisis de la democracia, especialmente el sistema de los partidos políticos; pero aquí y allá con la urgencia de salir adelante. A diferencia de Heredia, que había vivido esas batallas en el México inaugural, Varela nunca se arrepentirá de su condición de libertario. Desde Maine hasta el Río de la Plata, Varela encuentra un Alma Americana, el espíritu de liberación de todo un Hemisferio.

Cierto: al final de su vida enfrentará la guerra de Estados Unidos contra México, en la que ese ideal de libertad hemisférica resulta más que comprometido. Es 1848 y

Varela está en el período final de su vida, viajando al sur, a San Agustín, a ver si mejora su salud: en 1850 ya reside definitivamente en esa ciudad. Hasta ahora carecemos de una opinión o texto suyo sobre la guerra contra México. Téngase en cuenta que había renunciado a escribir el tercer tomo de las *Cartas a Elpidio* debido al rechazo de sus amigos cubanos contra sus denuncias de la intolerancia religiosa en los Estados Unidos. Desde ya se insinuaba entre nosotros El Yuma, una construcción ideológica según la cual en ese territorio de enfrente existe en forma segura, inmediata y cómoda todo aquello que soñamos y no hemos sabido conquistar. De manera que si Varela se enteraba de que los protestantes habían quemado a unas monjas y niñas en un monasterio católico, debía callarse porque hacía daño a nuestra lucha, o era un criterio erróneo, o una injuria contra los anexionistas. El cura había vivido los enfrentamientos de irlandeses católicos y protestantes alemanes en Nueva York: un conflicto falsamente nacional o teológico, en realidad una pelea por la sobrevivencia entre nuevos y antiguos emigrantes. Habiendo conocido a Heredia, y atento siempre a las noticias del mundo, Varela debe haber reflexionado sobre el lamentable estado de la construcción de la libertad en la América Hispana. Y también en los desunidos Estados Unidos, que se acercaban a la implosión, a la Secesión. Al parecer no escribió sobre tales asuntos. ¿Y en dónde publicaría sus audacias, y para qué? Cuando aún poseía juventud, tiempo y algún recurso había intentado desplegar la geopolítica del Alma Americana en su periódico *El Habanero* entre 1824 y 1825. A Varela le gustaban los refranes, la lengua popular. Tal vez pensó que, a buen entendedor, pocas palabras bastarían.

En 2022 seguimos siendo muy malos entendedores. Empecemos por lo elemental: ¿por qué ese título? ¿O es que ya entonces se decía que Cuba es La Habana y lo demás es paisaje? Varela tenía razón de estar orgulloso de su ciudad, donde se hacía filosofía y teología a un nivel europeo. Sin embargo, eso no significa que ignorara al resto del casi despoblado país. Como miembro de la diputación cubana había promovido en las Cortes la elevación de la categoría de la guarnición de Puerto Príncipe, por tratarse de una ciudad importante ubicada en el interior de la isla, lo que podía convertirla en una especie de refugio de la autoridad política y militar en caso de conflicto bélico. Pero Varela es el Habanero, el habanero que habla a los otros habaneros, la élite ilustrada y liberal de la capital, buena parte de ellos discípulos suyos, electores suyos a las Cortes: Varela le está hablando a su propio no formal pero realmente existente partido político. No habla como el líder de un partido político. Llama a la reflexión sobre el asunto de la independencia y la forma de alcanzarla (lo más pacíficamente posible, como ocurrió en Centroamérica en esos años). Y también reflexiona contra los que se oponen a la independencia. Al mismo tiempo divulga la ciencia y la tecnología de la época, como había hecho en San Carlos, pensando en el país libre a fundar y desarrollar. Contrariamente a lo que se piensa, o a lo que elaboran ciertos religiosos, el cristianismo se niega al nefelibata, a flotar en una superioridad supraterránea sobre las miserables realidades humanas: es la religión de la Encarnación del Hijo de Dios, nada menos, así que lo concreto, lo que acaba de nacer, lo que está aquí y ahora, es su fuerza y su destino, como puede verse en las intervenciones de Jesús de Nazaret en los

Evangelios. Varela no es un principañero, aunque Ignacio Agramonte, dos generaciones después, será un seguidor suyo mucho más cercano que Luz o Saco.

Varela siempre habla, escribe, piensa para personas concretas. Es lo que hace un cura en la homilía o el confesionario. Cuando no encuentra a esas personas, o cuando se niegan a escucharlo, se calla. No es un político buscando orejas multitudinarias. No quiere encabezar nada, ni siquiera su propia iglesia, mucho menos un partido —y como otros demócratas de la época, rechazaba la necesidad o la conveniencia de los partidos. No es un teórico de la realidad, a pesar de su dedicación a la filosofía. No le interesa lanzar al mundo concepciones geniales que deban ser seguidas por siglos (aunque debamos seguir las, que es otro asunto). Defiende la verdad como patrimonio de Dios, nunca como opinión suya. Es un cura católico. Quiere ayudar. Necesita ayudar. Está obligado a ayudar al prójimo. No puede vivir sin ayudar (y morirá puntualmente cuando ya no pudo). El Habanero habla a los habaneros porque son sus prójimos, y por eso escribe con asombrosa modestia, y con cubana pasión, lo que cree que le puede convenir saber a sus prójimos. Por otro lado, esa revolución pacífica que desea puede intentarse solo en La Habana. Cuando descubre que los habaneros se niegan a esa revolución —que tenía simpatizantes en Puerto Príncipe, Santiago, Trinidad y otras ciudades—, procura ayudar en otro estilo, adaptándose al reformismo vigente entre los suyos, aunque sin ceder nunca en la necesidad de la independencia. Para esa fecha está ya abrumado de tareas como sacerdote y luego vicario de la diócesis de Nueva York, y poco a poco los reformistas como Domingo del Monte empiezan a considerarlo como un equivo-

cado, un terco, un tipo que ha perdido contacto con la realidad de la isla. *El Habanero* es pues una publicación fugaz centrada en la posibilidad de una rebelión independentista, ilustrada y pacífica, en la capital. Semejante o mejor que la de Guatemala. Pero lo interesante es que esa tarea concreta sea necesariamente enfocada por Varela no como una aventura romántica local sino como parte de la geopolítica de la época. Con Félix Varela, Cuba ingresa al muy incipiente pensamiento geopolítico mundial.

Que había comenzado en Cuba, por cierto. Cuando fray Bartolomé de las Casas oye la Voz de las Escrituras en 1514, renuncia a explotar a los aborígenes y excomulga en Sancti Spiritus a sus compatriotas que los explotan, empieza el Derecho Internacional al reconocer, con la autoridad profética que poseía como clérigo, la ciudadanía de los distintos pueblos del orbe recién descubierto. Algo similar elabora al mismo tiempo el cura dominico Francisco de Vitoria sin salir de Salamanca, España. A partir de ese momento las potencias coloniales europeas, y cualquier poder que se desborde de su área de origen, tendrá que enfrentar un diálogo intelectual, y no meramente pragmático, acerca del supuesto derecho de las conquistas. Las Casas se lo anuncia claramente al joven Carlos V, que por ser monarca del Sacro Imperio era, o eso declaraban, la Espada de Cristo sobre la tierra: no hay derecho de conquista, las tierras son propiedad de los que las habitan. Navegar y comerciar sí, cristianizar sin uso de la fuerza sí, proponer vasallaje al rey español sí; conquista y explotación, no. El conquistador y el explotador se condena a sí mismo al infierno: qué casualidad que Carlos V, en la cima de su poder, abdicara... Pero las conquistas se desentendieron —y siguen desentendiénd-

dose— de esos criterios de realidad y de justicia terrenal y divina, y trescientos años después un cura habanero profetiza el fin de la conquista de Juana. No deja de ser interesante que fuera un discípulo de Varela, José Antonio Saco, quien batallara en Madrid para que se publicara la *Historia de las Indias* de Las Casas, censuradas entonces por la denuncia que el fraile hiciera de los abusos de los españoles contra los indígenas.

Y aunque *El Habanero* está centrado en la política cubana, ya en el primer número su autor tiene que reprimirse para evitar el comentario geopolítico:

No puedo concluir este artículo sin llamar la atención de mis compatriotas sobre las astucias de los gabinetes extranjeros. La isla de Cuba es punto muy interesante y puede tener mucha influencia en las miras políticas de los que por bajo cuerda están moviendo la máquina, y es preciso quitarles un medio de tomar parte abiertamente... No creo oportuno extenderme en estas consideraciones que no he hecho más que insinuar, porque no sé si al desenvolverlas tendría toda la prudencia necesaria en un asunto tan delicado.

Se trataba del artículo “Sociedades secretas en la Isla de Cuba”. Tal como predijo, esas conspiraciones, copias de las europeas de entonces, fallaron siempre y fueron causa de horrores para los patriotas y de victoria para los colonialistas. El profeta manifiesta un rechazo a los procedimientos de grupos como recurso político, que extiende también a los poderes extranjeros. Necesariamente, porque para Varela la política tiene que estar

fundada en la virtud y por lo tanto en la unión cívica, no en la fragmentación en grupos, lo menos recomendable además en una sociedad heterogénea como la cubana de entonces. Ese mismo juicio alcanza a la política de los gobiernos constituidos y dominantes, que él había conocido por experiencia propia como diputado a Cortes. El gobierno constitucional español de 1820, hijo de una rebelión militar, apoyado en los sectores ilustrados y con insuficiente apoyo del pueblo, había cometido suficientes errores como para fracasar, pero no fracasó, al menos en esa fecha de 1823, sino por la intervención de los llamados Cien Hijos de San Luis, un ejército francés que invadió España sin encontrar demasiada resistencia. La restauración borbónica en París, posterior a la derrota de Napoleón, temía a un regreso a la Europa revolucionaria, que estaba insinuándose en España, Portugal e Italia. Lograron en efecto descabezar el en realidad bastante tímido proyecto constitucional español, que mantenía la monarquía, pero siete años después fueron barridos por la revolución que instauró a Luis Felipe, el llamado rey burgués. La lucha entre el mundo liberal naciente y el atraso monárquico recorre todo el siglo XIX europeo. En 1823 está triunfando la reacción del absolutismo monárquico presidida por la Santa Alianza: Rusia, Austria y Prusia, vencedores del monárquico burgués Napoleón. A esta combinación se sumaba, de costado, el otro país vencedor, Gran Bretaña, donde hace rato que hay un orden político definitivamente burgués, con una monarquía nominal. Este país inspiraba a los liberales españoles y se esperaba que su oposición a los monarcas absolutos de la alianza santísima los salvara. Pero Gran Bretaña se entendió todo el tiempo con ellos y abandonó al gobierno

de las Cortes. Hay una discrepancia entre los historiadores en cuanto al nivel de compromiso de la Santa Alianza con la invasión francesa. Varela, que padeció el descaro, vio claramente el carácter conspirativo de esos gobiernos. Si no alentó la invasión, la permitió sin un reproche; y en cuanto a Gran Bretaña, se trataba de una traición a sus propios proclamados principios y un ejemplo de miserable deslealtad. Los borbones franceses ni siquiera promovían un retorno al absolutismo en España: pero eso fue lo que Fernando VII, déspota de hipocresía máxima que había sido demasiado respetado por las Cortes, hizo de inmediato. Esta sórdida mezcla de intrigas y miserias europeas puso en peligro la vida del presbítero Varela, que había sido un diputado de mucho equilibrio y moderación, sin el abandono de un solo principio.

Para entender cómo se posiciona el pensamiento del profeta en la dimensión geopolítica de su época, debemos atenernos, otra vez, a lo evidente: un sacerdote católico entiendo el mundo como universalidad. Precisamente cuando ya se constituye como un nacionalista, en las páginas que abren el segundo número de *El Habanero* encontramos esta definición: “Son nuestros todos los que piensen o por lo menos operen como nosotros, sean de la parte del mundo que fueren. Unión y sincera amistad con ellos”. Es el pensamiento y la acción lo que definen la santa alianza vareliana, más allá de la geografía o las etnias. No es cuestión de españoles o cubanos, sino de patriotas y sus enemigos. Porque a no dudar se trata de un momento de lucha concreta: “Son enemigos todos los que por cualquier respecto lo fueren de la Patria. Firmeza y decisión para castigarlos”. El castigo parece ser, a punto y seguido, este: “Olvido sobre lo pasado. La ge-

nerosidad en cada partido, no es ya sólo una virtud moral; es un deber político, cuya infracción convierte al patriota en asesino de su patria”. La universalidad del sentido humano desde luego está lejos de saltarse la existencia limitada, concreta y en peligro de la patria:

Es cierto que yo no puedo encontrar donde quiera mi Habana, como pretendió Horacio se encontrase su decantada Ulubre; es cierto que desde el momento en que la desgracia de mi patria envolvió la mía, sólo me he consolado repitiendo con frecuencia las memorables palabras que el orador de Roma puso en boca de

Tito Anio Milón: *si mihi frui patria bona non licet at carebo mala*; y he suspirado constantemente por verla en un estado digno de ella misma; pero no me conoce el que no se persuade de que viviría gustoso aun en las heladas regiones del polo, si esto lo exigiese el bien de mi patria.

Varela cita en su propio latín una frase del discurso de Cicerón *En defensa de Milón*, que encuentro así: *si mihi bona re publica frui non licuerit, at carebo mala*: esto es, según una traducción: *Si no será mío vivir bajo un buen gobierno, al menos me salvaré del mal*. Por supuesto, el cura habla para gente instruida que puede saber lo que sigue en ese discurso: *y en la primera comunidad ordenada y libre donde ponga los pies, allí hallaré reposo (et quam primun tetigero bene moratam et liberam civitatem, in ea conquiescam)*. Apunto este latín completo para que se entienda cabalmente la importante declaración que sigue:

Yo vivo tranquilo y superior a mi suerte. La imagen de Washington, presentada por todas partes en las calles y casas de un pueblo *racionalmente* libre y sólidamente feliz, al paso que me inspira una envidia perdonable, me convence de que no es ficticio el bien que deseo para mi patria.

Obsérvese que Varela cita solo la primera parte de la frase que el orador clásico atribuye a Milón. Al escoger el exilio ha logrado salvarse de colaborar con el mal, pero sin otro reposo que saber que su causa es justa, como lo prueba el pueblo libre de los Estados Unidos. Horacio concluye su Epístola 11 con una afirmación poderosa: “Volamos tras la dicha recorriendo la tierra en las cuadrigas y el mar en las naves, y lo que buscamos está aquí, en la misma aldea de Ulubres, si sabemos conservar el espíritu completamente sereno”. La tal Ulubres era un sitio cercano a las lagunas pontinas, cerca de Roma, un pantano insalubre por siglos. Nadie más sereno que Varela, que no perseguía su dicha sino la ajena, pero que en los Estados del Norte, en Filadelfia y Nueva York, nunca en los esclavistas del sur, había encontrado un refugio y una esperanza. El liderazgo exitoso del pueblo por la razón y la libertad, que él quería para su patria, ha sido realizado en esos estados. Sin embargo, Varela jamás será anxionista, ni aunque se lo supliquen como un servicio a la patria. Como veremos enseguida, tampoco será colombiano, como los adeptos de la Conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar. La universalidad de lo humano, sello católico, y el espíritu de libertad, propio de América, carecen en Varela, necesariamente, de complejo de inferioridad o de facilismo geopolítico. Varela es un hombre de

la Realidad. No la niega, no la embellece, no la rehúye. Porque la realidad humana, tal como es, es de Dios, y en ella tiene que servir a Dios. Y obedece.

Veamos pues algunos elementos esenciales del pensamiento geopolítico de Varela.

## EUROPA: ESPAÑA

Desde luego, el primer punto de análisis de Varela es la metrópoli, España. Con él comienza el estudio cubano de ese país, que ha de extenderse en Martí. El sacerdote arriba a unas Cortes mínimamente democráticas, que lo consideran un español de las provincias de ultramar; pero nunca un provinciano. Contrariamente a lo que se ha dicho, en ese tormentoso cuanto amenazado parlamento, la delegación cubana es bien recibida y escuchada desde el momento en que ingresa —con gran retraso por un problema de credenciales perdidas—, hasta el momento en que el parlamento deja de existir, menos de un año después; sus propuestas son consideradas y a veces aprobadas; otras, no. Es lo que ocurre en cualquier parlamento en el mundo. Por otro lado, los diputados españoles estaban demasiado obsesionados por sus desgracias internas como para entender cabalmente a la audaz representación de la isla, y para colmo en la persona de un sacerdote liberal, aunque no faltaban entre los diputados españoles; pero tal vez fue la única ocasión en que no se intentó engañar o ignorar vilmente a los diputados cubanos en España. Era demasiado esperar que en esos meses dramáticos las Cortes atendieran la petición de reconocimiento de la independencia de las colonias, la autonomía para

Cuba y la abolición de la esclavitud. Durante todo el siglo se verá cómo la inteligencia cubana supera a la española, en la palabra y en la acción. En 1890 la infanta Eulalia declarará que La Habana es una capital moderna y Madrid no. España es un país retrógrado, que no logra sacarse, con rebeliones militares, las supervivencias feudales; Cuba es un enclave del capitalismo internacional, con los Estados Unidos enfrente, y una clase intelectual y política al día. Los líderes cubanos aman a España y se manejan con una orientación ideológica y moral muy superior, lo que les lleva necesariamente a juzgarla con severidad, como lo hacían sus pariguales peninsulares. Martí, hijo de españoles, será muy cercano siempre a todo lo bueno de España, incluso, y especialmente, cuando lidera una guerra contra su gobierno; Varela, hijo de una cubana, parece deshacerse de un exceso de simpatías por España después del fracaso del trienio liberal. En su *Breve exposición de los acontecimientos políticos de España, desde el 11 de junio hasta el 30 de octubre de 1823, en que de hecho se disolvieron las Cortes*, el cubano comienza fallando no contra la reacción española en las personas de sus líderes sino en la realidad, que había constado personalmente, de “un pueblo fanático que creía que no podía ser religioso, si no era esclavo”. Esa frase resume su juicio. Para Varela no solo el orden social, sino la misma fe religiosa es impensable sin la libertad. Un pueblo educado en el error contrario carece de posibilidades de acceder a ambas dimensiones de felicidad y moralidad. Él lo ha visto:

Apenas habían salido el Gobierno y las Cortes de Sevilla, cuando aquel pueblo se entregó a los ma-

yores excesos, robó los equipajes, destruyó todo lo que pertenecía al Congreso, maltrató las personas de los patriotas, y entre otras pérdidas causó la de casi todos los papeles de la Secretaría del Congreso, y de manuscritos preciosísimos de algunos particulares que contenían trabajos científicos de muchos años.

Había un abismo entre los liberales españoles de 1820, llevados otra vez al poder por una rebelión de los militares apoyada por sectores ilustrados de las clases medias y altas, y el pueblo llano, sometido al oscurantismo y la depravación, que estaba incapacitado para entender las ventajas de la libertad y acabaría apoyando a sus esclavizadores. Martí jamás creyó que el pueblo español sostendría a su gobierno una vez que estallara la guerra por la independencia: pero eso fue lo que hizo, hasta el último hombre y la última peseta. Varela había visto más de cerca la falencia del pueblo español, en una circunstancia ideal para entenderla. La incapacidad del pueblo español para asimilar la libertad recorrerá todo ese siglo y llegará hasta el apoyo a la rebelión de Francisco Franco, y sólo cesará definitivamente cuando un descendiente de Fernando VII, Juan Carlos, rechaza el golpe de estado militar de 1981. Varela y Cuba están en las antípodas de estas incapacidades. Acá la monarquía, la política de sacristía, las lealtades feudales, son cosa de risa. Existen, sí, por la fuerza; luego son ajenas; lo que es propio es estar contra ellas y a favor de la libertad. Hombre universal, Varela no fue antiespañol ni contrario a sus mejores tradiciones: defendió lealmente y con valentía el gobierno legítimo, amistó con los liberales de las Cortes, sus *beneméritos*

*compañeros*, y con el poeta Quintana, celebró a los valientes defensores del gobierno constitucional; editó un libro en inglés sobre Santa Teresa de Ávila, y al mismo tiempo supo ver dónde estaba la debilidad del pueblo español de entonces. Y vivía en los Estados Unidos, donde el mundo liberal inaudito en la Península había alcanzado una primera y contundente realización.

A esta desconexión fundamental, Varela añade la evidente para todos: la incapacidad de la nación española para retener a sus colonias, como precisa en “Tranquilidad de la Isla de Cuba”, artículo de *El Habanero*:

Los pueblos que por su debilidad se hallan en el triste estado de colonias, esto es, en el producir para los goces de otro más fuerte, sólo pueden soportar esta desigualdad social, en virtud de una recompensa que encuentran en la protección y garantía que se les presta; pero en el momento en que voluntariamente o por necesidad son abandonados; y lo que es más: expuestos por su protector nominal a una ruina inevitable, ¿bajo qué pretexto puede exigirse este sacrificio? Es preciso estar muy alucinado para sostener semejante absurdo.

América se está liberando y el cubano pregunta con sorna: “¿y la mitad del Nuevo Mundo, deberá sufrir la tiranía de una manchita europea? España es un palmo de tierra, pobre, ignorante, al contacto de naciones fuertes, sin el dominio de los mares ni esperanza de tenerlo”, una nación nula ante la competencia geopolítica y la rebelión americana.

## EUROPA: LOS DIABÓLICOS ALIADOS

Como diputado a las Cortes, Varela estuvo en el centro de la agresión de la Santa Alianza y sus aliados contra el liberalismo español. Ya en la *Breve exposición...*, denuncia los acontecimientos sin dejarse perturbar por las apariencias y las ideologías: Inglaterra se presenta como bastión del liberalismo constitucional burgués, incluso más radical que el español, y por lo tanto distinto a las monarquías absolutas de la Alianza y Francia: debía ser pues un defensor de las Cortes. Y desde luego hay una lucha por el poder europeo entre esas potencias, que los españoles intentaron manejar. Finalmente Inglaterra abandona a las Cortes y Varela falla: “ha permitido que de cierto modo se sancione para lo futuro, que los pueblos no pueden arreglar sus cosas interiores, sino que han de estar a la merced del más fuerte”. Criterio geopolítico vigente hoy. Pero no lo estaba para el cura habanero, que jamás confió en los ingleses: “protección siempre esperada por los incautos, había sido entonces un prestigio para el Gobierno Constitucional”. Aplastante ironía. Era imposible marear al curita de treinta y cuatro años, devoto de la Verdad. Una sola palabra de disgusto de Inglaterra hubiera detenido la agresión francesa, porque en fin de cuentas Rusia, Austria y Prusia fingían estar lejos, físicamente y en la intención de sus bolsillos. El gobierno español había acabado comprendiendo también la hipocresía inglesa, pero estuvieron esperando algún apoyo hasta el final. Los franceses habían declarado que carecían de quejas contra España, “pero que las doctrinas establecidas en esta nación podían ser perjudiciales a la Francia”. Que los atrasados españoles se dieran una monarquía constitucio-

nal molestaba a sus vecinos más o menos absolutistas, de manera que enviaron cien mil soldados a corregir esa peligrosa desviación del ideal monárquico. Varela concluye: “no se quería sino la total destrucción de la libertad española, y el Gabinete inglés permanecía pasivo observador de este grande atentado”. Varela enfrenta la Europa post napoleónica, fanática de la monarquía absoluta con dinero burgués, enemiga de la libertad en el mundo entero.

Véase la nota “Política francesa con relación a América”, del segundo número de *El Habanero*:

A los que como yo hayan observado de cerca la conducta de la Santa Alianza por medio de su nación ejecutora, que es la Francia, no podrá coger de nuevo todo cuanto se diga sobre intrigas y proyectos liberticidas, ni podrán dudar un momento que *los gabinetes europeos trabajan cuanto pueden, sin reparar en la naturaleza de los medios, para que el Nuevo Mundo sea esclavo del antiguo*; mas sin embargo, como hay muchas personas que aún no han formado la idea que deben de *la infernal política de esos santos*, me parece conveniente insertar la instrucción dada por el gabinete francés al personaje que destinaba para la revolución de América, y ponerla algunas notas para llamar la atención de los americanos. Dicha instrucción, habida como se consiguen todas estas cosas, cuando se sabe intrigar (que también los americanos entienden un poquito) y no se ahorran pesetas, se imprimió en el *Morning Chronicle* de Londres, y ha sido traducida y reimpressa en *El Colombiano* de 24 de noviembre del año pasado.

He aquí que la desconexión con la lucha interna de España no libera a Varela de la política europea del día, porque la reacción absolutista pretende extenderse a la América. Aunque ahora es difícil precisar, por lo tormentoso de la política mexicana de esos años, las circunstancias concretas denunciadas en el documento, queda claro que Francia está tratando de subvertir descaradamente a los independentistas, mediante una fina labor de inteligencia y soborno que se dirige a los militares y al clero. Después de destruir la incipiente democracia española, el gobierno de Luis XVIII pretendía revertir la independencia de las excolonias españolas, y quedarse con algunas. Hoy puede parecer delirante este propósito, y lo era también entonces, pero se intentó en serio. Téngase en cuenta que el regreso del ex emperador criollo Iturbide a México, que le cuesta la vida, tuvo como fondo la amenaza de una invasión europea, que él decía querer evitar. Muchos años después Napoleón III fabricará otro Imperio en México con un archiduque pariente, nuevo delirio criminal que hará cenizas Juárez. Este mismo número de *El Habanero* publica otro documento en que la inteligencia francesa expresa claramente su propósito “de atraer otra vez las colonias al antiguo orden de cosas; pero si todos los otros esfuerzos y procedimientos no producen un favorable resultado, queda sólo por último recurso obtener por la fuerza de las armas lo que no se ha conseguido por medio de las negociaciones que se están practicando”. La reacción europea, como vemos, se siente muy estimulada por “el éxito que han tenido en Europa las revoluciones de Nápoles, Piamonte, Portugal y España”, porque en efecto Austria había invadido esas regiones de Italia como Francia se había impuesto en la

Península. En “Reflexiones sobre la situación en España”, en ese mismo número, Varela afirma que “el choque de la libertad contra el despotismo va a empeñarse de un modo terrible”. Y él se encuentra pues en lucha contra *la Santa, o sea la diabólica Alianza*. Y contra la Francia mercenaria, y contra sus discretos aliados los ingleses.

Varela denuncia los horrores de *las dos naciones ejecutoras de la Santa Alianza*: y véase cómo lo subraya. Francia, con la intervención militar a favor del borbón español, cuyo exceso de prepotencia absolutista les resulta incómodo, pero siempre útil a los fines de frustrar la lucha europea por las libertades, que será imparabile en todo el siglo, especialmente en París. Austria, imperio con colonias europeas en sus fronteras que no perderá hasta el siguiente siglo, ha sido encargada de destruir el triunfo liberal en el reino de Nápoles, y lo logra después de “haberse saciado en la sangre de los infelices napolitanos y haber reducido aquel país a tan terrible esclavitud que ni siquiera tienen el consuelo sus malhadados habitantes de dar un suspiro en medio de sus penas, porque éste sería un nuevo delito”. No hallo alusiones tuyas a Prusia, por entonces un estado débil debido a la fragmentación de Alemania en principados. Pero sí a “esa misma Rusia que ha sido la principal de las naciones continentales en derribar la Constitución de España”. Varela tiene claro que Rusia domina la Alianza y que amenaza incluso a sus aliados:

No hay duda: el poder colosal de la Rusia, que como un gran gigante pretende extender un brazo sobre el Oriente, teniendo ya otro en el norte de Europa, amenaza a las naciones de un orden inferior, y no sería

mucho que experimentasen, no ya una inundación de bárbaros como antiguamente, sino una inundación de bayonetas rusas, que para el caso es un poco peor. El equilibrio europeo, cuya conservación es el principal objeto de las naciones, está destruido, y éste es el indicante más seguro de una guerra.

En 2022 la Rusia de Putin vuelve a hacer actuales esas denuncias. El cubano detecta una colisión de intereses mercantiles entre los dos poderosos extremos de Europa:

Los ingleses, que ven atacada no su seguridad, porque esta lo está en la naturaleza, y en un mundo flotante de que puede disponer su gobierno, sino las ventajas de su comercio de la India, si la Rusia apoderándose de la Turquía consigue el gran punto de Constantinopla, y aún extiende sus conquistas hasta el Egipto, esperan que las naciones occidentales le declaren la guerra, o mejor dicho: incitan a que se la declaren para unirse a ella.

El diputado a Cortes no ha perdido la memoria:

Los ingleses hacen el papel de indiferentes con todo el mundo, y lo revuelven todo. Saben que son necesarios y están para oír proposiciones, o mandar que se las hagan, aunque siempre con el aire de indiferencia, desinterés y aun generosidad.

Cuando al fin ya América está siendo independiente, aparece la pugna entre los santísimos y los británicos en cuanto a las actitudes y las ofertas:

Los ingleses han procedido al reconocimiento de Colombia y México y han enviado un comisionado a Lisboa para persuadir que reconozcan al Brasil, y en caso de no hacerlo intime al gobierno portugués que queda reconocido por Inglaterra y continúe su viaje al Brasil para negociar sobre esta base. El mismo Gabinete inglés da una protección decidida a los griegos para oponerse a las miras de Rusia. Holanda ha seguido ya el ejemplo de Inglaterra en el reconocimiento de América. En una palabra: todo indica un rompimiento con la Santa Alianza (que se presenta muy ofendida) y la causa son las antiguas posesiones españolas. Luego esta nación será parte principal en el negocio, y la fidelísima isla de Cuba verá quién la defienda contra los esfuerzos no sólo de la América, sino del coloso inglés. (Suplemento al número 3 de *El Habanero*).

En esta última frase se devela el fin de la geopolítica vareliana: Cuba; lo veremos mejor enseguida. Está claro para él sin embargo que la política inglesa dista de unas simpatías o apoyos a los americanos. Es simple egoísmo nacional, pragmática y flemáticamente considerado y decidido:

El tiempo, que es el mejor maestro, ha dado ya suficientes lecciones sobre este particular, y ha hecho conocer, a menos que no queramos cegarnos, que Inglaterra se ocupa muy poco de los intereses de España, sabe precaverse de los ataques de los Santos Aliados, quiere conservar contra ellos un gran recurso en la libertad americana, y en la Grecia (aunque esto último no tan claro); en una palabra:

que Inglaterra quiere libres o súbditos ingleses en el Nuevo Mundo. Dígase si no, ¿qué fruto han producido los lloros y plegarias del gabinete español ni las misteriosas operaciones de los Santos Aliados? Mientras unos lloran y otros rabian, Inglaterra los contempla con su fría y acostumbrada fiereza, no por amor a los americanos, pues esa palabra no significa nada en política inglesa, sino por interés propio, que es la única regla de los gabinetes. (“Esperanzas frustradas”, *El Habanero* 6).

Varela tiene buenas razones para desconfiar de la política europea, absolutista o inglesa, y de ahí que considere, pensando en el futuro inmediato de España, un conflicto que no ocurrió al menos en la dimensión que sugiere, pero que nos ilustra del alcance de sus conocimientos y la audacia de sus simpatías:

La política de Europa tiene ya bien preparada la víctima para inmolarla y acaso la destina a una suerte muy semejante a la que en 1772 y 1792 tuvo la desgraciada Polonia, y no sería extraño que Fernando VII muriese en París (no preso, sino sin poder salir ni abandonar la compañía de sus amigos), así como murió en San Petersburgo el desgraciado Estanislao III; y que los que ahora tratan como infame y llenan de baldones al ilustre patriota que puso en sus manos la joya inestimable de la libertad que han perdido, lloren sobre las ruinas de su país, como los miserables polacos lloraron sobre el suyo los malos grados triunfos de un Kosciusko. (“Reflexiones sobre la situación en España”, *El Habanero* 3).

En ambas fechas el estado polaco fue repartido entre Rusia, Prusia y Austria, y en 1792, entre otras razones, para eliminar la Constitución del 3 de mayo de 1791, con la que polacos y lituanos habían intentado avanzar hacia el orden liberal con una monarquía constitucional. Era el mismo caso de Francia contra España. Es poco probable que Varela pensara en una repartición o una ocupación permanente de España, pero sí en una condición semi-colonial con respecto a Francia. No ocurrió así porque el país francés, a diferencia de la Santa Alianza, avanzó poco a poco hacia la monarquía constitucional y el orden liberal, incluso republicano. Sin embargo, Portugal sí acabaría muy subordinado a la Inglaterra de entonces, durante todo el siglo. Y Nápoles solo se libraría de Austria al incorporarse, décadas después, al liberal Reino de Italia creado por el revolucionario Garibaldi.

A no dudar, el cubano siguió atento a la evolución política de Europa durante toda su vida. En *El Mensajero Semanal*, publicación que haría en Nueva York con José Antonio Saco, hallamos en 1829 un texto no firmado pero seguramente escrito por Varela, que informa sobre el reconocimiento del rey de Portugal Miguel por parte del gobierno norteamericano. Miguel, absolutista, estaba siendo desafiado por su hermano Pedro, primogénito y heredero del trono que se había proclamado Emperador del Brasil. Pedro era liberal y acabó imponiendo a su hija como reina en Lisboa. En esta disputa, tanto Inglaterra como los Estados Unidos debieran, según sus proclamadas ideologías, apoyar a los liberales. De manera que Varela comenta:

Este gobierno acaba de reconocer a D. Miguel como legítimo soberano de Portugal, medida que prueba a

la evidencia que el gobierno es una cosa y el pueblo es otra, y que la política no conoce otras reglas que las del interés, valuado a juicio de los gobernantes. Para nosotros es también esta una prueba (si es que necesitábamos alguna) de que Inglaterra es una dictadura política, aun sobre los países que podían estar sujetos a ella; dictadura que no aparece tal por la maestría del más astuto de los gabinetes.

El pueblo yanqui es liberal, su gobierno lo ignora. Pienso que hay una errata, y que el texto debió decir: *los países que podían NO estar sujetos* a la dictadura inglesa, en este caso los Estados Unidos.

Hay por lo menos dos trabajos más referentes a Europa, atribuidos a Varela, que no he podido consultar. Pero es en estas páginas de *El Habanero* donde se despliegan sus opiniones. Varela, como vemos, estuvo siempre con la libertad y contra el despotismo, sin importar el lugar ni la corrección de bandos, en cualquier lugar de Europa como en América. Y en su momento, los gobiernos europeos perseguían y destruían esa libertad que el geopolítico americano, el cristiano cubano, debía apasionadamente defender.

## AMÉRICA: LATINOS

¿Y qué tal la Libertad Americana?

Para la fecha, *El Habanero* puede decir:

En América no hay conquistadores, y si algún pueblo intenta serlo, deberá esperar la reacción de

todo el Continente, pues todo él verá atacado el principio americano, esto es: que la libre voluntad de los pueblos es el único origen y derecho de los gobiernos, en contraposición al lamentable principio de la legitimidad europea.

Hoy ese principio no resulta una ventaja con respecto a Europa, puesto que Europa lo asimiló, sangre mediante, a su tiempo. Pero ahí estaba el Fernando o cualquier otro monarca de la Santa Alianza, perorando violentamente acerca de *sus derechos*, y los de sus herederos, a gobernar sin fin y según su arbitrio. Los rusos lo llamarán con dulce y agradable cinismo *la autocracia*. Madrid implantará en Cuba *los poderes omnímodos*, otro término igual de transparente. El peligro de una intervención europea tampoco era, como ya hemos visto, una falacia. Esas circunstancias determinarán en 1823, en el momento en que Varela llega a Nueva York, la llamada Doctrina Monroe: *América para los americanos*. Pero recórrase *El Habanero*: no hay forma de encontrar una referencia a los Estados Unidos, en donde se escribe y se imprime, como fuente, cabeza o guardián de ese espíritu continental. Cuando Varela habla de América incluye a los Estados Unidos, pero está pensando en primer término en ese enorme territorio que iba de lo que hoy es el oeste de Canadá hasta la Patagonia. En su imaginario “Diálogo que han tenido en esta ciudad un español partidario de la independencia de la Isla de Cuba y un paisano suyo anti independiente”, el español independentista que se encuentra en Nueva York afirma:

Todo proviene de que los peninsulares dicen: Nuestras Américas, como podrían decir: Nuestra hacien-

da, donde otros trabajan para que vayan allá sus productos. Por mi parte, yo digo mi América, como mi patria donde trabajo y disfruto, y los americanos mis compatriotas que conmigo trabajan y disfrutan.

Y luego, con mayor precisión:

Si Ud. entiende por mi patria el pueblo en que nací, sería buen delirio creerme en obligación de trabajar por someter a él la isla de Cuba; y si Ud. entiende por mi patria a España, las provincias de América que han constituido la mayor parte y la más rica de la España, han determinado tomar distinta forma de gobierno, libertarse del despótico que reina en la península, y dividirse voluntariamente, en distintas sociedades para que sean mejor gobernados, pero bajo unos mismos principios. La España no es el territorio, son los españoles; y los españoles de América han determinado separarse de los de Europa, y yo estoy muy conforme con la separación que asegura la libertad de los pueblos. Sí, mi amigo, las repúblicas del continente americano son la España libre, que para serlo ha sacudido el yugo de un amo, y ha jurado no sufrirlo jamás. Esta es mi patria, y aun cuando no lo fuera, yo la adoptaría, renunciando la que es y será siempre la mansión del despotismo.

El diálogo ficcional pudo haber tenido una inspiración concreta, pues Nueva York y Filadelfia abundaban en liberales españoles emigrados, empresarios y comerciantes. Varela escoge a un español para defender la tesis in-

dependentista porque quiere significar que el espíritu de libertad americano es universal. Lo facilita la historia y la geografía, y nada más. Hay que atender a esta definición de universalidad, propia del pensamiento liberal de la época, para entender cabalmente su geopolítica americana, cuyo centro es, desde luego, Cuba.

Varela escribe en esos años en que la independencia de las colonias españolas es un hecho. Inglaterra y Estados Unidos reconocen a las nuevas repúblicas. El diputado cubano había solicitado ese reconocimiento por parte de las Cortes liberales, desde luego sin éxito. Noto que hay pocas referencias a la gesta independentista en la palabra del cura. Está lejos de los fervientes entusiasmos de Martí por Morelos, Bolívar, San Martín. Es un hombre de la fe y la ilustración, no de la violencia. Cuando se desploma el último bastión español, Varela informa en *El Habanero*: “Al fin después de enormes sacrificios pecuniarios, de la pérdida de muchas vidas, ocasionada en distintas épocas por infinitos sufrimientos, se rindió el Castillo de San Juan de Ulúa...”. Al cura le duelen estas aventuras humanas; pero el *al fin* lo dice todo. Ya en su artículo “Amor de los americanos a la independencia” lo había declarado: “la sangre derramada en mil batallas o en patíbulo que sólo deshonran a los déspotas que los erigieron, ha encendido cada vez más el fuego del amor patrio, y el odio a la tiranía”. Y enseguida apunta sobre los libertadores:

Desgraciadamente han tenido sus desavenencias sobre el modo de ser libres, o mejor dicho sobre las personas a quienes se podía encargar el sagrado depósito de la libertad; pero en medio de estos dis-

turbios, ¿se ha notado un solo momento en que los americanos quisiesen volver al yugo de España?

En México se había formado un Imperio en 1822, como resultado de un acuerdo entre los liberales y los conservadores: semejante monarquía, aunque constitucional siguiendo la que había regido en España en el Trienio, ciertamente alteraba el modo de cómo ser cabalmente libres; y el emperador Iturbide, luchador por la independencia, resultó en efecto una persona a la que no se le debía entregar el depósito de la libertad. Varela, en fin, estaba informado de las desgracias internas que asechaban a la libertad americana. Las había satirizado en las Cortes en la Polémica en torno a la independencia: “en Buenos Aires hay una república; en México apenas nació un imperio cuando se desmoronó; en Chile no se sabe lo que hay; en Costa Firme un jefe dictador, y así de otras provincias de América”. Y también de las acechanzas externas, como ya hemos visto. La Santa Alianza, Francia y España amenazaban con una guerra de reconquista. México y la Gran Colombia de Bolívar se sentían inseguros, puesto que España conservaba dos territorios ideales para apoyar esa guerra: Cuba y Puerto Rico. De ahí que Bolívar promoviera la invasión de ambas islas como manera de blindar el Caribe, y con él, toda la América. Significaba además completar la obra de la liberación continental.

Diríase que Varela debía apoyar la invasión. Pero no. Para él la liberación tiene que salir de adentro. Sabe que es una posibilidad que puede volverse real, en cuyo caso habría que enfrentarla. Pero *El Habanero* se convierte en un medio de análisis de esta compleja circunstancia,

siempre centrada en la idea de la libertad cubana hecha por los cubanos, sin intromisión extranjera, incluso si es la de los propios americanos.

Ya en “Tranquilidad de la Isla de Cuba”, del segundo número, expone el núcleo de su idea:

Sea cual fuere la opinión política de cada uno, todos deben convenir en un hecho, y es que si la revolución no se forma por los de la casa, se formará inevitablemente por los de fuera, y que el primer caso es mucho más ventajoso. En consecuencia, la operación debe ser uniforme. Pensar como se quiera; operar como se necesita. Si por desgracia, se diere lugar a la invasión de tropas colombianas o mexicanas, es menester unirse a ellas; no tomar la defensa de un gobierno que sólo pide sacrificios inútiles; cambiar el orden de cosas, y despedir prontamente los huéspedes con las indemnizaciones que fueren justas y con las pruebas de la más sincera amistad y gratitud.

El tercer número abre precisamente con un “Paralelo entre la revolución que puede formarse en la Isla de Cuba por sus mismos habitantes, y la que se formara por la invasión de tropas extranjeras”. Varela enumera las desventajas económicas y políticas de la invasión: una deuda con los invasores, difícil de pagar en un país arrasado por el conflicto, y una imposibilidad de constituirse como nación bajo una ocupación militar. De ahí que concluya:

Yo soy el primero que estoy contra la unión de la Isla a ningún gobierno, y desearía verla tan Isla en

política como lo es en la naturaleza; pero no puedo persuadirme de que si llegase a efectuarse la unión a Colombia, no fuese por la voluntad del pueblo, sino por una conquista.

Eso, la voluntad popular como fuente de derecho, que es lo que para él caracteriza al americano, tiene que manifestarse en Cuba sin el auxilio de afuera. De lo contrario:

La Constitución se dirá que es hija de la fuerza, que está formada bajo el influjo extranjero. Perderá todo el prestigio que debe tener una Ley Fundamental, y mucho más deberá perderlo si por desgracia se resiente algo en el contacto de una nación que si en general conviene en intereses con la isla de Cuba, tiene otros muy diferentes y marcados en que no podemos convenir.

Varela omite ocuparse de esa divergencia de intereses con la Gran Colombia o México. Reconoce a los ciudadanos de esas naciones como hermanos, para nada quiere disminuirlos o enfrentarlos, sigue defendiéndolos; pero su formidable realismo le avisa: “a mí nadie me alucina con parentescos de pueblos”, había dicho. Nunca habla de un apoyo de nuestros hermanos de lucha, sino de invasión extranjera. Su óptica es muy distinta de la de los conspiradores de los Rayos y Soles de Bolívar, entre ellos su amigo el poeta José María Heredia. Yo diría que Varela era más Sol que Bolívar. Y Bolívar, atendiendo a sus intereses diferentes y marcados, decidió renunciar a la iluminación de la isla.

En el número cinco Varela sorprende con una magnánima flexibilidad de criterio. Insistiendo en que su criterio es de independencia absoluta, considera sin embargo la posibilidad de que Cuba se separe de España mediante la anexión a un país latino hermano, según se infiere del texto.

Si la unión a otro gobierno se creyese necesaria, por lo menos establézanse bases que salven en cuanto fuere posible los intereses del país. Por mi parte, no percibo las ventajas de semejante unión, y sí veo sus inconvenientes. En todo caso es preciso que la Isla, cuando no se dé la libertad, por lo menos contribuya eficazmente a conseguirla, tomando una actitud decorosa que la presente con dignidad al mismo gobierno al cual pretende unirse. La unión preparada de este modo tendría el gran prestigio de la espontaneidad, y alejaría mil ideas ominosas que sin duda procurarán esparcir los enemigos de la independencia americana.

El artículo se titula “¿Necesita la Isla de Cuba unirse a alguno de los gobiernos del continente americano para emanciparse de España?”, y este estilo interrogativo continúa en los siguientes. “¿Es necesario, para un cambio político en la Isla de Cuba, esperar las tropas de Colombia o México?”. Varela responde:

En mi opinión no, en la de muchos sí; y como en casos semejantes conviene operar con la opinión más generalizada, si ésta lo fuese, yo contra la mía me conformo a ella. Yo no veo una necesaria co-

nexión entre admitir los auxilios de una república continental, y unirse a ella en sistema político; y esta verdad es la que desearía se tuviese siempre presente, y la que hasta creo no desconocen los mismos gobiernos que pueden proyectar la invasión. Habiendo, pues, manifestado mi opinión contraria a la unión de la Isla a ninguno de los gobiernos del Continente, no tengo sin embargo dificultad en conformarme con los que esperan auxilios extranjeros para un cambio político. Si la generalidad lo cree necesario, esto basta para que lo sea.

Varela querrá siempre servir al bien, no dirigirlo. Respeto la realidad humana, se niega a imponerle soluciones: sabe que eso es inútil. Jamás intenta pasar por profeta. Al preguntarse “¿Es probable la invasión?”, comenta:

Teniendo, pues, Colombia y México marina, tropas, dinero, deseos y lo que es más: necesidad de hacer la invasión, ¿será esta probable? Yo creo que sí, mas los autores de las reflexiones imparciales, de la página para la historia, y otros papeles semejantes, creen que no. Veremos quién acierta.

No le interesa ser infalible ni pasar a la posteridad, aunque lo logra precisamente por eso. Se pregunta además: “¿Qué debiera hacerse en caso de una invasión?”. Y responde:

No darla el carácter de tal. Quiero decir: no compararla con las invasiones que suelen hacerse para extender el poderío de los gobiernos, oprimiendo los

pueblos, si no considerarla como es en sí; considerarla como un esfuerzo de los hijos de la libertad para remover sus obstáculos y hacer que la disfruten otros pueblos, que si bien lo desean, no pueden o creen que no pueden dársela por sí mismos.

Varela llamó a no hacer resistencia a la invasión colombiana o mexicana o conjunta. Que parecía inminente, sobre todo en vísperas del Congreso de Panamá de 1826. Bolívar había convocado a todas las regiones liberadas a esa reunión que debía establecer una confederación latinoamericana, la mayor alianza de pueblos del planeta, un decisivo Imperio de la Libertad. Y para completar y asegurar ese imperio, faltaban Cuba y Puerto Rico, pues los pequeños territorios ingleses y holandeses carecían de importancia estratégica.

Ya se sabe que el Congreso fue un fracaso. Varias naciones se negaron a participar: Brasil, Paraguay, Chile, la Plata. Pero incluso el resto no logró ponerse de acuerdo sobre un número de cuestiones concretas que pudieran haber cimentado la alianza a mediano plazo: ya en 1828 concluyen, en México, las infructíferas negociaciones. Estados Unidos, Inglaterra y Holanda participaron como invitados en el Congreso. Ingleses y yanquis perseguían allí objetivos comerciales, y dejaron claro que estaban en contra de la invasión de Cuba y Puerto Rico. Los países latinos, rotos los vínculos con España, dependían ahora de esas dos potencias, especialmente de Inglaterra, cuya flota dominaba el mundo. Unos países nacientes no podían desafiar ese poder, no ya con la conquista de las islas, sino erigiéndose, por la unión, como un poder mundial. Estados Unidos, débil en el plano militar, había sin

embargo lanzado la Doctrina Monroe, lo que obligaba a un conflicto con España en el caso de que intentara recuperar las islas. Ambas naciones reconocían la independencia política de los latinos, a fin de hacerlos depender de ellos en el plano comercial. Bolívar, amargado por el fracaso de su proyecto hemisférico, renunció a intentar rematarlo con la invasión caribeña. Pero a las alturas de esas interrogantes de *El Habanero* número 5, la invasión era una posibilidad que los cubanos, y especialmente Varela, debían considerar. Es lo que encontramos en el número 7, en relación con la política estadounidense.

## AMÉRICA: ESTADOS UNIDOS

En este último número de la publicación hallamos dos textos relacionados con la participación de los Estados Unidos en los asuntos de Cuba y Puerto Rico. El primero es un envío recibido por Varela de un diario de La Habana, que recoge un fragmento del mensaje del presidente John Quincy Adams al Congreso, para que Varela lo publique. Dice el diario que la información ha venido de Nueva York, donde reside Varela. Hay algo irónico y dudoso en tal envío y petición, como para señalar que Varela está desinformado o que oculta información a sus lectores, pero *El Habanero* acepta el desafío y publica el texto, añadiéndole unos comentarios en notas a pie de página, procedimiento que ya había usado en otros de los textos que he estado citando aquí. Varela estudia y comenta los dos documentos con el convencimiento de que Bolívar se mantiene firme en sus propósitos antillanos, y de que el gobierno de los Estados Unidos es una po-

tencia que apoya la libertad americana. Gobierna Adams, el cerebro de la doctrina Monroe. Así que empieza por preguntarse si el colaborador habanero conocerá, digamos, la voluntad de Bolívar “para emprender según voz pública lo último que falta al complemento de sus glorias”. Enseguida se desentiende de la traducción del envío y estudia las palabras de Adams en inglés: en un par de años Varela ha adquirido suficientes conocimientos de ese idioma como para descifrar el lenguaje diplomático del presidente yanqui.

La anunciada invasión de las dos citadas islas por las fuerzas combinadas de Méjico y Colombia, es sin duda uno de los objetos que deben determinarse por los Estados beligerantes, en Panamá. Las convulsiones a que serían expuestas, caso de verificarse tal invasión, y el riesgo de que por la misma causa cayesen finalmente en manos de alguna potencia europea, que no fuese la España, no permite el que desentendamos estas consecuencias que podrían mirarse con indiferencia en el Congreso de Panamá. Es innecesario detenernos sobre este particular ni decir más, sino que todos nuestros esfuerzos con referencia a este interés, se dirigirán a conservar el actual estado de cosas, la tranquilidad de aquellas islas, y la paz y seguridad de sus habitantes.

Lo que el enemigo de Varela quiere significarle es que los Estados Unidos rechazarán la invasión, como de hecho ocurrió. Poca cosa para el Habanero, que estaba en contra también por las razones que ya hemos visto. Sin

embargo, Varela considera que esta traducción es infiel al original.

El traductor ha omitido una cláusula entera que presenta el verdadero sentido del párrafo. Dice pues el original: *The convulsions to which from the peculiar composition of their population, they would be liable in the event of such an invasion, &c.* esto es: Las convulsiones a que estarían expuestas por los particulares elementos de su población, &c. Se ve claramente que el objeto de este gobierno es prevenir en tiempo las convulsiones que pudiesen resultar mas no oponerse a la invasión, siempre que esta se haga en términos que les convenga. No ha dictado este período el deseo de conservar el actual estado político de la Isla de Cuba, sino el de conservar las utilidades mercantiles y alejar los temores políticos de este país, por cuya causa se indica en el mismo período que los Estados Unidos no podrán ver con indiferencia que pase la isla a otras manos europeas distintas de las españolas. ¿Será por amor o por consideración a España?

Para evitar un conflicto con la flota inglesa, más bien. Téngase en cuenta que los Estados Unidos habían estado en guerra con Inglaterra en 1812, menos de tres lustros antes. Y que podían vencerlos en el continente, pero jamás en los mares. Ese era el peligro, pues como había apuntado El Habanero, “Inglaterra, sea cual fuere la opinión y deseo de los santos aliados, no permitirá que tomen parte en reconquista alguna del territorio americano”. Obsérvese que Varela no se alucina con posturas ideológicas,

sino que se remite a intereses concretos, mercantiles y políticos. Y continúa criticando la traducción:

El original dice: *The danger therefrom resulting, of their falling ultimately into the hands of some european power; other than Spain, will not admit of our looking at the consequences, to which, the Congress at Panama may lead, with indifference.*

La coma que se halla después del verbo *lead*, indica claramente que las siguientes palabras, *with indifference*, se refieren a la parte superior de la cláusula y que para darla una colocación española sería preciso decir, *will not admit of our looking with indifference, at the consequences, to which may lead the Congress at Panama*. Esto es: no permitirá que miremos con indiferencia las consecuencias que puede tener el Congreso de Panamá. No dice el presidente de los Estados Unidos, ni podía decir sin grande imprudencia, y aun sin grosería que estas consecuencias podrían mirarse con indiferencia en el Congreso de Panamá.

En verdad los políticos estadounidenses estaban siendo desafiados por ese Congreso, que ponía a prueba la doctrina Monroe. ¿América para los americanos o sólo para los estadounidenses? Los esclavistas sureños se oponían a colaborar con el abolicionista Bolívar. A los del Norte les interesaba el comercio, no un conflicto con España. Designaron pues dos delegados, de los cuales uno murió y el otro llegó tarde. Para el caso antillano, que era lo que urgía, tenían que bastar, si es que se entendían cabalmente más allá de la ambigüedad diplomática, los

términos del presidente Adams. Bolívar ni siquiera había invitado a los Estados Unidos al Congreso. Desde el principio la doctrina Monroe fue recibida con rechazo por muchos liberales latinos, incluyendo explícitamente a un Diego Portales en Chile. Varela sin embargo interpreta en forma positiva la parrafada de Adams:

Si este gobierno prevé que la isla ha de caer en manos de otro poder europeo distinto del español, si en ella se producen trastornos, cuyas consecuencias perjudiquen al bien de este país: todos sus esfuerzos se dirigirán a conservar el estado actual de cosas; pero si estos temores se alejasen por el modo con que se verifique la invasión, nada tendrá que oponer. ¿Con qué derecho lo haría? Esta intervención injusta y necia, es muy ajena de un gobierno, a quien todos conceden la primacía en la carrera de la libertad.

Con todo, Varela sigue examinando el asunto. Publica a seguidas una Comunicación oficial, de Henry Clay, secretario de Estado, a su embajador en Rusia. Esta vez omite la fuente. La carta es del 26 de diciembre de 1825, unos meses antes. Su propósito es que el embajador solicite al emperador ruso que obligue a España a reconocer la independencia de sus colonias y a establecer la paz.

En cuanto a nosotros, no deseamos cambio alguno en la posición de Cuba como hemos dicho anteriormente. No podemos permitir que la isla pase a ningún poder europeo. Pero si la España rehusara hacer la paz y resolviere obstinadamente continuar

la guerra, aunque no deseamos que ni Colombia ni Méjico adquieran la isla de Cuba el presidente no encuentra fundamento alguno justificable para intervenir violentamente. En la hipótesis de una prolongación innecesaria de la guerra imputable a España, es evidente que Cuba será su único punto de apoyo en este hemisferio. En esta suposición ¿cómo podemos proceder contra la parte que tiene claramente el derecho en su favor e interponernos para contener o frustrar una operación legal de guerra? Si la guerra contra las islas fuera conducida por estas repúblicas de un modo desolador; si contra toda expectación pusiesen las armas en manos de una clase de los habitantes para destruir las vidas de los otros, en una palabra, si favoreciesen o estimulasen excesos y ejemplos cuyo contagio por nuestra vecindad fuera dañoso a nuestra quietud y seguridad; el gobierno de los Estados Unidos se creería llamado a interponer su poder.

El comentario de Varela es: “¿Mandarán los Estados Unidos alguna escuadra o algún ejército en favor de España?”. Claro que no, se trata de una amenaza de intervención propia, realmente indeseable para un gobierno débil militarmente, pero nunca favorable a los peninsulares. Varela piensa que esa intervención sería en fin de cuentas a favor de los latinos. Pero al mismo tiempo se distancia del gobierno norteamericano. Clay escribe que el presidente ha “recomendado a los gobiernos de Colombia y Méjico la suspensión de sus expediciones contra las islas españolas”. Varela apunta que esa medida “muy equivocadamente creyó este gobierno que podía

contribuir al reconocimiento de dichas repúblicas”. Tal vez Varela es el primer político cubano en oponerse a una decisión del gobierno estadounidense. Ningún rechazo a la Doctrina Monroe encuentro en él, pero tampoco, como podía esperarse, algún elogio. El primer traductor al español de la Doctrina Monroe fue el cubano Mariano Cubí y Soler, fundador de la importante *Revista Bimestre Cubana*, que desde luego Varela conocía y con la que habría de colaborar. Hizo amistad con el diplomático estadounidense Joel Roberts Poinsett, que le había presentado el embajador de la Gran Colombia en EU; pero se opuso ya desde entonces al anexionismo. Por otro lado, rechazó la invitación del presidente de México Guadalupe Victoria, que proyectaba la invasión de Cuba desde Yucatán, para vivir en ese país. Varela ejerció su independencia de criterio con completa y difícil integridad.

El Habanero cierra el asunto con unas “Reflexiones sobre los fundamentos de la confianza que se tiene o aparenta tener en La Habana sobre la permanencia del estado político de la isla”. Varela se desentiende de los argumentos del tipo que le escribe desde La Habana satisfecho de la interesada ambigüedad yanqui. No está a favor de la invasión, pero sí espera el apoyo de los suyos:

Los estados americanos deben por todos medios redondear el expediente, no dejando a España un solo palmo de tierra que pueda llamarse americano, y entonces que reconozca o no reconozca la independencia, nada importa, ni debería hablarse de esto una palabra. Trátese por todos los medios de fomentar unos países que tanto prometen, consolidense las instituciones libres, espárganse las lu-

ces, cimiéntese la moral y déjese al gobierno español en su delirio de que mandará en América.

Si hubiera justicia en el mundo, Félix Varela debió haber presidido el Congreso de Panamá...

El séptimo es el último número de *El Habanero*. Varela ha recibido las credenciales de sacerdote que le envía desde La Habana su mentor el obispo Espada, y debe consagrarse a su devorador oficio. Seguramente tampoco encuentra cómo financiar el periódico, ni cómo hacerlo circular en la isla sin poner en peligro a los lectores. Pero tal vez esa primera *pax americana* que sale del fracaso del Congreso de Panamá, y que significa la continuación y acentuación del despotismo en Cuba, haya influido en el cese del periódico. Cuando falla en ser útil ahora mismo al prójimo, es decir, cuando los prójimos deciden prescindir de su ayuda, Varela se retira. Como lo hará cuando los lectores habaneros se declaren contra el segundo tomo de las *Cartas a Elpidio*, por haber denunciado la existencia de una masiva superstición popular y de una violenta intolerancia contra los católicos en los Estados Unidos. Este ciudadano del mundo, este servidor de la verdad, este siervo de Dios será, en sus propias palabras, un hombre arrinconado al final de una vida entera de servicio apasionado al prójimo. Todavía duele, pero a quién le importa.

Con esos siete números de *El Habanero*, Varela había fundado la independencia de Cuba en la palabra. Y necesariamente, había creado también el pensamiento geopolítico cubano. Su visión de un Hemisferio de la Libertad está por cumplirse. Semeja un disparate o un sueño. Pero cuidado: Varela ya estuvo arrinconado una vez y resurgió triunfante. Con individuos entregados al Autor

del Tiempo, el tiempo desaparece por siglos como por décadas. Vamos viendo, más de un siglo y medio después de su muerte, cómo al cura desechado y sospechoso lo investigan como santo. Él es un santo estadounidense que es al mismo tiempo el Santo Cubano. Él ha declarado posible y conveniente que podemos vivir, de Alaska a la Patagonia, en la libertad como en la fe, y ha empezado por vivir así él mismo. Hoy Cuba lo desconoce y lo niega, pero tampoco puede prescindir de él. Dichoso país, fundado por un santo clásico con una palabra de profecía, de integridad y de visión universal.

Compatriotas: seguimos estando en deuda con esa altura.

4 de noviembre de 2022.

(Publicado en dos partes por *Árbol Invertido*, en junio de 2023)



## VARELA, EL CATÓLICO EXPOSITOR

En octubre de 1943 se iniciaba en el Paraninfo de la Academia de Ciencias de la Habana el Segundo Congreso de Historia de Cuba, un evento organizado por Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad y presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La iniciativa de los congresos había correspondido a Herminio Portell Vilá, miembro de la Sociedad, distinguido historiador y profesor universitario, a fin de reunir el esfuerzo de los intelectuales y educadores de la historia en nuestro país en aras de la construcción de la nación, que había al fin encontrado un rumbo libre y democrático después de unas cuatro décadas de pruebas y fracasos sangrientos: la Constitución de 1940 prometía un orden jurídico impecable para que el país se convirtiera en una república poderosa. Un número de historiadores que hoy nos deja pasmados de admiración por la altura de sus trabajos, y por su independencia y su vocación cívica —pues la Sociedad era una organización privada, no gubernamental—, se lanzaban a indagar nuestra historia, y lo hicieron durante casi veinte años, sin esquemas ideológicos ni políticos, sólo por la libertad y la responsabilidad de la ciencia histórica y el amor a la patria. No es de extrañar entonces que, habiendo fallado el invitado fundamental al segundo Congreso, el intelectual matancero Carlos Manuel Trelles, el discurso de inauguración correspondiera a monseñor Eduardo Martínez Dalmau, obispo de Cienfuegos.

En 2023 Dalmau es, al revés de lo que hacían Roig y sus colegas, un cancelado de nuestra historia. Tuvo que

huir de nuestro país cuando llegó la barbarie leninista, y ya eso explica que casi nadie lo conozca hoy; pero la Iglesia que peregrina en Cuba participa también de ese silencio. Otro motivo para no extrañarse, pues Dalmau fue siempre un obispo cubano muy diferente. Se reunía con los intelectuales, en los foros de los intelectuales, como uno más. Unos cuantos de ellos, eso sí, eran católicos practicantes o de orientación o formación católica. Participa entonces sin protocolos, por ejemplo, en la Universidad del Aire de Jorge Mañach. Con pleno derecho, pues él mismo era un hombre culto, un intelectual comprometido con la patria como con Cristo y su Iglesia. Así pues, desde la tribuna de la ciencia histórica cubana Dalmau pronuncia su discurso *La posición democrática e independentista del presbítero Félix Varela*<sup>17</sup>, con el que comienza la recuperación de la obra intelectual del sacerdote católico por parte de la Iglesia cubana.

Durante más de cien años la Iglesia presente en Cuba había cancelado a Varela. Primero había cancelado al obispo Espada, su mentor, al que acusó de masón y que murió, sin un centavo ni para el entierro, antes de que se lo llevaran preso a la península. Se trataba de la Iglesia española, desde luego, que celebraría un honesto *Te Deum* por la muerte de Martí. En la década del cuarenta la enorme Iglesia cubana seguía dominada por sacerdotes españoles, pero ya comenzaba a surgir una renovación nacional, con figuras intelectuales como Dalmau y el padre Ángel Gaztelu, el sacerdote poeta del grupo literario Orígenes, varios de cuyos miembros eran católicos practicantes; y en 1946 se fundaba por agustinos europeos en

---

<sup>17</sup> En: *Revista Bimestre Cubana*, noviembre-diciembre, 1943, pp. 368-383, passim.

La Habana la Universidad de Santo Tomás de Villanueva, que existió hasta 1961 y que empezaba a ampliar el ámbito católico a todos los órdenes de la sociedad. De 1940 a 1952, doce años de democracia incipiente, amenazada, cacofónica en un país sumido en vicios autoritarios, fueron la oportunidad de fundar una república real, de instituciones perdurables, incluyendo una Iglesia con sacerdotes, obispos y pensamiento propios: el sueño de Varela estaba a punto de hacerse realidad. En aquel congreso de 1943 cuyo lema era Historia y Cubanidad, Monseñor Dalmau presenta al profeta de la independencia y la democracia cubanas: un presbítero. Defendía pues al cristianismo dentro del proceso democrático, y como fuente de él. Pero también, necesariamente y como discípulo del profeta, llamaba a cuentas a la propia Iglesia que había cancelado a Varela.

El obispo que estaba procurando crear una Iglesia local que apoyara a la democracia naciente, tenía pues que comenzar por decir lo elemental y más doloroso: que se había perdido “el influjo bienhechor que la obra de Varela hubiera debido ejercer en la formación de un clero cubano, católico y patriota a la vez”. Aun en las circunstancias de la eliminación de Varela, un cierto número de sacerdotes cubanos luchó y hasta murió por la independencia, y en la segunda guerra los laicos católicos tuvieron un desempeño notable, hasta el punto de que los generales fueron al Cobre a homenajear a la Virgen en cuanto se produjo el fin de la contienda. Pero el grueso de la iglesia cubana estaba dominado no sólo por los obispos y sacerdotes españoles sino por mentes colonialistas y retrógradas, para las cuales la cubanidad era un asunto de masones, en la línea de los que más de un siglo an-

tes destituyeron y humillaron al obispo Espada. Dalmau enfrentaba además los ecos del franquismo triunfante en España, y sus proyecciones ideológicas en la clase alta española habanera: fue tildado de “comunistoide” por Pepín Rivero, director del *Diario de la Marina*<sup>18</sup>. Propone entonces enmendar la historia, volver al interrumpido proceso normal de creación de una iglesia cubana, puntal de la democracia nacional, como debió ocurrir desde el Seminario San Carlos bajo la orientación del español Espada y el cubano Varela. Y para este regreso a los orígenes había que recuperar al santo cubano:

El culto a Varela, sacerdote y maestro, no ha sido y no es aún debidamente fomentado entre los católicos cubanos, por lo menos hasta el punto en que debiera serlo, principalmente por la injustificada sospecha de que no se adhirió rígidamente a los cánones de la ortodoxia católica, y que se dejó inficionar en sus escritos y en su conducta por conceptos filosóficos y políticos que no encuadran perfectamente dentro el marco del sentir y del pensar de la Santa Madre Iglesia Católica. La vida del eminente sacerdote cubano es, quizá por este motivo, completamente desconocida para la inmensa mayoría, por no decir la totalidad del clero alto y bajo de la Iglesia Católica de Cuba. Y cuando se ha tratado de poner delante de los ojos de nuestros jóvenes aspirantes al sacerdocio modelos de inspiración y de conducta en sus funciones, jamás se mencionan

---

<sup>18</sup> Ver *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*. Compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2016, nota en la p. 120.

los hechos y los escritos de tan ilustre ministro del Señor.

Dalmau deja claro además que no se trata solo de una tarea académica y educativa, sino que el rescate de Varela tiene una actualidad indeclinable: “urge afianzar el sentimiento de la total y absoluta independencia cubana ante la agresión solapada de ciertos imperialistas rezagados que puede llegar a convertirse en propio y verdadero peligro”. Que en este caso no es el imperialismo yanqui sino el franquismo triunfante, en momentos en que el fascismo aún no está derrotado en parte alguna. Dalmau piensa que el antídoto para esos venenos es precisamente la figura de Varela:

Necesita urgentemente nuestra República lecciones de patriotismo integral, como las que encierra la vida de este ciudadano magnífico. La democracia en que nos desenvolvemos tiene un soporte indiscutible en este cabal demócrata. Porque ¿qué son estos regímenes totalitarios que traen revuelto y ensangrentado el mundo, qué son, sino una restauración de los vicios, los absurdos, los desmanes, las crueldades y los despotismos de los reyes absolutos? Tanto tenían de divino aquellos regímenes “celestiales”, como los llamara oportunamente Varela, cuanto las predicciones del cruel y nefasto adivino de Berchtesgaden.

Con esta alusión a Hitler terminaba el discurso. Enseñada Dalmau dio a conocer en el congreso su trabajo *La ortodoxia filosófica y política del pensamiento patriótico del Pbro. Félix Varela*, que publica dos años después Roig

en los *Cuadernos de Historia Habanera*<sup>19</sup>, y en la que complementa su reflexión con un análisis de la ortodoxia católica del santo cubano en esos dos planos, y también en el teológico. El obispo considera que la fuente de la desconfianza contra Varela dentro de la Iglesia se encuentra en la afirmación de Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, según la cual Varela sería “más digno de loor por lo que practicó que por lo que escribió y enseñó a sus discípulos”, pues “algunas sombras de los errores políticos y filosóficos de su tiempo anublaran su mente”. A no dudar, para el conservadurismo español dentro de la Iglesia la figura de este gran investigador católico tenía que ser una autoridad; y a mi juicio hasta ahí, pues las razones de los conservadores para rechazar al sacerdote demócrata cubano se sobaban, aunque sólo fuese porque entre esos *errores políticos* se encontraba haber rechazado la monarquía española, de la que Franco estaría haciendo en ese momento no más que una suplencia. Pero Dalmau se dedica a demoler las posibles objeciones de Marcelino Menéndez, quien en realidad ni siquiera se tomó el trabajo, siendo él un concienzudo trabajador, de documentar y argumentar. El obispo refuta tres objeciones fundamentales: el llamado sensualismo filosófico de Varela, su rechazo de la maquinaria escolástica y su defensa de la soberanía política del pueblo; pues, a diferencia de Pelayo, sí estaba en condiciones de citar: “después de leído lo publicado por él en el magazine *The Catholic Expositor* y en el diario católico *The Truth-Teller*, no sabemos qué admirar más, si el dominio profundo de la Teología y de la contro-

---

<sup>19</sup> En: “Vida y pensamiento de Félix Varela IV”, *Cuadernos de Historia Habanera* vol. 28, p. 37 y ss.

versia católica, o la amplitud de su erudición histórica”. Don Marcelino era un muy útil historiador de la literatura española y de las ideas filosóficas, pero probablemente no leyó a cabalidad a Varela, aunque elogió las *Cartas a Elpidio*. Y no estuvo lejos de, aunque tampoco debe ser identificado con, los que ahora podamos considerar errores políticos y filosóficos del rancio siglo XIX español, que triunfarían en el reinado ilegal y total de Franco el caudillo, dizque por la gracia de Dios.

Esta apología oportunísima e incontestable de Dalmau sería suficiente para instalarlo entre los varelianos de mayor rango y entre los defensores de la cubanidad secular. Pero felizmente hubo —hay— mucho más. De inmediato aparece en la *Revista Cubana* de enero-diciembre de 1944 —distribuida pues en 1945—, el artículo “El padre Varela como apologista católico”<sup>20</sup>, de “nuestro ilustre polígrafo”, como lo llama Dalmau, el católico José María Chacón y Calvo, donde se anuncia la publicación de los artículos de Varela en inglés, lo que debe haber conocido por gracia del obispo. Y comenta:

Cuando en 1930, en mis investigaciones del Archivo de Indias, tuve la fortuna de encontrar la correspondencia del Embajador de España en Roma con la Cancillería Española, que evidenciaba que era tan alto el prestigio del Padre Varela en Nueva York que estaba a punto de ser designado Obispo de Nueva York, en la vacante producida por el traslado de Monseñor Dubois a una diócesis de Francia, comprendí

---

<sup>20</sup> En: *Revista Cubana*. Ministerio de Educación, publicaciones de la Dirección de Cultura, La Habana, enero-diciembre, 1944, pp. 211-213.

que la investigación histórica del Dr. José Ignacio Rodríguez, el ilustre biógrafo de Varela, necesitaba reanudarse y completarse en muchos aspectos esenciales. Esta labor de tan alta importancia es la que ha emprendido con rigor científico y con un admirable sentido de la indagación histórica el Señor Obispo de Cienfuegos. El Dr. A. H. Travieso, becario cubano de la Fundación Guggenheim, ha proporcionado a Monseñor Martínez Dalmau las fotocopias de los artículos del Padre Varela, en las distintas publicaciones de los Estados Unidos que dirigió o en las que colaboró. Los gastos de esta empresa han corrido por cuenta de los señores arzobispos y obispos de Cuba, que merecen por este rasgo la gratitud de la patria.

Y añade luego:

Mr. William Guillard, Director de la Biblioteca de la Universidad Católica de St. John de Brooklyn, facilitó generosamente a Monseñor Dalmau las copias fotostáticas del primero y último volumen de esta publicación.

Chacón relata la operación colectiva de rescate de los textos varelianos, que culminaba entonces:

Como una muestra del interesantísimo estudio, en curso de publicación, de Monseñor Dalmau, damos a continuación la lista de los artículos del Padre Varela, aparecidas en el Catholic Expositor and Literary Magazine, semanario que nuestro compatriota comenzó a publicar en Nueva York en 1841 en unión del Padre Constantino Pize (*sic*, Pise).

La lista resulta especialmente interesante, porque los títulos están en español y porque aparecen artículos de los siete volúmenes del *Expositor*, muchos más de los que Dalmau tradujo y publicó<sup>21</sup>:

Contiene el primer tomo, los siguientes artículos:

1. Religión y autoridad.
2. La Iglesia católica y las Escrituras.
3. Las cinco Biblias diferentes que reparte y vende la Sociedad Bíblica Americana.
4. Ensayo sobre el origen de las ideas.

El segundo tomo:

1. Las enseñanzas protestantes comparadas con las Escrituras.
2. Los protestantes y la Tradición.
3. La Reforma a la luz de los principios protestantes y de las razones dadas por los reformadores de su separación de la Iglesia católica.
4. Cartas de un italiano a un francés, respecto a las doctrinas de Lammenais.
5. Ensayo sobre las doctrinas de Kant.

---

<sup>21</sup> El *Boletín de las Provincias Eclesiásticas de Cuba* publicó las siguientes traducciones de monseñor Eduardo Martínez Dalmau: “Religión y autoridad” (feb.-mar., 1945, pp. 57-67), “Las cinco biblias distintas que vende y reparte la Sociedad Americana de la Biblia” (jun.-dic., 1945, pp. 127-140), “Antigüedad de la doctrina católica” (ene.-feb., 1946, pp. 11-24), “Antigüedad de la doctrina cristiana” (mar.-abr., 1946, pp. 38-50), “Antigüedad de la doctrina cristiana” (may.-jun., 1946, pp. 70-85), “Antigüedad de la doctrina católica” (jul.-ago., 1946, pp. 100-103), “Observaciones de los protestantes” (jul.-ago., 1946, pp. 108-128), “Cartas a un amigo, primera carta” (sep.-oct., 1946, pp. 155-172) y “Las cinco biblias distintas que distribuye y vende la Sociedad Bíblica Americana” (nov.-dic., 1946, pp. 186-209).

6. Carta del Dr. Coway, ministro de la Iglesia Anglicana al Arzobispo de Bohemia. Notas por el Ilmo. P. Varela.

El tercer tomo:

1. El Obispo Kenrick de Filadelfia y el obispo protestante de Vermont.

2. La madre de S. Agustín.

El cuarto tomo:

1. Cartas a un amigo.

2. Observaciones sobre la actuación de la Sociedad Bíblica americana.

El quinto volumen:

1. Nuestros antepasados protestantes.

2. Que no puede haber Iglesia sin un Obispo.

El sexto tomo:

1. Antigüedad de la enseñanza católica.

2. Culto de las imágenes.

El séptimo y último tomo:

1. Reflexiones que puede hacerse una persona que esté para abrazar el protestantismo. Respuesta a los que dicen que a los católicos se les prohíbe la lectura de la Biblia.

2. Un estado intermedio.

Para la fecha, pues, Dalmau había logrado encontrar los artículos de los siete volúmenes del *Expositor*.

Había un fervor vareliano en la época, de lo que dan suficiente testimonio las cuatro sucesivas entregas de los *Cuadernos de Historia Habanera* publicados por Roig con el título de “Vida y pensamiento de Félix Varela”; o el acuerdo del Segundo Congreso de Historia de “encargar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e In-

ternacionales que efectúe todas las gestiones necesarias para la publicación de una edición nacional de las Obras Completas del Padre Varela, en la que se incluya la traducción de los trabajos en inglés de Varela descubiertos recientemente”<sup>22</sup>. Chacón y Calvo es uno de esos varelianos persistentes, y siendo un católico comprometido, pudo auxiliar o incluso inspirar a Dalmau; y también ese becario que Chacón cita, Antonio Hernández Travieso, estudioso y profesor de filosofía, otro evaporado de nuestra historia cultural<sup>23</sup>. En el epistolario de Emilio Roig encontramos las pistas de la colaboración entre estos autores. En una nota a pie de página encontramos esta afirmación: “Martínez Dalmau había solicitado, a través de Ortiz, una entrevista con Hernández Travieso para que le ayudase a conseguir fotocopias de la documentación de Félix Varela escrita en New York, con el fin —inmediato— de publicarla en el Boletín Eclesiástico (...) Apenas finalizada su

---

<sup>22</sup> Ver *Historia y Cubanidad*, Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, La Habana, 1943, p. 55. En las cuatro entregas de los *Cuadernos*, del 25 al 28, publicaron sobre Varela, además de Roig y Dalmau, Antonio Hernández Travieso, Francisco González del Valle, Miguel Jorrín, José Antonio Portuondo, Diego González, Enrique Gay-Calbó, Manuel F. Grau, Manuel Bisbé y Domingo Villamil.

<sup>23</sup> Ver de Antonio Hernández Travieso *El padre Varela. Biografía del forjador de la conciencia cubana*, Ediciones Universal, Miami, 1984. Primera edición, Jesús Montero Editor, La Habana, 1949. En 1942, fijémonos en la fecha, había publicado con ese mismo editor el libro *Varela y la reforma filosófica en Cuba*. Su interés por Varela era pues anterior a los aportes de Dalmau. En los *Cuadernos* de Roig, número 25, de 1944, publicó además su conferencia “Posición filosófica de Varela”. En su biografía cita los trabajos en inglés y traduce de hecho algún texto de Varela relacionado con su batalla contra el alcoholismo en los Estados Unidos.

entrevista con Hernández Travieso en el Obispado, Martínez Dalmau escribió a sus colegas del episcopado ‘sendas cartas para pedirles que contribuyeran con cincuenta pesos cada uno, con los cuales financiar el trabajo que Travieso se encarga generosamente de supervisar’”<sup>24</sup>. En carta a Roig de 17 de junio de 1943, Dalmau le informa que ha recibido las copias fotostáticas de los artículos en inglés de Varela, y atribuye a Travieso “el mérito principal de esta contribución histórica. Yo solo tengo el de haber recogido entre mis colegas del episcopado los dineros que hacían falta”. El 14 de diciembre de 1944, más de un año después, Dalmau le escribe a Roig: “Este año, pude completar la colección de copias fotostáticas de *The Catholic Expositor*. El Dr. Travieso me consiguió todas, menos las del primero y séptimo tomo”. Y añade: “tengo casi terminada la traducción; y he pensado en comenzar la publicación en el *Boletín Eclesiástico*, que como se manda a todos los sacerdotes de la República, es un excelente vehículo de propaganda”. En carta de 10 de enero de 1945, Dalmau le relata a Roig “el hallazgo hecho por mí, en la Biblioteca de Nueva York (Public Library) del Catálogo de las Obras que poseía a su muerte el P. Varela”. Y más: “Este año, también logré completar la colección no sólo de *The Catholic Expositor*, sino también de *The Protestant Abridger* y *Annotator*, y la polémica publicada en *The Truth Teller*”. Otro vareliano de la época había hecho descubrimientos similares: “Sólo que Fermín Peraza consiguió la copia del *The Catholic Expositor* en la Univer-

---

<sup>24</sup> *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, ed. cit. La nota alude a una carta inédita del 5 de abril de 1943, Fondo Fernando Ortiz, Biblioteca Nacional José Martí, carpeta 319. Roig por su parte leyó en el Congreso una carta de Travieso sobre Varela.

sidad de Brighton y yo en St. John de Brooklyn”<sup>25</sup>. Era imposible que el obispo investigador dejara ese tesoro sin compartir. Ya en el seno del Congreso tiene que haberlo comentado con sus colegas, puesto que en su ponencia menciona esas dos publicaciones. En 1944 una nueva edición de la *Miscelánea filosófica* de Varela, editada por la Universidad de La Habana, contenía tres artículos en inglés de Varela, dos de ellos traducidos por Roberto Agramonte y el tercero por Luis A. Baralt, ambos profesores universitarios<sup>26</sup>: la bibliógrafa Ana Suárez Díaz lo atribuye, razonablemente, a la gestión del generoso y responsable obispo. Es así que Dalmau se convierte en el primer divulgador, traductor y editor de los artículos de Varela en lengua inglesa, cuando a partir de enero de 1945 y hasta diciembre de 1946 publica en el *Boletín de las Provincias Eclesiásticas de Cuba*, y con una sustanciosa introducción<sup>27</sup>, un número de artículos provenientes de la revista *The Catholic Expositor*.

No sabemos si Dalmau continuó traduciendo otros artículos de esa u otra publicación, pero carecemos hasta el

---

<sup>25</sup> *Epistolario. Emilio Roig de Leuchsenring. Libro segundo*. Ediciones Boloña, La Habana 2010, pp. 221, 241, 248.

<sup>26</sup> Félix Varela y Morales. *Miscelánea filosófica*, prólogo de Medardo Vitier, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1944. Gran acierto que ese libro terminara con esos artículos de Varela, los últimos que escribiera de tema filosófico y que aclara muchas de sus premisas y su nivel de actualización crítica con la filosofía de moda en la época. El equipo vareliano habanero actuaba en forma rauda y competente, presidido por el maestro Medardo Vitier, que en 1938 había publicado *Las ideas en Cuba*, y en 1948 publica *La filosofía en Cuba*, con un capítulo dedicado a la reforma filosófica de Varela.

<sup>27</sup> “Varela y el periodismo católico en los Estados Unidos”. *Boletín de las Provincias Eclesiásticas de Cuba*, enero, 1945, no. 1, pp. 6-26.

presente de evidencias al respecto, ni de que los haya publicado. Nada más hay en la colección del *Boletín* que atesora el Centro Cultural Félix Varela de La Habana. ¿Volvió el obispo a Varela en sus años de exilio en los Estados Unidos, donde murió? El hecho es que la inmensa mayoría del periodismo en inglés de Varela quedó no ya sin traducción sino incluso sin mención pública durante décadas, hasta que en 1979 el profesor cubano Alberto Martínez Ramos dedicó su tesis de maestría en la Universidad de Miami a construir la primera bibliografía de ese período del periodismo vareliano<sup>28</sup>. Este resultado insuperable, que ha permanecido escandalosamente inédito hasta ahora, y que sigue siendo desconocido incluso por investigadores varelianos, ha sido apenas ampliado con algunos nuevos descubrimientos de textos por aquí y por allá, y en 2011 apareció el libro de Ana Suárez Díaz *Félix Varela Morales, exilio y obra religiosa (Nueva York, 1824-1850). Integración y síntesis bibliográfica. Estudio crítico*<sup>29</sup>, trabajo bibliográfico de enorme valor, cuya fuente fundamental es la bibliografía de Martínez Ramos pero que suma los aportes de otros investigadores, corrige errores, y deja casi lista esta sección de la obra de Varela para ser incluida en su Bibliografía activa, requisito indispensable para la edición de sus Obras Completas, una tarea tan heroica como indispensable en la que fallamos por más de un siglo.

Todo patriota cubano culto reconoce que Félix Varela es el fundador de la nación. Sean cuales sean las tenden-

---

<sup>28</sup> *Father Félix Varela: Cuban Catholic Apologist in the United States, 1823-1853*, by Alberto Martínez-Ramos. Facsimilar Edition, Ediciones Homagno, 2023.

<sup>29</sup> Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Colección Raíces, La Habana, 2011.

cias políticas, filosóficas, religiosas o simplemente literarias del patriota, la reverencia ante esa verdad, un dato histórico imposible de refutar, es absoluta. Y además es fundador de la nación *desde la palabra*. Eso tampoco se discute. José Martí funda desde la palabra y desde la acción política, siguiendo la idea independentista de Varela y sus continuadores en la historia. La acción de Varela es su trabajo como sacerdote, que incluye el ministerio de la palabra. Pero la tal palabra de Varela, más allá de la idea de la independencia, sigue siendo un privilegio de eruditos. Y hasta el momento ni siquiera de ellos. Pues el desconocimiento del periodismo en inglés del sacerdote constituye una mutilación brutal de su palabra —y de su personalidad histórica, desde luego. Yo diría que es el ejercicio principal de su palabra como sacerdote, una vez que hemos perdido sus homilías. Y la palabra de sacerdote es el centro de su palabra. Cuba es un país de ateos o de creyentes no cristianos, la Iglesia no fue aquí universal sino española durante demasiados siglos, y hay una tendencia de todos, incluyendo los intelectuales, al rechazo por el trabajo rudo y a menudo descorazonador de la investigación, el estudio constante, el pensar riguroso. La manera que tenemos de apreciar a Varela es creyendo que no fue un cura; y es la manera mejor de despreciarlo. Pues incluso si usted es un patriota ateo militante, un derecho que el mismo Varela defendía, debe respetar la realidad de los hechos. La publicación del periodismo en inglés de Varela deja firmemente establecido hasta qué punto este intelectual eminente era ante todo un sacerdote que batallaba por la fe de su Iglesia, desplegando un arsenal brillantísimo de pensamiento, gracia, erudición, sabiduría, incluso humor yanqui y cubano. Y completa nuestra idea de la personalidad pública

de Varela. Se ha supuesto que terminó dedicado exclusivamente a la caridad del sacerdote, al extremo de que se le consideró un santo en Nueva York. Eso es cierto, pero de ningún modo debemos entenderlo como una renuncia o una pérdida de energía cívica. Este hijo de soldados era un combatiente de Dios. Por Cristo quiso la independencia de Cuba, y cuando esto se reveló inviable en lo inmediato, siguió batallando por Cristo mediante la caridad concreta y la palabra pública. Y lo mejor: esta batalla se desplegó en tres países: Cuba, España y los Estados Unidos; y en este último país en su periodismo en lengua vernácula. El fundador de la nación cubana es un hombre internacional, un individuo verdaderamente católico, esto es, universal. Una catolicidad beligerante cuyos testimonios ni siquiera hemos empezado a coleccionar y publicar.

La investigación bibliográfica señala hasta el momento un número de publicaciones en inglés en las que Varela intervino como autor, y también, lo que de ninguna manera es menos importante, como editor, incluso como creador de la publicación:

*The Truth Teller*, 1825-1855.

*The Youth Friend*, 1825.

*The Protestant Adbriger and Annotator*, 1830.

*The New York Weekly Register and Catholic Diary*, 1833-1835.

*New York Catholic Diary*, 1835-1836.

*The Catholic Observer*, 1836-1837.

*Children's Catholic Magazine*, 1838-1840.

*The Young's Catholic Magazine*, 1840-1841.

*New York Catholic Register*, 1839-1840.

*The New York Freeman's Journal and Catholic*

*Register New York freeman's journal*, 1841-1918<sup>30</sup>.  
*The Catholic Expositor* 1841-1843.

Pero además de estas publicaciones donde aparecen sus originales, los textos y la autoridad de Varela se diseminaban por toda la Iglesia católica norteamericana, o incluso en Quebec, Canadá:

*The Morning Herald*, de Nueva York.  
*Boston Pilot*, de Boston.  
*Catholic Herald*, de Filadelfia.  
*Shepherd of the Valley*, de San Luis.  
*The Catholic Telegraph*, de Cincinnati, Ohio.  
*The Jesuit or Catholic Sentinel*, de Boston.  
*The Catholic Standard and Times (The Catholic Herald)*, de Filadelfia.  
*The Quebec Gazette*, de Quebec, Canadá.

Qué constancia. Año tras año, a pesar de las penurias financieras, y del trabajo en su parroquia y en la dirección de la diócesis, Varela no cesa de escribir y publicar y hacerse sentir no solo en su área de Nueva York, sino incluso hacia el medio oeste de los Estados Unidos. Una obra monumental que es preciso reconstruir ahora con paciencia y entrega.

*Ediciones Homagno* ha decidido, siguiendo las pautas bibliográficas de Alberto Martínez Ramos, Ana Suárez Díaz y otros investigadores, continuar la obra comenzada por monseñor Eduardo Martínez Dalmau: publicar el periodismo en inglés de Varela, no solo traducéndolo a nuestra lengua, sino presentando el indeclinable, va-

---

<sup>30</sup> Última publicación de Varela en 1850.

liosísimo original. Hemos localizado, después de meses de búsqueda, los más de trescientos artículos ya identificados, y alguno más. Y hemos decidido comenzar, como el obispo cienfueguero, por los de *The Catholic Expositor*.

¿Por qué Dalmau escogió solamente textos de esta revista, y no de otras publicaciones que menciona en su introducción, para iniciar la divulgación en español del periodismo católico vareliano? Ya José Ignacio Rodríguez le dedica al *Expositor* un capítulo entero de su biografía pionera<sup>31</sup>, y anota y traduce los títulos de diecisiete artículos. Rodríguez considera a la revista en sí misma “un monumento de gran mérito”; y refiriéndose a Varela, concluye: “Cuando sus obras se publiquen completas, estos trabajos en inglés ocuparán un lugar muy distinguido”. Por otro lado, los católicos estadounidenses seguían recordando con admiración la revista un siglo después, cuando Dalmau hizo su investigación<sup>32</sup>. Aun hoy, recorrer sus más de dos mil páginas en sus siete bien organizados volúmenes nos provoca un asombro delicioso, y también una envidia y una vergüenza, como si todas las facilidades de edición de textos y de comunicación

---

<sup>31</sup> *Vida del presbítero don Félix Varela*, Nueva York, 1878, pp. 347-351.

<sup>32</sup> “Following the *Expositor*, what may be called the chapter of modern Catholic literary New York begins, but this period of metropolitan evolution will not be touched upon here”. Thomas F. Meehan, “Catholic Literary New York 1800-1840”, en *The Catholic Historical Review*, Vol. 4, No. 4 (Jan., 1919), pp. 413. El libro *Catholic serials of the nineteenth century in the united states. Volume One: New York City*, que le dedica una entrada al *Expositor*, resume su importancia de esta manera: “Such a program showed in the whole a progress in the development of the Catholic magazine in America”. Eugene P. Willging and Herta Hatzfeld, The Catholic University of American Press, Washington D. C., 1967, pp. 21-22.

pública de las que gozamos hoy fueran una miseria, sobre todo en lo que concierne a la difusión de la fe cristiana y la literatura de nivel. La bellísima revista a dos columnas con encabezados elegantes y útiles, publicaba, mes tras mes, sin fallar durante el tiempo que duró, unas actualizaciones de la literatura en boga en la época y un conjunto de reflexiones sobre temas religiosos, centradas en la polémica con los protestantes, pero también sobre la historia de la Iglesia y muchos otros asuntos de interés permanente para cualquier persona de gusto y pensamiento. Baste señalar que en el volumen segundo cada número terminaba con... música. Una partitura escrita para la revista, con un himno o canción cristiana. El creyente del XIX carecía de sonido electrónico, pero con las partituras se aseguraba que la lectura de esos textos terminase con una oración cantada. Traducciones de Catulo o poemas escritos en latín con su traducción al inglés, homilías de importantes figuras históricas de la Iglesia, discursos de las celebraciones de la historia norteamericana, las creaciones de los jóvenes intelectuales católicos yanquis, un conjunto abrumador de excelencias de la comunicación que había sido concebido desde el principio como una cátedra constante y permanente. Pues siguiendo una costumbre de la época, cada número era previsto como parte de un volumen, de manera por ejemplo que el número 1 se presenta ya como el 1 del volumen 1, lo que permitía reunir y encuadernar la revista como una unidad de sentido, no sin un sentido práctico además, porque número a número era posible leer las entregas de una sola obra que había sido considerada importante por los editores. Y en efecto, hoy se lee cada volumen, y la suma de ellos, como un solo gentil, armónico y potente discurso, como

un despliegue de la inteligencia católica en un mundo hostil pero indeclinable.

El mensuario se inaugura con el nombre de *The Catholic Expositor and Literary Magazine*. Esa dualidad debe ser pensada. Los editores son el Very Reverend Félix Varela y el Reverend Charles Constantine Pise, ambos doctores en teología (D. D., Divine Doctors). La prioridad en la mención y la diferencia de los títulos expresa, a la manera eclesiástica, una autoridad funcional para Varela. Pise era sin embargo un norteamericano muy notable, que publicó una *Historia de la Iglesia* y fue entonces, y sigue siendo, el único sacerdote católico que fungió como capellán del Senado de los Estados Unidos. Era, además, novelista y poeta, y el *Expositor* recoge parte de esa producción, incluso un poema en latín. La amistad entre los dos excepcionales eclesiásticos creó y mantuvo la revista, y parece haber una distribución general de funciones: Varela continúa su labor de expositor de la doctrina en la polémica con los protestantes; Pise publica poemas y traducciones (del francés: *Veladas de San Petersburgo*, de De Maistre; y del latín, los himnos del Breviario), colabora con el compositor Charles King en la lírica sacra y publica a menudo como el autor de *Father Rowland*, novela suya muy conocida. Pise firma textos de erudición histórica y participa también de la polémica con los protestantes. Por otro lado, esa polémica, que centra la mayoría del periodismo en inglés de Varela, tiene aquí unas excepciones muy notables: el “Ensayo sobre el origen de las ideas”, en el volumen 1, y en el volumen 2: “Cartas de un italiano a un francés, respecto a las doctrinas de Lammenais” y el “Ensayo sobre la doctrina de Kant”, que nos presentan al filósofo Varela en su acostumbrado despliegue. Los dos

sacerdotes, pues, definieron sus áreas de colaboración en la revista, guiados por una misma idea de culturización filosófica, teológica, espiritual y de recreo, dentro y a favor de la doctrina católica. Recuérdese que *El Habanero* se definía como “papel político, científico y literario”; pero nunca publicó literatura de ningún tipo, como no fuese el poema italiano que lo encabezó siempre. Varela realiza en el *Expositor* ese propósito cultural y pastoral de sumar a la expresión literaria —poemas y narraciones— en su esfuerzo civilizatorio cristiano: había encontrado en Pise la persona idónea para auxiliarlo. Estos dos hombres ocupados en la labor normal del sacerdocio y que por lo tanto debían saber comunicarse diariamente con el pueblo, incluso el más inculto, se lanzaron a esta obra de altísimo nivel, en defensa de una iglesia pequeña y pobre, y agredida por una inmensa mayoría protestante, que ofendía con libelos a los católicos, incendiaba sus monasterios, acosaba sus catedrales y sacaba a su gente a las calles de Nueva York, con los puñales en la mano. Esta estrategia fue un éxito: las distinguidas páginas del *Expositor* fundaron además la intelectualidad católica neoyorquina de la época: sacerdotes y escritores, que empezaron leyéndolas y publicando en ellas<sup>33</sup>. A partir del volumen 4, abril de 1843, la revista simplificó su nombre, eliminando la referencia a la literatura. Sin embargo, en ese tomo y los siguientes —que hasta el momento sólo conocemos fragmentariamente— no encontramos dife-

---

<sup>33</sup> “*The Catholic Expositor*, a medium through which many Catholic writers came before the public. Among them were John Gilmory Shea, the leading historian of the American Church, and Charles J. Cannon, poet and fiction writer”. Willard Thorp, *Catholic Novelists in Defense of Their Faith*, 1829-1866, p. 29.

rencia significativa con los contenidos anteriores. Quizás los editores estaban inconformes con esos contenidos, aspiraban a más literatura, no a menos. O el título les resultaba demasiado largo. Otras publicaciones varelianas también cambiaron de nombre. La labor de editor y promotor cultural de Varela es aquí tan brillante como la del periodista: supo encontrar el aliado perfecto y construir con él un perdurable servicio de la palabra colectiva.

Camagüey, 2023.

(Fragmento del prólogo al libro *El expositor católico y revista literaria 1841-1843*, de Varela, publicado por Ediciones Homagno en diciembre de 2023; se han sustraído aquí los párrafos finales, donde se agradece a los colaboradores del proyecto)

## DEL AUTOR

Rafael Almanza Alonso, Camagüey, Cuba, 1957. Poeta, narrador, ensayista, crítico de arte y literatura, editor, promotor cultural, curador de arte, periodista independiente. Maestro. Ha publicado: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, ensayo, Ciencias Sociales, La Habana 1990; *El octavo día*, cuentos, Oriente, Santiago de Cuba, 1998; *Hombre y tecnología en José Martí*, ensayo, Oriente, Santiago de Cuba, 2001; *Libro de Jóveno*, poesía, Editorial Homagno, Miami, 2003; *Vida del padre Olallo*, biografía, Barcelona, 2005; *Los hechos del Apóstol*, Vitral, Pinar del Río, 2005; *El gran camino de la vida*, poesía, Editorial Homagno, Miami, 2005; *Eliseo DiEgo: el juEgo de DiEs?*, ensayo, Letras Cubanas, La Habana, 2008; *HymNos*, poesía, Homagno, Montreal, 2014; *El octavo día*, segunda edición, Ediciones Homagno, 2020; *Nada existe*, noveleta, Homagno, 2020; *Fívilas u peróvilas*, narraciones, Homagno, 2020; *Los hechos del Apóstol*, segunda edición, Homagno, 2020; *Palabra pública*, Editorial Boca de Lobo, La Habana-Buenos Aires, 2020; *Introducción a la poesía de José Lezama Lima*, Homagno, 2020; *El cancionero trascendental*, Homagno, 2021; *Donde la alabanza oficia*, Homagno, 2021; *Hacia la democracia cubana*, Ediciones Deslinde, 2022. Colaborador de publicaciones cubanas y extranjeras.

